

Proletarios de todos los países,
uníos!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Sep-OCT 1933



Nº 9-10.



S U M A R I O

	<u>Págs.</u>
A. Bosse . . . La segunda revolución cubana	3
O. Piatniski . La situación actual en Alemania	7
Los contrabandistas y héroes socialfascistas de la falsificación histórica	41
Una nueva forma de luchas huelguísticas	48
Smolianski. . Nueva victoria del régimen koljosista en la U. R. S. S.	54

C R O N I C A

I. Markov y B. Minlos. Una ojeada sobre el movimiento agrario revolucionario y la lucha de los obreros agrícolas en España	60
---	----

P R E C I O S D E S U S C R I P C I O N

En España:

Seis meses 5 Pesetas

Un año 10 "

Número suelto: 1 Pta.

En América:

Seis meses 0,75 dólar

Un año 1,50 "

Número suelto: 0,15 de dólar

En Francia:

Seis meses 15 francos

Un año 30 "

Número suelto: 3 francos

La segunda revolución cubana

DESPUÉS de tres semanas de funcionamiento, el gobierno Céspedes, elevado al poder por el embajador de los Estados Unidos, Summer Welles, ha sido derribado por un movimiento de masas de los obreros, campesinos y soldados.

La causa de este nuevo levantamiento popular ha sido el gran descontento de las masas provocado por la negativa de Céspedes a hacer otra cosa que seguir, bajo una forma disfrazada, la política de Machado; por la no realización de las reivindicaciones campesinas de reparto de las grandes propiedades terratenientes y las plantaciones, de las reivindicaciones obreras concernientes a la mejoría de las condiciones de trabajo y de salario y el derecho de coalición, y de las reivindicaciones de los soldados, de los marinos y de los agentes de la policía, de licenciar a los oficiales macha-
cistas y suprimir las reducciones de sueldo, y, en fin, las reivindicaciones de todas las masas populares a excepción, naturalmente, de los grandes propietarios terratenientes y capitalistas, encaminadas a rechazar la dominación del imperialismo americano y especialmente la de los magnates de la industria del azúcar y de los medios de transporte, así como de los banqueros. Pero al mismo tiempo, el mantenimiento del aparato de los funcionarios edificado por Machado, la negativa de modificar inmediatamente la Constitución y convocar elecciones generales, el apoyo prestado por Céspedes a Machado en su huída, la negativa de Céspedes a confiscar los bienes de Machado, y el hecho de que Céspedes continuase la política de Machado, confirmase el trabajo legislativo del Parlamento Machado y preparase el establecimiento de una nueva dictadura, todos estos hechos, no contribuyeron menos al derrocamiento de Céspedes. La mano de Welles en la constitución y en la política del gobierno Céspedes era demasiado visible, y la presión revolucionaria de las masas demasiado fuerte, para que Céspedes pudiera mantenerse mucho tiempo en el poder.

La junta revolucionaria que acababa de tomar el poder—¿por cuánto tiempo?—tiene un carácter burgués demócrata, tanto en lo que concierne a su dirección cuanto a su programa. Ciertamente, pretende ser muy radical, y debe serlo, pues si no podrá mantenerse, pero para demostrar hasta qué punto es «revolucionaria», basta mencionar que el líder de la sublevación de los soldados, el sargento Batista, es un viejo adherente de la A.B.C., la organización secreta de los propietarios terratenientes y de los burgueses opositoristas bajo Machado, y que era el hombre de confianza y el brazo derecho del ministro de la Guerra de Machado, Herrera. Que el nuevo ministro de Hacienda, Franco, era antiguamente director del National City Bank en la Habana, y que los otros miembros del gobierno hacen resaltar en todo momento el carácter analítico...

de la Junta. Todavía estos últimos días, el presidente provisional, Grau San Martín, declaraba que el programa del nuevo gobierno no preveía ningún cambio profundo, que era un programa completamente republicano, y que, no tenía nada de fascista. Esta última afirmación iba dirigida a ciertos medios de izquierda que se han apartado del gobierno porque sospechan que tiene tendencias fascistas, pues el gobierno se da cuenta hasta qué punto, solamente después de catorce días de poder, su base se reduce cada vez más. En tanto que al principio era apoyado por casi todos los partidos burgueses (a excepción del Partido Menocal) y grupos pequeñoburgueses, pierde cada vez más terreno a causa de la presión revolucionaria de las masas y de la actitud amenazadora del imperialismo yanqui.

Es este creciente aislamiento del gobierno y el refuerzo del movimiento revolucionario lo que explican por qué los Estados Unidos se niegan a reconocer el gobierno Grau San Martín (lo que refuerza entre las masas la ilusión de que, a pesar de todas sus declaraciones de lealtad dirigidas a los Estados Unidos y de su traición a la causa de la revolución nacional, el gobierno no es un instrumento del imperialismo yanqui) y por qué Roosevelt (que cuanto más afirma su indecisión de no intervenir más fuerzas del ejército envía a las aguas cubanas) cierra cada vez más el anillo de la intervención en torno de Cuba.

Catorce de las mejores unidades de la flota americana, decenas de aviones de combate y millares de soldados, se esfuerzan aún por el momento, por intimidar a las masas trabajadoras por medio de esta advertencia «moral», prestos, en caso de que la revolución se elevara a un grado superior, para desencadenar la intervención armada a fin de asegurar las inversiones del capital americano que se elevan a más de mil millones de dólares, para «proteger a los extranjeros» e impedir la «anarquía».

Es claro que todas las medidas no están dirigidas contra el gobierno actual, pues es muy otra cosa que «radical», que «revolucionario» como a él le gusta intitularse. En lugar de protestar contra el inaudito bloqueo de Cuba por la flota de guerra americana, de proclamar la completa independencia de Cuba, de poner fin a las maniobras contrarrevolucionarias del embajador americano Welles (es éste quien ha reunido a los oficiales desarmados y echados por los soldados y quien les ha dado nuevas armas), en lugar de hacer un llamamiento a la población a la lucha por la independencia, contra la intervención, el gobierno publica declaraciones serviles sobre el respeto de los tratados de esclavitud, la protección del capital americano, etc., negocia con Summer Welles, hace dispersar con ayuda de la caballería las manifestaciones de masas de protesta contra la intervención, da orden de desarmar a las masas deseosas de luchar y trabaja de este modo por mantener la esclavitud de la población cubana.

En lugar de exterminar completamente las supervivencias de la dictadura de Machado, como lo exigen las masas de obreros, campesinos y soldados, Batista, en nombre de la Junta «revolucionaria», ruega a los oficiales echados por los soldados—que, armados hasta los dientes, se han atrincherado bajo la protección de la marina americana, y por decirlo así, bajo la dirección del embajador americano, en el Hotel Nacional—que vuelvan a sus antiguos puestos en el ejército y la marina. Aun cuando los oficiales se hayan negado a esta invitación y exigido la dimisión del gobierno y la vuelta, deseada por los Estados Unidos, del gobierno Céspedes, el gobierno no hace nada contra ellos. Lo que el gobierno obtiene con una

ario Aran ha desencadenado contra el gobierno. Esta insurrección es una prueba muy clara de que los oficiales reaccionarios no esperan más que un momento favorable para tomar de nuevo el poder, con ayuda de la marina y del ejército americanos.

En el dominio político interior, la no realización de las reivindicaciones presentadas por las masas es también el rasgo característico de la actividad de la Junta «revolucionaria». Ciertamente el gobierno ha hecho saber estos últimos días, que se ocupa de una nueva reglamentación de la duración de la jornada de trabajo, pero no lo ha hecho más que bajo la presión del hecho consumado, a saber, que los obreros, casi por todas partes, han suprimido ya el antiguo régimen concerniente a la duración del trabajo e impuesto la jornada de ocho horas. Lo mismo ocurre con la comunicación publicada por el gobierno según la cual se ocupa actualmente de un plan de reparto entre los campesinos pobres, de las tierras no cultivadas. Lo ha hecho, porque ya en numerosos lugares, los campesinos, bajo la dirección del Partido comunista, han echado a los propietarios terratenientes y repartido entre ellos sus tierras.

Es así cómo bajo el gobierno Grau San Martín, maduran las mismas condiciones que han conducido ya al derrumbamiento del gobierno Céspedes.

Entretanto, el movimiento revolucionario de las masas trabajadoras aumenta de día en día. La ola de huelgas que ha hecho caer a Machado y Céspedes, no cesa y adquiere un carácter cada vez más revolucionario. Los obreros de la industria del azúcar, por ejemplo, apoyan sus reivindicaciones concernientes a una mejoría de sus condiciones de trabajo, y de existencia, con la amenaza de que en caso que estas reivindicaciones no sean aceptadas ocuparán las fábricas de azúcar y las plantaciones. En toda una serie de provincias (entre otras las de Oriente y Santa Clara) lo han hecho ya y echado a los propietarios indígenas y extranjeros. Las numerosas huelgas que han precedido al derrocamiento del gobierno Céspedes—entonces estaban en huelga 8.000 obreros de las plantaciones del azúcar en la provincia de La Habana, los de seis plantaciones de Collisea, 1.000 obreros en la provincia de Cruces, los obreros del tabaco de Puerta Golpe, los obreros de las fábricas de azúcar de Cárdenas y de Rincón, los fotograbadores de La Habana, etc.—, estaban claramente influenciadas por el manifiesto revolucionario que el Partido comunista y la Federación de los jóvenes comunistas habían dirigido a los obreros el 3 de agosto. Qué nivel ha alcanzado la combatividad de la clase obrera es lo que han demostrado los huelguistas de la provincia de Cruces, que, después de haber arrancado la jornada de ocho horas y aumentos de salarios, se pusieron inmediatamente otra vez en huelga por otras reivindicaciones, entre otras, por la supresión de sus deudas a la firma. Los 3.000 obreros de Morón que cuando el propietario de la plantación, después de haber aceptado las reivindicaciones obreras, quería telefonar para pedir el envío de tropas, le amenazaron con volar los puentes y ocupar las plantaciones en caso de que se enviaran tropas. Los empleados del Hotel Nacional (donde se han atrincherado los oficiales reaccionarios y Welles), que se han declarado en huelga para protestar contra la actitud reaccionaria y americanófila de los oficiales.

La clase obrera cubana no ha hecho estas numerosas huelgas únicamente para mejorar sus condiciones materiales, sino también, conforme a las consignas lanzadas en el manifiesto del Partido comunista concernientes a

la ligazón de sus reivindicaciones económicas con las reivindicaciones políticas, para arrancar la legalidad de los sindicatos revolucionarios, del Partido comunista, del Socorro Rojo y de la Liga antiimperialista. La decisión tomada aún bajo el gobierno Céspedes anulando la ley decretada por Machado según la cual era prohibida toda organización revolucionaria, no hacía más que confirmar los hechos consumados y sobre los cuales no se podía volver atrás.

Desde el derrocamiento del gobierno Céspedes, la influencia del Partido comunista y de los sindicatos revolucionarios no ha hecho más que aumentar. Bajo su dirección, el movimiento de los obreros, de los parados y el movimiento por la independencia, se refuerzan cada vez más. En diferentes ciudades, el Partido comunista ha organizado potentes manifestaciones contra la intervención de los Estados Unidos. Todavía estos últimos días, las agencias burguesas anunciaban grandes manifestaciones en La Habana, donde más de diez mil personas se habían manifestado al grito de: «¡Abajo el imperialismo americano! ¡Expulsión del embajador americano!» Ante el Hotel Nacional, las masas, reunidas en asamblea, pedían la muerte de los oficiales reaccionarios atrincherados en este hotel.

También la Jornada internacional de los jóvenes que se ha celebrado el 7 de septiembre en La Habana, se ha desarrollado bajo el signo de la lucha por la liberación social y nacional. La Junta «revolucionaria» que había comenzado por prohibir esta manifestación, se vió después obligada a autorizarla, bajo la presión de las masas. La clase obrera se manifiesta con banderas rojas y con inscripciones tales como: «¡No pagaremos más deudas a los banqueros americanos!» «Echad de Guantánamo (puerto de guerra de la flota americana en Cuba) a los soldados de la marina americana». «¡No queremos gobierno que negocie con los explotadores yanquis!», etc. Batista se vió también obligado a hacer retirar los puestos de ametralladoras que había colocado en los alrededores del parque, donde se celebraba la manifestación. La misma noche tuvo lugar una segunda manifestación a la cual fueron convocadas las masas por medio de manifiestos.

La prensa burguesa se ha visto también obligada a comprobar la creciente influencia del Partido comunista entre las masas. El «New York Times» escribe que es Martínez Villena, «ese joven líder, quien organizó la huelga general a causa de la cual fué derribado Machado... El elemento comunista se refuerza muy rápidamente, especialmente en la parte sur-oriental del país, donde millares de obreros mal pagados están en huelga» (7 de septiembre). Y después del derrocamiento de «Céspedes-Kerenski», la «New York Post» hace esta pregunta: «¿Veremos constituir una república bolchevista?» La comunicación hecha por la «United Press» el 18 de septiembre, según la cual los delegados obreros de cada una de las principales regiones del azúcar, Mabay, han organizado un Soviet en una conferencia celebrada en Santiago, y que en otros centros importantes de esta rama industrial, los obreros han declarado en todas partes huelgas con este fin, no está hecha para desvanecer los temores de la burguesía.

La situación actual en Alemania

I.—INTRODUCCION HISTORICA

¿Cuáles son las cargas que el tratado de «paz» de Versalles ha impuesto a Alemania?

Después de la guerra imperialista, Francia arrancó a Alemania la Alsacia y Lorena (minerales de hierro) y la cuenca hullera del Sarre. Alsacia y Lorena «para siempre» y el Sarre por quince años, plazo en el cual la población puede tener la posibilidad de pronunciarse en un referendun y decidir si quiere seguir siendo alemana o pasar a Francia. Mientras tanto, los franceses se han apoderado de las minas de hulla del Sarre, para garantizar el cumplimiento por parte de Alemania de las condiciones del tratado de Versalles y el pago de las reparaciones.

Una parte del territorio costero alemán ha sido transformada en «pasillo polaco», que aísla ahora una parte de la Prusia Oriental. Si un alemán va de Berlín a Koenigsberg, tiene que atravesar un territorio perteneciente a Polonia. Y tiene que hacerlo en un vagón precintado o con un visa polaco, lo que irrita mucho a los alemanes. Como Polonia no tenía acceso al mar, se le autorizó a construir un puerto militar (el puerto de Gydnia) junto a la ciudad alemana de Dantzig, transformada en «ciudad libre». Los polacos se instalaron en Dantzig como en su casa. Una parte de Alta Silesia (hulla y hierro) pasó también a Polonia. El puerto de Memel, cuya población es en su mayor parte alemana, pasó a Lituania. Las fronteras de Bélgica se rehicieron a expensas de Alemania y el Schleswig del Norte se entregó a Dinamarca.

Los vencedores arrebataron y se repartieron las colonias de Alemania. El capital alemán ha sido, al mismo tiempo, rechazado de las esferas de influencia que había conquistado antes de la guerra. La lucha por los mercados exteriores se ha hecho mucho más difícil para Alemania que para sus competidores.

El tratado de Versalles prohíbe a Alemania mantener un ejército y una flota de guerra, no concediéndole más que 100.000 hombres para el ejército y algunos navíos de guerra. Sus fuerzas navales y aéreas han sido en parte destruídas y en parte confiscadas. El tratado de Versalles ha impuesto a Alemania reparaciones por la suma total de 132.000 millones de francos oro. Cuando fué evidente que Alemania no podía efectuar los pagos establecidos por el tratado, los vencedores, en su propio interés, los redujeron en dos ocasiones y esto antes de surgir la crisis económica (plan Dawes y en seguida plan Young). Incluso después del plan Young, Alemania tenía que pagar durante 59 años 1.900 millones de marcos anuales. Según los medios oficiales alemanes ha pagado ya 67.000 millones de marcos en especies, en géneros y en bienes confiscados. Cuando, en los primeros años, Alemania dejó de pagar las contribuciones impuestas, franceses, ingleses y belgas recurrieron a las «sanciones» previstas por el tratado de Versalles, ocuparon la cuenca hullera del Ruhr y la región del Rhin. Alemania tuvo, además, que pagar los gastos de ocupación. Para poder pagar las reparaciones y las deudas exteriores, se vió obligado a aumentar sin cesar sus exportaciones. Pero incluso antes de la crisis económica mundial, no podía hacerlo más que reforzando la explotación de la clase obrera, reduciendo los salarios con relación a los de los demás países capitalistas. Nada...

extraño tiene que la crisis económica se haya abatido con más fuerza sobre Alemania, que sobre Francia y los países vencedores.

El papel de los socialdemócratas en el estrangulamiento de la revolución.

¿Cómo explicar, en la Alemania actual, la rápida disgregación de los partidos burgueses y el socialdemócrata, y el refuerzo de los partidos extremos, el nacional-socialista y el comunista?

En Alemania, después de la derrota de la guerra de 1914-1918, comenzó la revolución proletaria. Bajo la influencia de la revolución de octubre en Rusia, surgieron espontáneamente consejos de obreros, soldados y marinos. La socialdemocracia consiguió apoderarse de la dirección de la revolución y traicionarla. El Partido Comunista alemán no existía todavía. No había más que un pequeño grupo, *Spartacus*, que había luchado durante la guerra, pero que todavía no estaba ligado a las masas. Solamente después del comienzo de la revolución, en diciembre de 1918 y comienzos de enero de 1919, se celebró el Congreso de constitución del Partido Comunista alemán.

Al apoderarse de la dirección de la revolución, el partido socialdemócrata, de acuerdo con la burguesía, comenzó a combatir implacablemente a los comunistas revolucionarios, partidarios del derrumbamiento de la burguesía y de la instauración del poder soviético en Alemania. La socialdemocracia organizó la sangrienta derrota de la revolución y fusiló a millares de obreros revolucionarios, entre ellos a sus jefes, Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht.

En lugar de reforzar el poder de los Soviets, impuso a su congreso la resolución de convocar una Asamblea Constituyente. Ni siquiera trataba de instaurar la República, que fué proclamada solamente bajo la presión de las masas revolucionarias que sostenían la consigna del grupo *Spartacus*: instauración de la República de los Soviets.

Los obreros influenciados por la revolución de octubre, empujaron al gobierno a introducir la jornada de 8 horas, seguros sociales contra los riesgos (sin cotización obrera), comités de fábrica sin el asentimiento de los cuales ningún obrero podía ser despedido, contratos colectivos obligatorios, libertades constitucionales, etc.

En las elecciones a la Constituyente, la socialdemocracia, aun siendo el partido más fuerte, no obtuvo la mayoría absoluta. A la cabeza del gobierno se halló una mayoría llamada «coalición de Weimar», compuesta de la socialdemocracia, del centro católico y de los demócratas. En esta coalición la socialdemocracia se entendía no sólo con la burguesía, sino también con los grandes terratenientes y con los nobles. Sostuvo, entre otras cosas, el pago de una renta anual a la casa de los Hohenzollern, que había abandonado Alemania al comienzo de la revolución.

Los gobiernos de coalición que se han sucedido en Alemania hasta comienzos de 1932, han sido todos el resultado de una combinación de estos tres partidos. En 1930, cuando la socialdemocracia fué arrojada del gobierno y se constituyó el gobierno Brüning, la socialdemocracia estaba todavía en el poder en Prusia. Apoyaba en el Reichstag al centro católico y éste la sostenía en el Landtag de Prusia.

La crisis económica agravó la situación de la economía burguesa y la burguesía y su gobierno acentuaron su ofensiva contra el nivel de vida de los trabajadores. La coalición de Weimar abolió todos los derechos políticos, uno tras otro; el Parlamento perdió todo poder real en las cuestiones más importantes; las huelgas eran severamente reprimidas, los periódicos comunistas prohibidos, las organizaciones obreras revolucionarias disueltas (el Frente Rojo, los Sin Dios). Se dispersaban las reuniones, se disparaba sobre las manifestaciones revolucionarias. El gobierno inauguraba abiertamente el reino de los decretos y de los tribunales de excepción. Introdujo las extracciones sobre los salarios para los fondos de los seguros. A medida que aumentaba el número de los parados, se disminuían sus indemnizaciones. Los jóvenes y las mujeres fueron borrados de las listas. Los seguros de invalidez y de enfermedad sufrieron también disminuciones. Los salarios y el nivel de vida de la clase obrera caían constantemente, sobre todo si se tiene en cuenta el número creciente de los parados por profesiones.

Salarios semanales en marcos alemanes

	Stbre. 1931	Ene. 1932	Oct. 1932
Metalurgia	25.70	20.05	18.20
Industrias químicas	29.45	22.65	22.45
Textil	18.70	16.15	15.60
Construcción	22.45	13.86	12.05
Imprenta	33.35	27.25	25.40

El promedio de los salarios semanales de un obrero alemán era en el año 1929 de 42.2 marcos, en 1932 de 21.06, mientras que el *mínimum indispensable para vivir*, establecido oficialmente, era en el mismo año de 38.4 marcos. Según datos del Instituto de Coyuntura de Berlín, la suma total de los salarios de los obreros y de los sueldos de los empleados ha caído en el primer trimestre de 1933 en el 6 por 100 con relación al cuarto trimestre de 1932. Los salarios caen y la productividad del trabajo aumenta. Tomando como base de comparación el coeficiente 100 del año 1913, las cifras que expresan la productividad del trabajo son: en el año 1928, 113; en el año 1929, 120; en el año 1931, 127.

En enero de 1932 el gobierno decretó con una ley de excepción una reducción general del 10 por 100 de los jornales, de los sueldos y de las indemnizaciones. En los dos últimos años de crisis, se han disminuído también los sueldos de los funcionarios. Según datos del Instituto de Coyuntura, la suma total de los salarios pagados a los obreros y a los empleados ha sido, en 1929 de 47.500 millones de marcos y en 1933 solamente de 25.700 millones. La disminución es, pues, de 42.4 por 100.

La crisis agraria ha provocado una crisis especialmente sensible de los precios de los productos agrícolas. Tomando como base de comparación el coeficiente 100 del año 1913, la suma total de los precios agrícolas se expresará por las cifras siguientes: 132.5 para el año 1928 y 80.75 para enero de 1933, es decir que la disminución con relación al año 1928 es de 41.85 por 100. Y han sido los medios y pequeños campesinos, claro está, los que más han sufrido con esta caída de los precios. La venta de los principales productos agrícolas ha proporcionado, en el año 1928/29, un poco más de 10.000 millones de marcos y en 1931/32 algo más de 7.000 millones. Así, la pequeña burguesía sufría también por el tratado de Versalles, por la crisis económica mundial y por la política del gobierno de la coalición de Weimar.

El gobierno Brüning regaló a los grandes terratenientes de Prusia Oriental 2.000 millones de marcos en forma de dotación. Se encargó de cubrir el déficit de los Bancos. Concedió a los capitalistas que se hallaban en situación apurada subsidios en forma de compra de acciones de sus *konzerns*. Disminuyó sus impuestos y les proporcionó créditos baratos. Con diferentes pretextos libertó de sus impuestos a la burguesía. Pero todo esto no la bastaba, y para cargar sobre los hombros de los trabajadores el peso de la crisis, exigió una presión cada vez más fuerte sobre los obreros y campesinos y ventajas cada vez más considerables para ella misma.

La socialdemocracia, el centro católico, viendo que se les escapaban los obreros, que entraban cada vez más en la órbita de influencia del P. C., no podían responder a las exigencias incesantes de la burguesía. Esta expulsó entonces a sus criados con tantos menos escrúpulos cuanto que la influencia de la coalición de Weimar sobre las masas iba disminuyendo.

Los partidos de coalición de Weimar obtuvieron en las elecciones a la Constituyente en 1919, 23.406.000 votos. El Partido obrero independiente, que votó también por el tratado de Versalles, obtuvo 2.317.000 votos. Entre ambos reunieron, pues, 25.723.000 votos sobre 30.400.000 votantes. Los partidos opuestos al tratado de Versalles y a la Constitución de Weimar obtuvieron 4.667.000 votos. El P. C. no participó en las elecciones.

Estos dos grupos de partidos burgueses—por y contra Weimar—obtuvieron en noviembre de 1932: el primero, 13.314.000 votos y el segundo 15.357.000. El P. C., luchando contra el frente único de los socialdemócratas y la burguesía y contra la coalición de Weimar, obtuvo en noviembre de 1932, 5.980.000. En 1932, 13.314.000

electores votaron, pues, por la coalición de Weimar y 21.337.000 votaron contra. Los partidarios de Weimar perdieron 12.409.000 votos y sus adversarios ganaron 16.670.000. Uno de los tres partidos que componen la coalición de Weimar, el partido democrata, que había obtenido en las elecciones a la Constituyente 5.000.000 de votos, no obtuvo más que 350.000 en noviembre de 1932.

¡ Con este rápido ritmo se desenmascaraba a los ojos de las masas la política de la coalición de Weimar, al frente de la cual se hallaba la socialdemocracia!

II.—EL PARTIDO SOCIAL DEMOCRATA HA PREPARADO EL CAMINO AL FASCISMO

La demagogia fascista y la ola de chovinismo.

El empobrecimiento y la desesperación de las masas, resultado de las inauditas cargas impuestas por el tratado de Versalles y por la crisis económica mundial, así como la política de ofensiva contra todos los trabajadores, ejercida por la coalición de Weimar, han permitido a los nacional-socialistas extender su influencia entre las masas. Excitaban el patriotismo de las masas. Todos los males venían, según ellos, no del sistema capitalista, sino del tratado de Versalles. Su demagogia no tenía límites. Con un cinismo sin igual adaptaban sus consignas a las reuniones en que hablaban. A los obreros les prometían un aumento de salarios; a los parados indemnizaciones completas o trabajo; a la pequeña burguesía, la expropiación de los bancos y la liquidación del comercio en gran escala; a los obreros agrícolas y a los campesinos pobres, la tierra. Claro es que se encargaban de asegurar a la burguesía y a los terratenientes la mano de obra al precio más barato posible, subsidios, ventajas de todas clases, tarifas aduaneras prohibitivas, precios elevados para los productos agrícolas, etc. Estas promesas se las hacían, no en reuniones públicas, sino en conversaciones secretas con los representantes de los banqueros, de los trusts y de los terratenientes. Y no estaban destinadas a engañar a la masas, sino a ser mantenidas. Cuando quebró el primer gran Banco, el Danat, y los pequeños depositarios hacían cola en la calle y asaltaban las cajas de este Banco, hay que reconocer que fueron los nacional-socialistas los primeros en trabajar entre ellos. Explicaban la quiebra del Banco por las intrigas de los capitalistas extranjeros que retiraban sus capitales, mientras que en realidad una gran parte de los capitalistas alemanes habían también considerablemente contribuido a la retirada de estos fondos. El trabajo de nuestro partido (sin hablar del de los socialdemócratas) no se dejaba sentir. El P. C. A. no reaccionaba ante los acontecimientos más que algunos días más tarde, por más que el temor de no ser pagado provocase una gran efervescencia en las fábricas.

Los nacionales y los nacional-socialistas declararon en 1928 que querían obtener por medio de un referendum la abolición del plan Young. Para forzar al gobierno a aceptar el referendum, era preciso reunir 5.500.000 firmas. Todos los demás partidos, incluso la socialdemocracia, se burlaban de los nacional-socialistas y estaban persuadidos de que nadie tomaría en serio su llamamiento. Nuestro partido comprendió la situación tan mal como los demás. Declaró: «Tomaremos los nombres de todos los que den su firma a estos fascistas». La **Rote Fahne** lanzó una consigna especialmente nefasta en aquellas circunstancias: «Golpead a los fascistas donde los halléis.» ¿Qué es lo que en realidad ocurrió? Los nacionales y los nacional-socialistas reunieron, incluso antes del plazo indicado, 6.000.000 de firmas. Nuestro partido sub-estimó este movimiento. La consigna lanzada por la **Rote Fahne**: «Golpead a los fascistas donde los halléis», hizo creer a las masas, partidarias de la abolición del plan Young, que el P. C. A. defendía aquel plan. El partido no tuvo en cuenta esto, y fué un grave error.

Todavía hoy se oyen declaraciones de este género: si el partido no hubiese renunciado a esta consigna, si los miembros del partido se hubiesen consagrado a pegar a los fascistas, no estarían ahora en el poder (de todos modos, los choques con los fascistas no han cesado ni siquiera después del abandono de esa consigna). Esta

opinión es completamente falsa. Merced a ese error hemos permitido a los nacional-socialistas crearse una base en la pequeña burguesía, que ha tomado en serio su promesa de luchar contra el plan Young y contra el tratado de Versalles, Y, sin embargo, cuando nuestro partido depositaba en el Parlamento el proyecto de abolición del plan Young, los nacional-socialistas abandonaban el salón de sesiones o se abstendían de votar.

Para burlar las cláusulas del tratado de Versalles que prohíben el armamento de Alemania, el gobierno, con la socialdemocracia a la cabeza, alentaba la creación de organizaciones semi-militares. Así se crearon: la Asociación de la Bandera Republicana, compuesta en su mayor parte de socialdemócratas; el Casco de Acero de los nacionalistas; la Defensa Bávara del centro católico. Frente a estas múltiples organizaciones semi-militares, la burguesía no se atrevía primero a prohibir el Frente Rojo organizado por el Partido Comunista. Pero en cuanto esta organización emprendió un amplio trabajo de masa y de lucha contra el fascismo, fué disuelta. Y fué el ministro socialdemócrata Severing quien se encargó de prohibirla. Los nacionalistas pudieron de este modo organizar de manera absolutamente legal sus tropas de asalto, que llegaron incluso a proporcionarse armas de los arsenales del Estado.

Los fascistas recibían de su burguesía una generosa ayuda financiera. Algunos magnates hulleros les pagaban incluso un porcentaje sobre la producción del carbón. Estaban financiados por Deterding y otros magnates financieros del extranjero. Ahora pagan directamente su deuda a Deterding destruyendo los depósitos de petróleo soviético.

Los fascistas han atraído a sus filas hombres abnegados de la pequeña burguesía y han desarrollado una agitación de gran importancia, mucho mejor organizada que la del partido comunista. La agitación de los fascistas penetraba en todas partes. En todas partes se oían sus discursos, en todas partes se veía su literatura. Su agitación aprovechaba hábilmente los errores de la socialdemocracia y de los demás partidos incluso el nuestro. Corrompían algunas capas de parados con unas migajas; en cuanto a los que consentían a entrar en las filas de las tropas de asalto, les alojaban en cuarteles, les daban calzado, les alimentaban, etc. Organizaban sopas baratas para los parados simpatizantes. El apoyo financiero que la burguesía les prestaba era suficientemente importante para permitirles penetrar de esta manera incluso en los medios del proletariado no ocupado en la industria y en el de los parados. A medida que aumentaba el descontento de las masas, la influencia de los fascistas se extendía, como lo demuestran las cifras siguientes: su candidatura al Reichstag apareció por primera vez en 1924, en la época de la inflación, de la debacle económica y del descontento de las masas. Obtuvieron 1.918.000 votos. En diciembre del mismo año, cuando aparecían ya los primeros indicios de la estabilización parcial (y ante todo de la estabilización de la moneda) los nacionalistas pierden de un golpe 1.011.000 votos. Pero, paralelamente cae la influencia del P. C. A. En mayo de 1924 el P. C. A. obtuvo 3.693.000 votos y en diciembre del mismo año perdió 974.000. El partido socialdemócrata, por el contrario no obtuvo en mayo de 1924, durante la situación revolucionaria más que 6.000.000 de votos, y en diciembre, cuando ya se dejaba sentir la estabilización parcial 7.881.000 votos.

Cuando en mayo de 1924 aparecieron por primera vez los nacional-socialistas en la escena política obtuvieron 1.918.000 votos. Y en julio de 1932 obtienen ya 13.732.000. Aprovecharon el creciente descontento de las masas, y ante todo, el de la pequeña burguesía, para tomar el poder.

Las fuentes de influencia del partido socialdemócrata.

Se oye frecuentemente a los miembros de nuestro partido preguntar: ¿Cómo es posible que el partido socialdemócrata, a pesar de todas sus traiciones, tenga todavía tan gran influencia en las masas? ¿Cómo es posible que no la haya perdido todavía? Hay que buscar la respuesta a esta pregunta en el hecho de que antes de la guerra, el partido socialdemócrata era el único partido de masa del proletariado. Sostenía las reformas en el terreno de la legislación social y la ampliación

derechos políticos del proletariado. En 1914, antes de la guerra tenía 90 periódicos que tiraban un total de 1.288.092 ejemplares y contaba 1.085.905 miembros.

En las elecciones parlamentarias de 1912, cuando los soldados y las mujeres no votaban todavía, obtuvo 4.236.000 votos (todos los partidos burgueses reunidos obtuvieron entonces 12.188.000 votos). Dirigía los sindicatos de masas (los sindicatos contaban antes de la guerra dos millones y medio de miembros), las cooperativas obreras, las organizaciones deportivas y culturales del proletariado.

El partido social demócrata gozaba de un gran prestigio en la clase obrera. Y lo aprovechó para sostener al imperialismo alemán durante la guerra, para enviar los obreros al frente y para romper las huelgas. Después de la guerra, salvó a la burguesía aplastando la revolución. Pero las masas obreras—no me refiero a la vanguardia—no lo veían, porque a la vez que fusilaba a los obreros revolucionarios, la socialdemocracia, bajo la presión de las masas revolucionarias influenciadas por la revolución de octubre, tuvo que realizar una legislación social que en los primeros años de la post-guerra, alivió la situación de las clases obreras con relación a la ante-guerra. Las masas obreras no veían que la socialdemocracia estaba forzada a la realización de estas reformas por la revolución, por la vanguardia revolucionaria; creían que la socialdemocracia daba de buen grado estas reformas al proletariado. Por eso las masas estaban todavía fuertemente unidas a la socialdemocracia y no comprendían que ésta las había traicionado durante la guerra y durante la revolución. La socialdemocracia frenaba a la clase obrera alemana por medio de los sindicatos de masa, de las cooperativas, de las organizaciones deportivas, de asociaciones como la Bandera republicana, el Frente de bronce, que con sus millones de miembros, se oponían al frente único revolucionario de lucha del proletariado.

La socialdemocracia instalaba sus funcionarios bien pagados cuyo número llegaba a 400.000, en el aparato del Estado, en los municipios, los sindicatos, el partido y las cooperativas, en los tribunales de arbitraje, las cajas de seguros y los comités de fábrica, en el Reichstag, los Landtag, etc. en todas partes, y por medio de ellos, todos procedentes del campo obrero, aseguraba el contacto con las masas. Es preciso añadir numerosos miembros del partido socialdemócrata propietarios de pequeños cafés-restaurants donde los obreros pasaban la mayor parte de sus ocios. Por medio de éstos y aquéllos la socialdemocracia aseguraba su influencia entre las masas obreras.

Los sindicatos de la socialdemocracia están extraordinariamente centralizados. La dirección arregla la cuestión de las huelgas. Si era opuesta a la huelga, prohibía pagar las indemnizaciones a los huelguistas (y hay que saber que el obrero alemán está acostumbrado desde hace 50 años a recibir indemnización durante la huelga). Según la ley sobre los comités de fábrica, los obreros no podían ser despedidos más que con el consentimiento del comité de fábrica. Aprovechando esta ley, los comités de fábrica reformistas sancionaban en primer lugar el despido de los obreros no organizados (salvo, claro está los comunistas y los miembros de la Oposición Sindical Revolucionaria que los mismos socialdemócratas inscribían en las listas de despedidos). De este modo lograron constituir un firme foco de sindicatos que sostenían a la burocracia sindical, impedían las huelgas y saboteaban la lucha a la que llamaban la O. S. R. y el P. C.

Con el paro, los sindicatos introdujeron indemnizaciones para sus miembros, así como socorros a sus enfermos y a los inválidos. Lo que constituía la mayor parte de los fondos de socorro eran las cotizaciones de los miembros, pero para los sindicatos que en la mayor parte de los casos no defendían los intereses de sus miembros, estos fondos tenían una gran importancia porque impedían a los obreros abandonar los sindicatos. En 1930 se gastaron 123 millones y medio del presupuesto sindical para diversas indemnizaciones y, entre otras, 77.7 millones para los parados, además de lo que recibían del Estado.

En este período el partido socialdemócrata y la burocracia sindical sabían maniobrar ante los obreros. Declaraban querer luchar contra las disminuciones de salarios y contra los decretos-leyes. En realidad apoyaban una y otra cosa. Llegaban incluso a acusar en su prensa al P. C. de no luchar contra el fascismo, que ellos solos, en su opinión, combatían. Elaboraban proyectos de ley que debían propor-

cionar trabajo a los parados, explicando defalladamente dónde y cómo procurarse los fondos para la realización de estos proyectos, haciéndolos una gran propaganda en sus reuniones y en su prensa. Incluso presentaban algunos de estos proyectos en el Parlamento, pero después de haber votado su disolución por un tiempo indefinido con el fin de evitar la discusión de sus propios proyectos. A los obreros les decían que el Parlamento, al aplazar indefinidamente la discusión de sus proyectos, impedían su realización. Así engañaba a las masas obreras.

La burocracia sindical maniobra también. Frecuentemente a espaldas de los obreros se ponía de acuerdo con los patronos para disminuir los salarios. Después comenzaba el juego siguiente: los patronos anunciaban una disminución del 12 por 100 por ejemplo, cuando ya se habían entendido con la burocracia sindical para una disminución menos importante. La burocracia sindical, después de simular una lucha «obtenía» una disminución de solamente el 8 por 100. Y este resultado, la disminución del 8 por 100 era saludada en su prensa, en las reuniones sindicales como una victoria del sindicato que había sabido defender contra la ofensiva de los patronos el 4 por 100 de los salarios. La burocracia sindical se entregaba a este trabajo con gran ruido. Desgraciadamente, el P. C. y la O. S. R. no siempre sabían desenmascarar a tiempo estas maniobras.

La participación de la socialdemocracia en la ofensiva de la burguesía contra los obreros.

En el período de la estabilización parcial, la socialdemocracia conseguía engañar a las masas con tanta mayor facilidad cuanto que gracias al desarrollo económico momentáneo y sobre todo a la productividad y a la intensidad del trabajo, aumentadas sobre la base de la racionalización capitalista, la agravación de la explotación de la clase obrera tomaba frecuentemente formas disimuladas. Esto no quiere decir que en la época de la coalición de Weimar la situación obrera no se agravase y que no se le arrebatase una tras otra todas sus conquistas de postguerra. Solamente que esto no se hacía con los mismos ritmos y bajo las mismas formas que durante la crisis. La creciente explotación era debida menos a la disminución directa de los salarios nominales que a la intensificación extraordinariamente rápida del trabajo y a la condensación del tiempo de trabajo. Esto permitía a los economistas burgueses y socialdemócratas ocultar a los obreros la situación real consagrándose a vanos ejercicios de estadística. Así consiguió la socialdemocracia sembrar entre los obreros la ilusión de que su situación material dependía directamente de la capacidad de competencia de la industria alemana en el mercado mundial. Evocaba el ejemplo de los Estados Unidos que habían hallado «el secreto de los salarios altos» basados en la racionalización del trabajo. Los socialdemócratas han creado la teoría de la «democracia económica» que debía completar la teoría de la «democracia política ya realizada» para abrir la vía hacia «la integración pacífica en el socialismo» basada en la colaboración con la burguesía.

La crisis económica refutó todas estas falsas teorías. No solamente la explotación acrece con una cadencia acelerada, sino que este crecimiento reviste un carácter cada vez más evidente, expresándose en disminuciones de los salarios nominales y reales, en una agravación del paro sin precedente que condena a la clase obrera al hambre y a una muerte lenta. Al continuar sirviendo a la burguesía antes y durante la crisis, la socialdemocracia participa más abiertamente en la implacable ofensiva contra las condiciones de vida de los obreros, en todas las formas de disminución de los salarios, de liquidación de los seguros sociales. No solamente ha sostenido tácitamente las medidas del gobierno Brüning contra los salarios y las indemnizaciones de paro, sino que ha hecho agitación en su favor. Así, en enero de 1932, cuando los jornales, los sueldos y las indemnizaciones fueron disminuidos por una ley, la socialdemocracia la sostuvo. Decía a los obreros que en caso de que la ley fuese promulgada, los precios de los objetos de consumo y de los productos de primera necesidad caerían también en el 10 por 100. Hace algún tiempo tuvo que reconocer que sus previsiones no se habían realizado; añadía que los precios de los objetos de uso corriente y de los de primera necesidad han bajado solamente en el 4 por 100. Pero es también inexacto. Los precios de algunos productos

de primera necesidad, incluso han aumentado. Sin embargo, estas mentiras sobre la baja futura de los precios consiguieron desviar la lucha de la clase obrera contra la disminución de los salarios.

En las últimas elecciones presidenciales, el P. C. lanzó la consigna siguiente: «Quien vota por Hindenburg, vota por Hitler». La socialdemocracia replicó diciendo: «Quien vota por Thaelmann, vota por Hitler». Es un hecho innegable que la elección de Hindenburg por una enorme mayoría fué debida precisamente a los socialdemócratas, que fueron seguidos entonces por una importante parte de la clase obrera. Los obreros pueden ahora convencerse por su propia dolorosa experiencia, de la justeza de nuestra consigna: aquello contra lo que les habíamos puesto en guardia se ha realizado. Desgraciadamente, durante la campaña electoral, el P. C. no supo hallar el medio de convencer a las masas de la justeza de esa consigna.

A pesar de todas sus traiciones, a pesar de todos los esfuerzos hechos por el P. C. A. para desenmascararla, la socialdemocracia sigue arrastrando tras de ella a la mayoría de la clase obrera. Hay que reconocerlo abiertamente. Esto no quiere decir, claro está, que no haya perdido influencia. Solamente los cambios en el reparto de los votos entre el partido socialdemócrata y el comunista en las elecciones parlamentarias en los últimos trece años, prueban lo contrario. En 1919, como ya hemos indicado, la socialdemocracia obtuvo, con el partido obrero independiente, 13.826.000 votos y en noviembre de 1932 solamente 7.237.000. Los sindicatos reformistas, que después de la guerra contaban 9 millones de miembros, y en vísperas del golpe de Estado fascista no contaban más que 4 millones, incluidos los empleados, perdieron también una importante parte de sus efectivos. Sin embargo, la socialdemocracia consiguió impedir al P. C. organizar una resistencia efectiva en el momento del advenimiento de Hitler al poder.

III. LA ACTIVIDAD DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN ANTES DE SU PASO A LA ILEGALIDAD

El desenvolvimiento de la influencia del Partido y las principales debilidades de su trabajo.

El Partido Comunista fué creado, como se sabe, en 1918. En su primer congreso se cometió un grave error que ha tenido repercusiones en todo su desenvolvimiento. El Partido se pronunció contra la participación en las elecciones parlamentarias y contra el trabajo en los sindicatos reformistas. Aunque el congreso siguiente rectificó esta decisión, nunca se ha conseguido en la práctica hacer entrar a todos los miembros del Partido en los sindicatos reformistas, a pesar de las numerosas decisiones de la I. C. y del P. C. A. No existían, ni existen todavía sindicatos organizados por el P. C. en escala nacional; en cuanto a los comunistas adheridos a los sindicatos reformistas, no hacían un enérgico trabajo en el interior de esos sindicatos. Así, los reformistas han podido realizar su política del «mal menor» en perjuicio de la clase obrera, sin hallar resistencia de parte de los comunistas en el seno de los sindicatos. El trabajo de masa del P. C. A. fué, por consecuencia, insuficiente, por más que su influencia sobre la clase obrera fuese aumentando, sobre todo en los últimos años. Si tomamos las elecciones al Reichstag alemán—y no hay un indicio mejor—, y comparemos el número de votos obtenidos por el P. C. A. en 1920 y en 1932, veremos que su influencia sobre la clase obrera ha aumentado considerablemente. En 1920, el P. C. A. no obtuvo más que 590.000 votos, mientras que en 1932 obtenía 5.900.000 pertenecientes indiscutiblemente a los obreros.

Pero en los sindicatos, es decir, allá donde se decidía la lucha contra la ofensiva de la burguesía que atacaba las condiciones de vida de la clase obrera, éramos todavía débiles; allá podían los reformistas realizar su política de traición. Hay que reconocerlo abiertamente. Todos los intentos hechos en 1923 para crear sindicatos paralelos no han conducido a nada, porque incluso entonces que los obreros se salían en masa de los sindicatos reformistas, no ingresaban en los nuevos sindicatos. Sin embargo, sin trabajar en las organizaciones de masa y ante todo en los sindicatos, el P. C.

no podía ni conquistar la mayoría de la clase obrera ni, todavía menos, consolidar su influencia por vía de organización. Los acontecimientos de 1923 lo han demostrado.

Para extender y consolidar la influencia del Partido en el seno de los sindicatos reformistas se creó una oposición sindical que se fijó por tareas:

1.º La organización y la dirección independiente de las huelgas. Porque los reformistas impedían la organización de las huelgas, pero cuando bajo la presión de las masas, las declaraban y tomaban su dirección, era para llevarlas a la derrota o para resolverlas con un compromiso a espaldas y a costa de los obreros.

2.º El refuerzo del trabajo en los sindicatos reformistas. Tratar de hacer penetrar en ellos a todos los miembros del P. C. y a todos los obreros revolucionarios. Una vez afirmados en los sindicatos reformistas, nuestros camaradas debían movilizar sus miembros para sostener la lucha de la oposición sindical, que comprendían también a los obreros no organizados, contra la ofensiva del capital.

3.º La creación de un aparato paralelo al de los sindicatos reformistas, para que en caso de un amplio descontento de las masas, las organizaciones de la oposición sindical pudiesen transformarse en sindicatos independientes. Para facilitar a la oposición sindical el reclutamiento entre los obreros no organizados, el V Congreso de la I. S. R. tomó la resolución de suspender para Alemania la consigna de: «Ingresar en los sindicatos reformistas».

A fines del año 1932 la oposición sindical contaba ya con 310.000 miembros. Dirigía las huelgas, organizó un aparato paralelo, pero no trabajaba o trabajaba mal en los sindicatos reformistas.

El P. C. consiguió crear toda una serie de organizaciones de masa: comités de parados, S. R. I., organizaciones deportivas, los Sin Dios, la Unión de inquilinos, etc. Todo esto ampliaba la influencia del P. C. pero la existencia de estas organizaciones no hacía menos necesario el trabajo en los sindicatos reformistas, trabajo que el Partido hubiera tenido que reforzar por medio de los miembros de las organizaciones de masas, muchos de los cuales eran al mismo tiempo miembros de los sindicatos reformistas. Pero el P. C. no supo aprovechar esta posibilidad. En cuanto a estas organizaciones, no podían por sí mismas reemplazar el trabajo en los sindicatos reformistas y esta tarea quedaba abandonada.

Nuestro Partido ha registrado grandes éxitos. No solamente aumentó el número de votos que obtenía en las elecciones, sino que se ha transformado en una gran fuerza de atracción para los obreros revolucionarios. De enero 1931 a abril 1932, el Partido casi dobló sus efectivos; en enero de 1931 no contaba más que 180.000 miembros y un año más tarde, en abril de 1932, contaba ya 332.000. Las organizaciones obreras de masas influenciadas por el Partido han aumentado también sus efectivos. Sin embargo, todavía no se han corregido una serie de graves debilidades en su trabajo de masa. La principal es la insuficiencia del trabajo en las empresas. El Partido no llegaba a crearse puntos de apoyo en las empresas, sin los cuales no puede trabajar ningún partido comunista. Es cierto que el trabajo en las empresas presentaba dificultades considerables, sobre todo durante los años de crisis, cuando con los despidos en masa, los obreros revolucionarios, especialmente los comunistas, eran los primeros en ser despedidos. Pero un partido bolchevique debe aprender a vencer estas dificultades. Se puede afirmar que antes del advenimiento de Hitler el número de comunistas que trabajaba en las empresas más importantes no excedía del 11 por 100 del total de sus miembros.

Iguals dificultades se presentaban en los sindicatos, donde los obreros revolucionarios se veían también frecuentemente excluidos. Pero también allí el partido careció de firmeza en el trabajo. La organización del trabajo en los sindicatos no era satisfactoria; la O. S. R., como el Partido, no ha podido enraizarse en las empresas. Esto debía tener las repercusiones más nefastas en la influencia del P. C. A. entre las masas obreras y, por consecuencia, en el desenvolvimiento del desarrollo revolucionario en Alemania.

Por otra parte, en la aplicación del trabajo de masa, el Partido no tenía suficientemente en cuenta la necesidad de convencer a los obreros socialistas. Nuestro trabajo de agitación ha sido especialmente débil allá donde nos aproximábamos a las masas que aún corrían todavía la influencia de la burguesía y de sus agentes. Nos ocupábamos muy poco de política, lo cual es justo, pero abandonábamos el trabajo de masa que

ya no es justo. Organizábamos reuniones que agrupaban hasta 25.000 personas y nos contentábamos con poder hablar a estas masas. Pero, ¿quién frecuentaba nuestras reuniones? Eran obreros revolucionarios que estaban ya con nosotros Y nuestra prensa, ¿qué hacía? ¿Se puede decir que penetraba realmente en las masas trabajadoras, que empleaba un lenguaje comprensible para ellas, que se ocupaba de las cuestiones de sus luchas diarias? ¿Podían nuestros periódicos de fábrica interesar por su contenido a todos los obreros de la fábrica a que pertenecían? No. Estos periódicos seguían una rutina; tomaban su material a la prensa diaria del Partido, le parafraseaban y le servían refrito. Estos periódicos no reflejaban la vida de las empresas, no comentaban los acontecimientos que en ella se habían producido, no incitaban a los obreros de la base a buscar y preparar el material.

Las debilidades del trabajo de masa del P. C. han permitido a los reformistas desviar de la lucha a los obreros. La presión contra la clase obrera ha sido en Alemania más fuerte que en los demás países capitalistas y sin embargo, el número de huelgas durante la crisis ha sido menos importante que en los demás. Tuvieron lugar en Alemania en el período 1929-31, 1.304 huelgas que englobaron 637.000 obreros y con una pérdida total de 10.145.000 jornadas de trabajo. En el mismo período, en Inglaterra, tuvieron lugar 1.468 huelgas en las que participaron 1.404.400 obreros con una pérdida total de 20.321.000 jornadas de trabajo. En América el número de huelgas en el mismo período fué de 2.700, con 761.000 obreros y 20.934.100 jornadas de trabajo perdidas. Incluso en Francia, donde la crisis comenzó mucho más tarde y donde la presión sobre los obreros se hacía sentir menos al principio, las huelgas eran más numerosas: en el mismo período hubo 3.601 huelgas, englobando 2.108.000 obreros. El año 1931 fué en Alemania el más pobre en huelgas.

Mejoramiento del trabajo de masa, dirección de las huelgas, aplicación de la táctica de frente único.

A partir de mediados de 1932, el trabajo de masas comienza a mejorar. Los casos de dirección independiente y de preparación de las huelgas por el Partido Comunista, son cada vez más frecuentes. Las huelgas de los mineros del Ruhr (enero 1932) y de los transportes de Berlín (noviembre 1932) fueron dirigidas por los sindicatos y la O. S. R. La burocracia sindical hizo todo lo posible por hacerlas fracasar y recurrió incluso a la policía. La huelga de mineros fué reprimida con una ferocidad desconocida hasta entonces en Alemania y en la huelga de los transportes que englobaba también miembros de los sindicatos reformistas, los únicos rompehuelgas fueron miembros del partido socialdemócrata.

Sólo el P. C. y la O. S. sostuvieron la lucha contra los decretos de excepción que imponían nuevas cargas extraordinariamente pesadas a la clase obrera; la socialdemocracia y los jefes reformistas saboteaban esta lucha. El cínico decreto de Papen que autorizaba a los patronos a reducir los salarios hasta el 50 por 100 fracasó gracias a la lucha de los obreros organizados por el Partido Comunista. Como los decretos precedentes no tropezaron con la resistencia de los obreros, Papen al promulgar este nuevo decreto, esperaba que los patronos conseguirían hacerle aplicar. El gobierno contaba con que este decreto corriese la misma suerte que los precedentes. Se engañaba. Al promulgar esta ley, Papen tuvo que abolir los contratos colectivos sobre los cuales se apoyaba la burocracia sindical para romper las tentativas de la oposición sindical y del Partido Comunista de organizar huelgas. En la medida en que el decreto autorizaba a cada patrono a violar estos contratos colectivos reduciendo los salarios en el 50 por 100, el P. C. y la O. S. pudieron por su parte pasar por encima de la burocracia sindical y emprender una lucha en las empresas contra el decreto.

Como Papen no podía asegurar la aplicación del decreto, todos los partidos burgueses, con excepción de los nacionalistas, incluidos los socialdemócratas, votaron en el Reichstag contra el decreto y contra el gobierno de Papen, que tuvo que ceder el sitio a Schleicher. Si en el período que precedió al advenimiento de Hitler al poder, el P. C. consiguió penetrar en las masas y hasta adquirir alguna influencia entre los obreros socialdemócratas, los miembros de los sindicatos reformistas y la Asociación Bandera republicana, fué porque supo organizar la lucha contra el decreto de excepción. El prestigio del Partido ascendía sensiblemente y los miembros de los sin-

dicatos reformistas comenzaban a participar en las huelgas dirigidas por la O. S. R. y por los comunistas (en el comité de huelga de los trabajadores del transporte de Berlín, los miembros de los sindicatos reformistas y hasta los nacionalsocialistas trabajaban al lado de los comunistas).

Los primeros pasos de la lucha común de los comunistas y de los obreros socialdemócratas contra los fascistas, tuvieron una gran repercusión entre los obreros socialdemócratas. A la vez que sostenían la lucha de los parados, a la vez que trataban de organizar esta lucha sobre la base de un amplio frente único, el P. C. y la O. S., en abril de 1932, dirigieron a todas las organizaciones obreras una proposición para luchar juntos contra toda disminución de los salarios en el momento de la renovación de los contratos colectivos. Esta proposición fué acogida por las masas obreras con una gran simpatía. Por primera vez después de largos años, los obreros de todas las tendencias se pusieron a discutir libremente la proposición, desafiando la voluntad del partido socialdemócrata y de la burocracia sindical. Esta proposición sentó las bases de una amplia lucha común de los obreros comunistas y socialdemócratas.

El segundo paso en esta dirección fué dado el 20 de julio, cuando Papen expulsó a los socialdemócratas del gobierno de Prusia. El P. C. A. propuso entonces a los sindicatos reformistas y al Comité Central del partido socialdemócrata, declarar una huelga general para la abolición de los decretos-ley y la disolución de las tropas de asalto. La socialdemocracia declaró que solamente agentes provocadores podían llamar a una huelga general. Recomendaban a los obreros, en vez de que declarasen la huelga, que votasen por los socialdemócratas en las elecciones al Reichstag el 31 de julio y de «detener así el peligro de fascismo». En cuanto a la central sindical reformista declaró desdeñosamente que ella sabía cuándo había que declarar las huelgas y no tenía necesidad de ser aconsejada por el P. C. Aunque el sabotaje de la central sindical reformista y del partido socialdemócrata impidiese el desencadenamiento de una huelga general de masa, la táctica del P. C. A. fué absolutamente justa. Esta proposición probó a los obreros socialdemócratas que los comunistas, aunque fuesen con todos los obreros revolucionarios, adversarios del gobierno socialdemócrata de Prusia que servía a la burguesía y combatía el movimiento obrero y por más que no hubiesen cesado jamás de desenmascarar a los reformistas y a los socialdemócratas, les proponían ahora, cuando el peligro del fascismo amenazaba directamente a la clase obrera, luchar juntos contra el enemigo. Esta segunda proposición de frente único de lucha hecha a los sindicatos reformistas y al partido socialdemócrata el 30 de enero de 1933, es decir, después del advenimiento de Hitler al poder, produjo una impresión todavía más fuerte en los obreros socialdemócratas.

Puede juzgarse de esto por la demagogia a que tuvo que entregarse el órgano central del partido socialdemócrata, el *Vorwaerts*, para justificar a los ojos de los obreros su negativa a aceptar las proposiciones de los comunistas. Esta vez, abandonando su actitud del 20 de julio, el *Vorwaerts* respondió a la proposición con toda una serie de artículos. En lugar de un frente único de lucha, el órgano central del partido socialdemócrata proponía la conclusión de un pacto de no agresión entre comunistas y socialdemócratas, que en realidad no trataba más que de impedirnos desenmascarar la política de traición de la socialdemocracia y su aproximación al fascismo. Hacer la huelga cuando Hitler ha llegado al poder legalmente era, en opinión del *Vorwaerts*, disparar al aire. Otra cosa sería, declaraba el periódico, si Hitler tratase de salirse del cuadro de la Constitución de Weimar. Entonces, ¡oh, entonces!, la socialdemocracia se levantaría contra él.

Este sucio juego de la dirección socialdemócrata inclinó una parte de sus obreros hacia los comunistas. La lucha común en las calles contra los fascistas que asesinaban sin distinción a comunistas y obreros socialdemócratas, contribuyó fuertemente a esto. A medida que los ataques de los fascistas contra las casas sindicales, las cooperativas y los establecimientos comunistas y socialdemócratas, se multiplicaban, los obreros de todas las tendencias comenzaban cada vez más frecuentemente a unirse para responder a las agresiones de los fascistas. Los comunistas defendieron incluso el excreable edificio del *Vorwaerts*, el mismo del que se habían apoderado en 1919 los Espartaquistas, luchando contra la traición del gobierno de Scheidemann y por la instauración de la dictadura del proletariado. Este frente único de lucha de los comu-

nistas y de los obreros socialdemócratas estaba realizado en algunos lugares, en la base, por las propias masas, a pesar de los jefes socialdemócratas.

Si el llamamiento a la huelga general lanzado por el Partido Comunista el 20 de julio no tuvo ninguna resonancia, el frente único que comenzaba a constituirse en la base después del 20 de julio, atraía por el contrario a las masas obreras. Así fué, como después del advenimiento de Hitler al poder, se celebraron manifestaciones y en algunos casos hasta huelgas en todos los centros importantes de Alemania. Durante el entierro de las víctimas del terror fascista se produjeron manifestaciones y huelgas de importancia. Durante estas jornadas, el movimiento de frente único se desarrolló tan poderosamente que la socialdemocracia no se podía ya desembarazar de él por los viejos métodos. Ahora declaraba que el frente único contra el fascismo era necesario, que era preciso organizarlo, que se trataba solamente de escoger el momento propicio. Pero los jefes socialdemócratas se apresuraban a añadir que no era el momento favorable para declarar una huelga general, que valía más esperar, que tal vez más tarde la huelga sería más oportuna.

El partido socialdemócrata no podía ya limitarse a proferir calumnias y a acusarnos de provocación; para sabotear el frente único se veía ahora obligado a recurrir a otros procedimientos. El 1.º de marzo, después del incendio del Reichstag, mientras un terror sin precedentes caía sobre los obreros y sobre todos los trabajadores, el P. C. propuso de nuevo a la socialdemocracia y a la central sindical reformista lanzar un llamamiento a la huelga general. Los socialdemócratas y la burocracia sindical dejaron esta proposición sin respuesta. Después de las elecciones del 5 de marzo, declararon: «Hitler ha llegado al poder por la vía legal: Hindenburg le ha nombrado y ahora este nombramiento es confirmado por la mayoría del pueblo; tiene la posibilidad de gobernar dentro de los marcos de la Constitución de Weimar. En cuanto a nosotros, pasaremos a las filas de la oposición legal y esperaremos a que el pueblo nos lleve de nuevo al poder».

Es innegable que en el curso de estos últimos años la influencia del P. C. en las masas se ha desarrollado considerablemente a expensas de la socialdemocracia. Esto puede ser confirmado por las cifras de las elecciones de 1930 y de 1932. En estos dos últimos años los socialdemócratas han perdido 1.338.000 votos y el P. C. ha ganado 1.384.000. Este desplazamiento de votos se ha observado especialmente en los grandes centros industriales. Los comunistas se reforzaban a expensas de la socialdemocracia; esto es indiscutible. Pero se reforzaban demasiado lentamente con relación al desenvolvimiento de las fuerzas fascistas en Alemania. La conquista de determinados miembros de los sindicatos reformistas y del partido socialdemócrata; la organización en algunos lugares, a pesar del sabotaje de los jefes socialdemócratas y reformistas del frente único de lucha que consiguió rechazar el decreto de Papen, aumentaron el prestigio del P. C. en las masas obreras. Por otra parte, con el rápido desenvolvimiento del fascismo, precipitado por la política de traición de la socialdemocracia, este prestigio llegó incluso a provocar un feroz ataque contra el P. C.: la calumnia respecto al incendio del Reichstag, el terror, la exterminación sangrienta de los efectivos de base de las organizaciones locales del P. C. A., ataque de tal violencia que la clase obrera se vió insuficientemente preparada para rechazarlo inmediatamente.

Las provocaciones fascistas y el terror no llegarán a cortar de las masas al P. C. A.

El partido comunista alemán esperaba su disolución por el fascismo en el poder, esperaba también que el pretexto de esta disolución sería proporcionado por cualquier provocación; pero no había previsto que el terror sería tan salvaje, ni la provocación tan desvergonzada. El incendio del Reichstag—plan cuidadosamente elaborado por los fascistas—la acusación lanzada inmediatamente contra el partido comunista, la prohibición de toda la prensa comunista en una sola noche, la prohibición de la prensa socialdemócrata, la prohibición de todo periódico burgués que ose dar a entender que el incendio del Reichstag fué organizado por los fascistas, los «descubrimientos» durante los registros en los locales de las organizaciones revolucionarias, las calumnias relatando cómo los comunistas se preparaban para la insurrección inmediata, proyectaban envenenar el agua y levantan listas de personas a las que hay que fusilar.

todo esto, en la atmósfera del terror más feroz, sabiamente organizado, con torturas infligidas a los encarcelados con asesinatos aplicando la ley de fuga, etc. En estas condiciones desencadenó Hitler su ofensiva contra el P. C. A.

Si se quieren buscar analogías en el pasado, se podrá con grandes reservas comparar la provocación de Hitler a la calumnia lanzada por la burguesía rusa en julio de 1917 contra los bolcheviques y contra Lenin, al que se acusaba de «estar vendido a los alemanes». A pesar de lo insensata y grosera que era entonces esta provocación, la burguesía, los mencheviques, los socialistas revolucionarios y el gobierno provisional consiguieron en las jornadas de julio levantar a la pequeña burguesía terriblemente excitada contra el P. C. Solamente con un trabajo incansable, abnegado, ingenioso y valiente entre las masas, el trabajo bolchevique de todo el partido dirigido por su Comité Central, con Lenin a la cabeza, se pudo llegar en cuatro meses, claro es que en las condiciones de una crisis revolucionaria, no solamente a desbaratar la provocación de la burguesía, sino a extender y consolidar su influencia bolchevique sobre las masas trabajadoras, a conquistar la mayoría de la clase obrera y a conducir a las masas de obreros, soldados y campesinos a la insurrección armada por el poder de los Soviets.

¿Cuál era la situación en Alemania después de la provocación fascista? Las calumnias fascistas no han quebrantado las filas comunistas y de las masas obreras. Y sin embargo, hay que tener en cuenta el inaudito terror que se encarnizaba contra los comunistas y los obreros y que los bolcheviques no conocieron en julio de 1917. Tomemos las elecciones del 5 de marzo de 1933. ¿En qué condiciones votaron los obreros? Donde votaban comunistas y obreros revolucionarios, es decir, en los barrios obreros, las secciones de asalto nacionalsocialistas montaban la guardia cerca de las urnas con un fin especial. Los nazis conocían personalmente a los obreros revolucionarios de su barrio y en cuanto uno de ellos se aproximaba, lo prendían, lo arrastraban a los cuarteles y lo maltrataban o asesinaban. Los obreros lo sabían y sin embargo el P. C. A., según las cifras oficiales, es decir, hitlerianas, obtuvo cerca de 5 millones de votos. Está fuera de duda que los fascistas robaban votos a los comunistas. Y ahora está ya establecido que los hitlerianos se sumaron falsos votos en número considerable. Así, en Pomerania, el número de votantes excedió en 62.000 al de las listas electorales, y en la Prusia oriental, donde la participación electoral ha sido siempre el 5 por 100 por debajo de la media del resto del país, el número de votantes subió bruscamente hasta el 97 por 100. Un camarada que trabajaba entre los campesinos de la Prusia oriental, cuenta que en una de las grandes propiedades que constituye una circunscripción electoral, en las elecciones de 1932 todos los votos fueron para el P. C. por más que todos los obreros agrícolas estuviesen obligatoriamente inscritos en el Casco de Acero. No era allí un secreto para nadie que los tres votos obtenidos por el Casco de Acero pertenecían al propietario, a su mujer y al inspector. Y he aquí que el 5 de marzo de 1933, ¡todos los votos de esta circunscripción van a los nacionalsocialistas! En las circunscripciones de este género, cuando faltaba uno de los electores, votaba por él un miembro de las secciones de asalto. Así es como los nacionalsocialistas han obtenido sus «17 millones de votos».

Los resultados de las elecciones prueban que la parte del proletariado que ha seguido al P. C. A. le considera verdaderamente como su dirigente. Esta parte no le abandonará y continuará luchando bajo sus banderas, a menos que el P. C. A. cometa graves errores. Esto prueba que el P. está estrechamente ligado a la parte más consciente, más revolucionaria de la clase obrera.

IV. ¿HABIA UNA SITUACION REVOLUCIONARIA EN ALEMANIA EN ENERO DE 1933?

Las condiciones de la situación revolucionaria.

Se recordará cómo Lenin definía una situación revolucionaria:

«Para una revolución, no basta que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de vivir como en el pasado y reclamen cambios para

una revolución es indispensable que los explotadores no puedan ya vivir y gobernar como en el pasado. Solamente cuando «abajo» no se quiere ya nada con el pasado y cuando «arriba» ya no se puede vivir como en el pasado, puede ser victoriosa la revolución. En otros términos: la revolución es imposible sin una crisis general nacional que afecte tanto a los explotados como a los explotadores. Para que haya una revolución es preciso, pues, primero, que la mayoría de los obreros (o al menos la mayoría de los obreros conscientes, de los obreros que reflexionan, que son políticamente activos) comprenda hasta el fin su necesidad y esté dispuesto a morir por ella; y que, además, las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la vida política las masas más atrasadas (el rápido crecimiento en las masas trabajadoras y oprimidas, hasta entonces apática, del número de los hombres dispuestos a la lucha política, número diez veces, cien veces más importante, es un indicio de toda verdadera revolución), que debilite al gobierno y permita a los revolucionarios derrumbarlo prontamente.»

¿Es que existían todas estas condiciones en Alemania en enero de 1933? No. Ante la amenaza de la revolución proletaria, toda la burguesía, a pesar de todo lo que la dividía, se unió contra el proletariado revolucionario. La enorme mayoría de la pequeña burguesía seguía a la burguesía en la persona de Hitler, que prometía restaurar la «gran Alemania» de otro tiempo en la que su vida era relativamente soportable.

El proletariado estaba dividido por la socialdemocracia que arrastraba todavía a la mayoría de la clase obrera. Por consecuencia, los explotadores podían todavía vivir y gobernar, podían todavía, con nuevos métodos fascistas, entregarse a la misma explotación de la clase obrera.

La situación revolucionaria en 1923 y la dirección oportunista.

En 1923 Alemania estaba en una situación revolucionaria. ¿Y qué es lo que pasó? El Ejecutivo de la I. C., que en enero de 1924 dió un análisis detallado de la situación en Alemania, caracterizaba de la manera siguiente, en el segundo capítulo «La crisis revolucionaria en Alemania», los indicios de situación revolucionaria existentes entonces:

«Las poderosas huelgas y la lucha en el Ruhr en mayo-junio, las huelgas de Alta Silesia, las de los metalúrgicos de Berlín, las luchas en Erzgebirge, en Fогtland y la huelga política de masas en agosto de 1923 que tuvo por resultado la caída del ministerio Cuno, indicaban que en Alemania comenzaba una nueva oleada revolucionaria.

La rápida agravación de la situación se expresaba por la creciente carestía de la vida, la inflación, las monstruosas cargas fiscales, la crisis del parlamentarismo, el vigoroso contraataque del capital que siguió a la ofensiva todavía débil del proletariado, la crisis alimenticia, la disminución de los salarios, la gradual anulación de las conquistas sociales de la clase obrera, el desenvolvimiento de los movimientos separatistas, la creciente depauperación de las capas medias, antiguas y nuevas, por el descrédito creciente de los partidos democráticos del centro. Fueron el proletariado y las capas medias, cada vez más proletarizadas las que tuvieron que pagar los gastos de la resistencia en el Ruhr. (Ocupado entonces por las tropas aliadas.) La agravación de los antagonismos de clase se desarrollaba con los mismos ritmos acelerados que la descomposición de la economía de la Alemania capitalista, cortada de sus puntos de apoyo.

En numerosas provincias, la población se armaba e iba en grupos a buscar víveres en los campos. Las amplias capas medias, desesperadas, oscilaban entre los dos polos extremos que les indicaban una salida, los comunistas y los fascistas. En las grandes ciudades, los robos, las manifestaciones de hambrientos, los choques violentos, eran cosas frecuentes.

En los meses que precedieron al invierno de 1923 la relación de las fuerzas de clase en Alemania se modificaban constantemente en favor de la revolución proletaria. Desde el principio de la ocupación del Ruhr, de 18 a 20 millones de proletarios se quedaron fuera de la vía ascendente de nacionalismo. (Subrayado por nosotros.)

Los 6-7 millones de pequeños burgueses y los 4-5 millones de pequeños campesinos y de colonos estaban profundamente conmovidos.

La tarea siguiente consistía en batir la influencia de los fascistas y transformar el estado de espíritu nacionalista en voluntad de unión con el proletariado para la lucha contra los grandes capitalistas alemanes y al mismo tiempo contra los imperialistas franceses. El P. C. abordó este trabajo con éxito. La jornada antifascista del 29 de julio de 1923 da la mejor prueba de esto. Las amplias capas de la población pequeñoburguesa simpatizaban ya con el partido comunista, que consiguió en una gran medida hacerles comprender la hipocresía de la propaganda «social» de los fascistas, su papel objetivo de apoyo de la gran burguesía que traicionaba a la nación, la coincidencia de los intereses de la pequeña burguesía con los del proletariado.

La descomposición en el campo de la burguesía progresaba todas las semanas. La confianza en el Partido Comunista progresaba paralelamente. Precisaba organizar esta confianza y preparar todas las fuerzas para el golpe decisivo.

El P. C. A. y el Ejecutivo, en reuniones con los representantes de los cinco más grandes partidos, llegaron en septiembre a la conclusión de que la crisis revolucionaria estaba madura y que el golpe decisivo, el derrumbamiento de la burguesía y la instauración de la revolución proletaria, era cuestión de algunas semanas.»

La situación de la clase obrera en 1923 era terrible, a pesar de la falta de paro. La inflación (un marco-oro valía un trillón de marcos-papel) depreciaba hasta tal punto a fines de semana los salarios fijados al comienzo de la semana, que el obrero no tenía con qué comprarse una libra de patatas. Además, el partido socialdemócrata que «había en efecto entrado en la vía de un acuerdo cordial con los representantes de la industria pesada y de la camarilla militar reaccionaria» (capítulo II) estaba tan debilitada que no podía siquiera retener a sus funcionarios por falta de dinero para pagarlos. La situación era todavía más precaria en los sindicatos reformistas. Habían perdido cinco millones de miembros. El aparato sindical se deshacía completamente. Raramente hubo condiciones tan favorables para un partido revolucionario. Las huelgas, las manifestaciones, las jornadas antifascistas organizadas en la primavera y en el verano de 1923, no dejaban ninguna duda sobre las disposiciones del proletariado alemán: quería y estaba dispuesto a entrar en una lucha decisiva. La clase obrera estaba dispuesta a sostener la lucha más encarnizada, si una dirección firme y no oportunista del P. C. A. la llamase a esta lucha. Pero precisamente esta dirección firme es la que faltaba en 1923. El hecho de que por orden de la dirección brandleriana, transmitida por correos (estos primeros fueron seguidos por otros que anularon la orden de emprender la acción), la insurrección comenzó en Hamburgo (el segundo correo llegó allí demasiado tarde) donde los organismos del Partido y los obreros se procuraron rápidamente armas, prueba que la dirección revolucionaria hubiera podido organizar una insurrección victoriosa. Si la insurrección había comenzado entonces en los centros industriales de Alemania, hubiera sido sostenida por las masas obreras en todo el país. Se podía también contar con los marinos de algunos barcos de guerra alemanes. Los marinos que se hallaban en Hamburgo durante la insurrección de 1923, no marchaban contra los insurrectos. Esperaban.

Todas las condiciones de una insurrección victoriosa estaban realizadas. No faltaba más que una dirección revolucionaria resuelta y una buena ligazón entre las empresas. Se dejó escapar una situación revolucionaria favorable.

La relación de las fuerzas de clase en enero de 1933.

¿Teníamos una situación semejante en 1933? No, no la teníamos. El Presidium de la I. C. ha analizado de una manera detallada esta cuestión en su último documento sobre «la situación en Alemania»:

«En estas circunstancias el proletariado se halló en una situación en la que no podía—en la que no pudo en realidad—organizar una respuesta inmediata y decisiva contra el aparato del Estado que, para combatir al proletariado se había incorporado las formaciones de combate de la burguesía fascista, las secciones de asalto, los Cascos de Acero, la Reichswehr, etc.»

resistencia seria, transmitir el poder a los nacionalsocialistas que combatían a la clase obrera por medio de la provocación, del terror sangriento y del bandolerismo político.

Lenin, al analizar las condiciones de una insurrección victoriosa del proletariado, dijo: «Puede considerarse llegado el momento para la batalla decisiva si todas las fuerzas de la clase que nos son hostiles están lo **suficientemente** embrolladas, **suficientemente** querelladas entre sí, **suficientemente** debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas, si todos los elementos intermedios, vacilantes, inestables, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, al contrario que la burguesía, se han desenmascarado **suficientemente** a los ojos del pueblo, si se han cubierto **suficientemente** de vergüenza por su bancarrota práctica, si en el proletariado ha comenzado una poderosa corriente de masas en favor del apoyo a los actos revolucionarios más resueltos, los más intrépidos contra la burguesía. Entonces es cuando la revolución está madura, con tal de que tengamos exactamente cuenta de las condiciones que acabamos de indicar y que escojamos exactamente el momento, entonces nuestra victoria es indudable.»

Una particularidad característica de la situación en el momento del golpe de Estado de Hitler, es que estas condiciones de la insurrección victoriosa no habían todavía tenido tiempo de madurar y no existían más que en germen. La vanguardia del proletariado—el Partido Comunista—que no deseaba lanzarse en una aventura, no podía evidentemente compensar este factor ausente con sus propios actos.

«Con la vanguardia sola no se puede vencer, decía Lenin. Lanzar a los combates decisivos a la vanguardia solamente, mientras que toda la clase obrera, mientras que las amplias masas no han tomado todavía un posición de apoyo directo de la vanguardia, o al menos de neutralidad benévola, sería no solamente una tontería, sino también un crimen.»

Tales son las circunstancias que han determinado la retirada de la clase obrera y la victoria del partido de los fascistas contrarrevolucionarios.

Así, la instauración de la dictadura fascista es, en resumidas cuentas, la consecuencia de la política socialdemócrata de colaboración con la burguesía durante toda la existencia de la República de Weimar».

¿Por qué el Presidium ha analizado tan cuidadosamente la cuestión de saber si había una situación revolucionaria en Alemania en enero de 1933? Porque hay gentes que sin hacer la menor tentativa de analizar la situación, difunden leyendas sobre la situación revolucionaria en Alemania «desperdiciada» por el P. C. Para el P. estas charlatanerías absurdas tienen una significación especial porque en 1923 cometió en efecto un grave error dejando escapar la situación revolucionaria. Los dirigentes del Comité Central fueron entonces, con justa razón, destituidos de sus funciones. Estas absurdas charlas sobre la pretendida situación revolucionaria de 1933 que el P. no ha sabido utilizar, tienen por fin quebrantar la confianza en el C. C. del P. C. A. El documento del Presidium pone fin a esta campaña irresponsable y profundamente falsa. El prestigio de que goza la dirección del P. C. A. debe ser sostenido más que nunca. La represión de 1923 no puede siquiera ser comparada al terror que reina actualmente en Alemania. Aunque en 1923 el Partido fué también obligado a pasar a la ilegalidad, la represión de que fué víctima no era más que un juego de niños comparada con lo que pasa actualmente. Los fascistas no se contentan con encarcelar los cuadros del P., los exterminan físicamente. El prestigio absoluto de la dirección del P. tiene ahora una importancia capital. No sostener esta dirección, que ha sabido darse una justa apreciación de la situación y aplicar una táctica justa, sería un crimen.

Las condiciones indispensables para una insurrección victoriosa.

¿Por qué el Presidium del Ejecutivo ha estudiado más especialmente la cuestión de saber si el Partido debía comenzar la insurrección incluso si la situación no era revolucionaria y sabiendo de antemano que la vanguardia del proletariado sería derrotada al lanzarse sola en la batalla decisiva? Porque en el partido alemán, como en todos los países que hayan sufrido una derrota momentánea, se crea una

opinión errónea sobre esta cuestión. Algunos se preguntan ahora en qué consiste que un partido que arrastra detrás cerca de seis millones de obreros que votaron por él en condiciones especialmente difíciles, no trata de librar la batalla incluso sin ninguna probabilidad de éxito.

Por eso el documento subraya que en la situación que se hallaba Alemania el 1 de marzo de 1933, llamar a la insurrección armada hubiera sido una aventura y un crimen. El P. C. ha hecho lo posible por movilizar a las masas para una lucha decisiva contra el fascismo. Así, cuando Hindenburg llamó a Hitler al poder, el P. C. A. y esto en mi opinión es absolutamente justo, no solamente recomendó a los obreros que rechazasen a los agresores fascistas y que se armaran a expensas de las bandas fascistas, sino que llamó a los obreros a la huelga general. Antes del 1 de marzo, durante todo el mes de febrero, los miembros del P. C. del Frente Rojo y todos los obreros revolucionarios rechazaron vigorosamente a las bandas fascistas y se armaron con las armas que las arrebataron. Esta lucha continúa hasta hoy en algunas partes.

Al mismo tiempo el P. C. A. hace lo posible por organizar huelgas políticas en diversos centros industriales.

El 1 de marzo el P. C. A. llamó a los obreros a la huelga general que debía arrastrar a las masas obreras a la lucha revolucionaria contra el fascismo. Si el proletariado alemán hubiera respondido a su llamamiento, una huelga victoriosa de este género, que arrastrase a la lucha una parte de los parados, hubiera podido en circunstancias favorables transformarse en insurrección armada. La socialdemocracia y la burocracia sindical consiguieron impedir el desencadenamiento de la huelga. Esto probó que el P. C. A. no era seguido más que por la minoría de la clase obrera. Esta relación de fuerzas entre el P. C. A. y la socialdemocracia no permitía siquiera la organización de una huelga política, mucho menos de la insurrección armada. Esto quiere decir que en enero de 1933 la situación en Alemania no era revolucionaria y que el P. C. A. no podía impedir que Hitler tomase el poder. La mayoría de la clase obrera seguía todavía a la socialdemocracia y a la burocracia sindical. Casi toda la pequeña burguesía miraba al P. C. con hostilidad, entregando a los comunistas y a los obreros revolucionarios a los fascistas, ayudándolos en la caza de los comunistas, denunciando los locales donde podía hallarse nuestra literatura, etc. Las tropas de asalto, los Cascos de Acero, la Reichswehr estaban dispuestas a arrojarse contra los insurrectos. Es evidente que en semejantes condiciones la insurrección hubiera sido nefasta para el partido y por consecuencia para el proletariado alemán. Algunos que se creen muy «izquierdistas» pretenden que el P. C. no tenía necesidad de aplazar la insurrección, que hubiera podido conquistar la mayoría de la clase obrera «en el curso de la lucha». Es este un punto de vista peligroso e injustificado. Es cierto que la influencia y las fuerzas del P. C. A. se afirman en la lucha; pero, ¿en qué condiciones? Solamente si el P. ha sabido tener en cuenta la relación de fuerzas y escoger bien el momento para lanzar al proletariado a la lucha decisiva. Tomemos por ejemplo las insurrecciones de Bulgaria y de Estonia en 1923 y 1924. Los camaradas búlgaros y estonianos se lanzaron a la batalla sin que la situación estuviese madura. Pero en Bulgaria se había, de una parte, dejado pasar el momento propicio para la insurrección en julio; por otra parte, el partido y las masas obreras de los principales centros industriales, a causa de la capitulación de una parte de la dirección, no participaron en ella.

Un llamamiento a la insurrección en enero de 1933 hubiera tenido por resultado la derrota de la vanguardia proletaria no seguida por las masas. El movimiento revolucionario se hubiera retrasado varios años. Ahora bien, actualmente el P. C. A. se ha recobrado y comienza un amplio trabajo entre las masas. Esto prueba que la táctica del partido era justa. El documento del Presidium del Ejecutivo comienza por subrayar la justeza de la línea política, de la táctica y de la organización del P. C. A.

El P. C. no podía ni debía llamar a la insurrección si quería conservar sus fuerzas combativas, de las que el proletariado tiene tanta necesidad. Y más la tendrá todavía cuando la calma momentánea haya cesado, cuando los obreros socialdemócratas se separen de sus jefes y la pequeña burguesía de las ciudades y de los pueblos comprenda que los nacionalsocialistas la han engañado. Los

mentos de la dirección del P. C. A. que se decían «revolucionarios» y se oponían a «los oportunistas», reprochan al P. C. A. no haber llamado a la insurrección el 1 de marzo de 1933 con lo cual hacen objetivamente el juego de los fascistas.

Hay que decir toda la verdad a los obreros socialdemócratas.

Al evocar la traición de los jefes socialdemócratas, que sabotearon consciente y deliberadamente las proposiciones de frente único hechas por los comunistas, de lucha contra el fascismo, contra la ofensiva capitalista, no debemos cerrar los ojos a la circunstancia de que la gran masa de los obreros socialdemócratas no aceptaron tampoco la proposición de frente único de los comunistas. El documento del Presidium del C. E. de la I. C. lo dice con toda la precisión requerida. Esto es lo que turba a algunos camaradas e impone por consecuencia una explicación complementaria.

El hecho es que el P. C. A. tuvo en su tiempo perfecta razón al combatir a los izquierdistas, los izquierdistas entre comillas, contra los charlatanes que identificaban los jefes socialdemócratas con la masa de sus miembros. Ahora bien, los camaradas que se asimilaron automáticamente la afirmación de que no se puede identificar a los jefes socialdemócratas con los miembros, hallan difícil comprender por qué el documento del Presidium, hoy, destaca una acusación tan aplastante contra los obreros socialdemócratas. Todos los camaradas comprenden que la táctica de los bolcheviques debe ser flexible, que el cambio de situación implica una modificación correspondiente de la táctica; que lo que es justo en algunas condiciones no es siempre aplicable en una nueva situación.

El C. E. de la I. C. y el P. C. A. concentraron oportunamente sus ataques contra la tendencia a confundir los obreros socialdemócratas con los jefes traidores, porque en una serie de países, entre ellos Alemania, se abusaba demasiado de las frases izquierdistas que trataban a los obreros socialdemócratas en las fábricas, en las bolsas de trabajo, etc., de pequeños «Zoergiebel», de «fascistas». Esta táctica frenaba la llegada de los obreros socialdemócratas hacia los comunistas y hacía difícil la instauración del frente único de lucha revolucionaria. El P. C. A. se levantó contra estos métodos de trabajo de masa. Esta táctica era justa en aquel momento y lo sigue siendo hoy. ¿Quiere esto decir que debemos desconocer los nuevos elementos que caracterizaban los últimos acontecimientos de Alemania? El documento del Presidium del C. E. de la I. C., en su apreciación de estos acontecimientos, ha dicho toda la verdad, tal como es. ¿Es exacto que los comunistas se dirigieron siempre a los obreros socialdemócratas para proponerles el frente único? Sí, es exacto. Es más, en todos los casos en que los obreros socialdemócratas desencadenaban la lucha, los comunistas han ocupado siempre las primeras filas de combatientes, exponiéndose a los golpes más duros del enemigo de clase. ¿Deben decir los comunistas lo que ha ocurrido, es decir, que han llamado a los obreros socialdemócratas a establecer el frente único y que la gran masa de ellos no ha aceptado la proposición? Evidentemente, sí.

Por otra parte, el documento del Presidium explica por qué la masa de los obreros socialdemócratas no respondió a la proposición de frente único hecha por los comunistas: porque estaban paralizados por sus dirigentes, en los que todavía tenían una confianza ciega.

El documento de la I. C. explica a los comunistas y a los obreros revolucionarios las razones que han provocado el retroceso momentáneo del partido y la victoria de los fascistas contrarrevolucionarios. La causa principal es que los obreros socialdemócratas seguían todavía a sus dirigentes que, apoyando el frente reaccionario de la burguesía, se negaban a aceptar la proposición de los comunistas relativa al frente único revolucionario. El P. C. alemán no podía organizar la lucha victoriosa contra los fascistas, ya que el partido socialdemócrata había conseguido, después de haber dividido a la clase obrera, impedir a sus miembros establecer el frente único con los comunistas. ¿Cuál es el primer culpable de la victoria momentánea de los fascistas? Naturalmente, los jefes socialdemócratas que han traicionado conscientemente la lucha de los obreros en provecho de la burguesía. Pero, ¿podemos

decir que la masa de los obreros socialdemócratas no tiene ninguna responsabilidad política por su negativa a participar prácticamente en el frente único de lucha contra el fascismo? Evidentemente, no. Los comunistas están obligados a decirselo francamente a los obreros socialdemócratas. A la vez que acentúan su agitación entre ellos, corresponde a los comunistas mostrarles abiertamente la grave falta que han cometido y que ha provocado tan graves consecuencias para la clase obrera. Esto es tanto más necesario cuanto que los jefes socialdemócratas pueden todavía entregarse a maniobras izquierdistas y a crear organizaciones «ilegales» para engañar una vez más a los obreros socialdemócratas e impedirles unirse al partido comunista.

V. ¿CONSERVARA EL PODER EL GOBIERNO DE HITLER?

¿Por qué la burguesía ha llamado a Hitler al poder?

Este gobierno es el de la ofensiva más implacable contra la clase obrera, ofensiva sin precedente por su violencia y sus proporciones. Ya hemos indicado más arriba que el gobierno fascista de Papen cayó por haber sido incapaz de asegurar una presión más intensa sobre la clase obrera. Al llamar a Scheleicher, que se apoyaba en la Reichswehr, la burguesía esperaba que sabría crear una base de masas para realizar el programa de Papen. El general social Schleicher trató de entenderse con el centro católico y los sindicatos reformistas para operar, por medio de G. Strasser, la escisión del partido nacionalsocialista. Como esto no tuvo éxito, a la burguesía no le quedaba otro remedio que entregar el poder a los nacionalsocialistas. No lo hizo de una vez, ya que no estaba segura de que los nazis sabrían realizar un programa de presión todavía más intensa sobre la clase obrera y los trabajadores, sin acelerar al mismo tiempo la maduración de la crisis revolucionaria.

Funk, el teórico del partido nacionalsocialista en un discurso pronunciado antes del golpe de fuerza, en el «Herrenklub», donde no tenía necesidad de velar su programa, definió las tareas de su partido de la manera siguiente: establecer los salarios más bajos, destruir el sistema de los contratos colectivos, forzar las exploraciones al extranjero, sin tener en cuenta las repercusiones que estas medidas tendrían sobre el nivel de la vida de las masas trabajadoras.

Abolición de los contratos colectivos.

En lo que se refiere a forzar las exportaciones, la burguesía puede convencerse de que no será asunto fácil, aunque ayuden los fascistas. Por el contrario, la supresión de los contratos colectivos se realiza a toda marcha. Por ejemplo, en Kottbus la «Organización de las empresas obreras» N. S. N. O. (organización fascista) concluyó para los obreros de la construcción un contrato colectivo con los patronos, en virtud del cual era abolido el antiguo sistema de los contratos colectivos y las tarifas establecidas pueden ser superiores o inferiores a las del contrato. La nueva forma de los «contratos colectivos» fascistas de Kottbus establece así tarifas de salario para cada obrero en particular, mientras que hasta ahora los contratos colectivos intervenían entre sindicatos y patronos, no solamente para los obreros organizados, sino también para los no organizados y la violación del contrato era castigada por la ley. Al parecer, los fascistas tienen la intención de generalizar en todo el país lo que ha comenzado a hacerse en Kottbus.

La *Rote Fahne*, ya ilegal, anuncia que en la fábrica Gumm y Müller, de Berlín, ha estallado una huelga contra la reducción del 10 por 100 de los salarios y que los obreros de todas las tendencias, incluso los nacionalsocialistas, abandonaron unánimemente el trabajo. En una asamblea de huelguistas se vió llegar a la 54 sección de asalto que en nombre de los jefes de la «organización nacionalsocialista de las fábricas» pidió a los obreros terminasen la huelga. Ante su negativa los guardias de asalto comenzaron a golpear a los obreros, incluso a los miembros de su partido, después de los cual éstos declararon abandonar el partido nacionalsocialista. Estos ejemplos son bastante frecuentes en las fábricas.

Supresión de los seguros sociales y militarización de los parados.

El *Vorwaerts* del 22 de junio de 1932 publicó la documentación relativa al establecimiento de un programa mínimo fascista. Los fascistas trataron entonces de desmentir la exactitud de las informaciones del *Vorwaerts*. ¿Qué contenía este documento? Leemos en él:

«Es preciso mostrar claramente a las masas trabajadoras que la idea de los seguros ha perdido desde el punto de vista marxista su actualidad, que la tendencia humana a la inercia no debe ser estimulada y que las consecuencias de estas ideas han contribuido a corromper y a adormecer a los alemanes.»

Para los inválidos este programa establecía un socorro de 60 pfennigs diarios y solamente para los que hubieran sido examinados por una comisión creada por los nacionalsocialistas. Desde antes de la llegada de Hitler al poder, el socorro de paro había sido fuertemente disminuido en Alemania. En 1928 percibían indemnización solamente el 60 por 100 de los parados; en 1932 solamente el 29 por 100. En marzo de 1933, ya en régimen fascista, no beneficiaban de indemnización más que el 12 por 100 de los parados oficialmente inscritos. El socorro de paro se redujo en el 60 por 100 desde antes de la llegada de los fascistas al poder. Antes, la duración del pago de los socorros era de 48 semanas; hoy es solamente de 6. Pasado este plazo se practica lo que se llama investigación de indigencia y los que se presentan a la comisión son simplemente borrados de la lista. Ahora bien, como es sabido, el paro crece en Alemania. En el mes de enero de 1933 el número de los obreros ocupados en la industria cayó, con relación al mes de diciembre de 1932, del 42.1 por 100 al 40.2 por 100. Los que siguieron trabajando en enero de 1933 no han hecho más que 33.3 horas semanales, en lugar de 36.1 en diciembre de 1932.

Antes de las elecciones del 5 de marzo los nacionalsocialistas aumentaron los socorros de paro en 2 marcos mensuales. Esto lo hacían los fascistas queriendo probar que su gobierno era el único que, llegado al poder después de 1928, aumentaba los socorros en vez de disminuirlos. Esta circunstancia ejerció alguna influencia en una parte de los parados inconscientes. El fin de los fascistas era, pues, sembrar la discordia entre los parados y preparar la supresión de los seguros sociales. Con esto harán a los patronos un generoso regalo de mil millones de marcos anuales.

Los seguros en Alemania están establecidos de tal suerte que patronos y obreros vierten su parte al fondo de los seguros y el Estado añade otra parte. Ahora los fascistas piensan establecer, a guisa de seguro de paro, el servicio de trabajo obligatorio, el trabajo forzado para los parados. El objeto principal de los campos que organizan para los sin trabajo es hacer de ellos un ejército. Como según el tratado de Versalles, Alemania no puede tener más que 100.000 hombres en la Reichswehr, el gobierno fascista pretende preparar un ejército numeroso con la concentración de la juventud en los campos y el trabajo forzado para los parados. Cuenta organizar anualmente la preparación militar de 600.000 jóvenes parados en edad militar con lo cual pretenden crear en dos años un ejército de 1.200.000 hombres. Hasta ahora este plan no ha tenido éxito, porque no sabían dónde buscar el dinero para preparar los campos.

A la vez que crean, con el pretexto de ayudar a los parados, un ejército para el caso de guerra, los fascistas envían ya a trabajar con los terratenientes, en calidad de mano de obra de una baratura excepcional a los parados de los campos del servicio de trabajo voluntario, organizados precedentemente por las municipalidades. Estos parados hacen los trabajos que eran ejecutados antes por los obreros de la construcción, leñadores, etc., con un salario mucho más bajo, naturalmente. Según las condiciones deben percibir por día 38 pfennigs en efectivo y 24 pfennigs de «peculio», que no les eran entregados, sino que se les abonaba en su cuenta. Las municipalidades que subvencionaban los campos pagan 1.79 marcos por jornada de trabajo de 6 horas y por parado. De hecho no se gasta diariamente más que 1.73 marcos por parado, puesto que la administración de los campos cuenta 1.23 marcos de subsistencia, 18 pfennigs por la cama en el cuartel y 23 pfennigs para las ropas de

Este salario, incluso si contamos el de 1.79 marcos, es inferior a la mitad del que percibían los obreros no calificados a fines de 1932.

Tal es la retribución del trabajo de los parados en los campos de «trabajo voluntario». ¿Cómo será en los campos hitlerianos de trabajo obligatorio? Los fascistas querían practicar en estos campos el entrenamiento militar y no consagrar más que dos horas diarias a la producción. Esto no les impedirá tratar de utilizar este ejército como rompehuelgas. Con esto es con lo que los fascistas quieren sustituir el seguro social contra el paro. Antes de aplicar el servicio de trabajo obligatorio en toda una serie de provincias de Alemania, los gobiernos fascistas han procedido a una fuerte reducción de los socorros a los parados, lo que ha provocado entre ellos grandes movimientos de efervescencia.

El proyecto de programa mínimo prevé además que los funcionarios del Estado no pertenecientes al partido nacionalsocialista serán despedidos de sus puestos. Esta medida ha sido ya puesta en práctica.

La fascización de los sindicatos y la política del látigo.

Además leemos en esta misma documentación: «Los sindicatos obreros deben ser reemplazados por sindicatos nacionales con representación paritaria de patronos y obreros».

Los fascistas han puesto ya mano en el aparato de los sindicatos. Pretenden agrupar a todos los sindicatos en un «sindicato único» y aunque los dirigentes socialdemócratas de los sindicatos reformistas le aportan todo su concurso, los fascistas, no contentos con expulsar a muchos de ellos de los sindicatos, los encarcelan. Los sindicatos de empleados han sido ya disueltos. Como muchos dirigentes socialdemócratas de los sindicatos han dimitido, se ha procedido inmediatamente, de acuerdo con los nacionalsocialistas, a la elección de nuevos dirigentes fascistas. Los líderes reformistas no han vacilado en destruir los sindicatos que conservaron incluso durante la guerra.

En este programa hay incluso un párrafo relativo a la prensa. Se determina en él que en Berlín serán prohibidos todos los periódicos que se colocan a la izquierda del *Deutsche Allgemeine Zeitung*, que es uno de los periódicos más innobles y más corrompidos. Esta medida ha sido ya aplicada. Hasta el *Berliner Tageblatt*, el periódico alemán más popular en el extranjero, no sigue viviendo más que porque se ha pasado a los fascistas.

Hay también un párrafo diciendo que el P. C. A. sería saqueado y la casa Karl Liebknecht transformada en cuartel para los guardias de asalto. La casa Karl Liebknecht es hoy residencia de la policía política de los fascistas. Así, la «documentación para el establecimiento de un programa mínimo» es el programa que los fascistas han puesto en práctica, con muy pocas modificaciones. Este programa da justamente la medida del gobierno social.

Limosnas a la pequeña burguesía.

Antes de las elecciones, los fascistas habían limitado la importación de productos agrícolas. Los derechos de entrada fueron aumentados en algunos productos hasta el 500 por 100, especialmente en lo que se refiere a los productos consumidos por las masas populares, como la carne congelada de la Argentina, la mantequilla, el tocino, etc. Los fascistas tomaron esta medida para obtener en las elecciones los sufragios de la población rural. Las disposiciones tomadas en este sentido benefician sobre todo a los terratenientes, pero en parte también a los grandes campesinos y a los campesinos medios. En efecto, los fascistas han ganado para su causa a la mayoría de los campos.

¿Estará en condiciones en el porvenir el gobierno de corromper del mismo modo a los campesinos con un sistema de contingentes y de tarifas susceptibles de mantener artificialmente los precios elevados de los productos agrícolas, mientras los salarios y los sueldos de los empleados están en baja constante, los socorros de paro cada vez menores y la masa de los parados no beneficiaria de socorros aumenta sin

cesar? Evidentemente, no. Este sistema reclama y continuará reclamando contra-medidas de los demás gobiernos; en cuanto a los precios elevados de los productos alimenticios, han provocado y no dejarán de provocar también el descontento de la pequeña burguesía ciudadana, sobre la cual se apoyan principalmente los nacionalsocialistas en las ciudades.

Para ganarse el campo, sobre todo a los grandes hacendados, los kulaks y los pequeños patronos independientes, la burguesía ha establecido una moratoria para las deudas agrícolas hasta octubre de 1933. Una parte de la burguesía estaba contra la moratoria, en particular los bancos, pero la ha aceptado momentáneamente por razones políticas. La moratoria ha tenido por efecto remediar provisionalmente también la situación de los campesinos, puesto que suspendió la subasta de sus bienes por deudas. Estas medidas han permitido a los hitlerianos consolidarse en el campo. Pero los bancos, que no han recibido las sumas que les deben, ni siquiera de aquellos que están en condiciones de pagar, ejercen una vigorosa presión. Es poco probable que la moratoria de las deudas agrícolas se mantenga hasta octubre de 1933. Los campesinos se preguntan ya hoy, lo que harán cuando la moratoria sea anulada.

¿Qué es lo que los hitlerianos pueden dar a la pequeña burguesía urbana? ¿Están en condiciones de proporcionar a toda la pequeña burguesía sin trabajo —empleados, funcionarios, antiguos oficiales— los puestos municipales y del Estado, vacantes desde que han expulsado a los socialdemócratas, el centro católico y los demócratas? Evidentemente, no. Los postulantes a estas plazas son legión y el número de plazas limitado. Los fascistas las distribuirán sobre todo entre sus partidarios directos.

Hay en Alemania 6 millones de empleados y funcionarios, de los cuales el 42 por 100 son parados. La burguesía pretende imponer una nueva reducción de los sueldos de los empleados, y los hitlerianos tendrán que aceptarlo. El gobierno hitleriano no puede dar nada a la pequeña burguesía de las ciudades. Nada de extraño tiene que una parte de los electores fascistas comience a ver claro. Así, en Wetzlar, cerca de Francfort, los nacionalsocialistas han recogido en las elecciones municipales a mediados de marzo, 2.683 votos, contra 4.092 en las elecciones parlamentarias del 5 de marzo de 1933.

Inútil demostrar que el régimen hitleriano no puede dar nada a la clase obrera, más que hambre, una explotación atroz y una opresión sangrienta.

Agravación de la crisis económica y financiera.

Al mismo tiempo, la situación económica y financiera de Alemania es catastrófica. Si se supone la producción industrial de 1928 igual a 100, en 1929 era de 101 por 100, en 1932 de 57.4 por 100 solamente o sea una disminución de 43.6 por 100.

Todas las empresas industriales funcionaban en enero de 1933 al 33.3 por 100 de su capacidad. De julio 1931 a julio 1932, 1.711 sociedades por acciones con un capital de 17.200 millones de marcos, sobre 10.000 sociedades con un capital de 24.500 millones de marcos, han publicado sus informes, que acusan un déficit de 1.256 millones de marcos en un año. Los demás no han publicado sus balances, ya que su situación debe ser todavía más grave.

La industria, la agricultura, la propiedad inmobiliaria de las ciudades, algunos Estados provinciales y municipalidades tienen una deuda anterior a largo plazo que se eleva a 63.100 millones de marcos, una deuda a corto plazo de 28.100 millones de marcos, o sea un total de 91.200 millones de marcos. La deuda exterior de Alemania, aparte de las reparaciones, se calcula en 15.000 millones de marcos. El déficit del presupuesto de Estado aumenta todos los años. En el ejercicio 1932-33 llegó a 1.808 millones de marcos, comprendido el déficit no cubierto de años anteriores.

De hecho, además del déficit visible, hay un déficit «invisible». El informador de finanzas del Reichsrat Brechte, en un artículo publicado en *Vossische Zeitung*, calcula este déficit «invisible» en 2.000 millones de marcos.

El producto de los impuestos pagados por la burguesía está en baja constante; el gobierno no dejará de reforzar todavía la presión fiscal, ya bastante intensa, sobre

los trabajadores. El robo de estos últimos, en todas sus formas, esta es la política del fascismo. Esta política no podría ser aplicada sin un refuerzo del terror más desenfrenado.

Pero el gobierno no puede solamente con el terror mantenerse mucho tiempo en los países agrarios atrasados, con mucha mayor razón en Alemania donde se cuentan 15 millones de proletarios que tienen la experiencia de la revolución proletaria y un partido comunista dispuesto para el combate.

Política exterior de aventuras y de catástrofes.

La aplicación de los contingentes por el gobierno en materia de política exterior han provocado la resistencia de los demás países importadores de mercancías alemanas.

La exportación alemana, que se quebrantó fuertemente durante los años de crisis, acusa una rápida baja. Otro tanto ocurre con la importación. He aquí algunas cifras: en 1928, Alemania exportaba 14.000 millones de marcos de mercancías; en 1932 esta suma cayó a 5.739 millones de marcos. Alemania importaba en 1928, 12.200 millones de marcos de mercancías, hoy 4.677 millones solamente.

En diciembre de 1933 se importaron 423 millones de marcos y se exportaron 491 millones; así, el saldo activo en provecho de Alemania se cifraba en 68 millones de marcos.

En febrero de 1933 se importaron 347 millones de marcos y se exportaron 374 millones. En dos meses el comercio exterior disminuyó 193 millones. El saldo a favor de Alemania no era en febrero más que de 27 millones de marcos; ahora bien, tenía que pagar 100 millones de marcos mensuales, nada más que por intereses de su deuda exterior.

La habitual animación de la primavera ha mejorado muy poco la situación del comercio exterior. En marzo se han exportado 426 millones de mercancías y se han importado 362 millones; así el saldo a favor de Alemania se cifraba en 64 millones de marcos. El mes de abril ha marcado de nuevo una fuerte reducción del comercio exterior: las entradas han caído a 321 millones de marcos, o sea una disminución de 42 millones de marcos, o el 11 por 100, con relación al mes de marzo; las salidas cayeron a 382 millones de marcos, o sea una disminución de 44 millones, o 10 por 100 con relación a marzo.

Por su agresividad en materia de política exterior, al reclamar el derecho a armarse y prosiguiendo por propia decisión su loca carrera de los armamentos, al afirmar su voluntad de colocar a los vecinos ante una «corrección» de las fronteras, etc., los fascistas han agravado violentamente las relaciones entre Alemania por un lado y Francia, Checoslovaquia, Rumania, Yugoslavia y Polonia de otro.

Con sus provocaciones y su inaudito terror contra los trabajadores, los intelectuales, las minorías nacionales, sobre todo los judíos, han suscitado un odio perfectamente merecido en el mundo entero. Nunca los obreros de todos los países, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, se han levantado con tanta unanimidad y decisión como lo han hecho contra el régimen hitleriano. Los fascistas pueden embarcarse en una aventura, pueden decidirse, a despecho de las protestas de los rapaces imperialistas más poderosos, a unir Austria a Alemania, pero es poco probable que se decidan a hacer la guerra, tanto más cuanto que por sus actos de salvajismo, se han aislado incluso de los que han estado siempre contra el rapaz tratado de Versalles y por la igualdad de derechos de Alemania.

Pero para obtener la «igualdad de derechos» en las actuales condiciones, la Alemania fascista no tiene otro camino que el de la guerra. Y ésta no podrá conducirla más que a una catástrofe. Durante diez años los fascistas prometieron a la pequeña burguesía el retorno a la Alemania de ante guerra, fuerte y en el goce de la igualdad de derechos. La impotencia de los fascistas en materia de política exterior llevará la descomposición al seno de la pequeña burguesía que hasta ahora les ha sostenido.

Los choques en el campo fascista.

Las grandes diferencias que se manifiestan en el seno del bloque gubernamental entre nacionalistas e hitlerianos, entre el Casco de Acero y los guardias de asalto, reflejan los intereses contradictorios en el seno de la propia burguesía. Antes de la llegada de Hitler al poder nacional-socialistas y nacionalistas se levantaban abiertamente y violentamente unos contra otros. Sin embargo, ante la gravedad de la situación, la burguesía insistió para que los dos partidos hicieran la paz, estableciendo un programa único para llevarle a la práctica.

En efecto, en el momento de la toma del poder los dos partidos parecían haberse puesto de acuerdo. Pero ya entonces trataban de engañarse y aniquilarse recíprocamente. El 5 de marzo, día de las elecciones, los nacional-socialistas, alentados por el «éxito» de la provocación del incendio del Reichstag y el saqueo de las organizaciones obreras, se disponían a descartar a los nacionalistas y apoderarse del poder para reinar solos. Pero los nacionalistas, que supieron el golpe que se preparaba contra ellos, llamaron de provincias a sus destacamentos y el día de las elecciones desfilaron por Berlín 25.000 hombres del Casco de Acero. Esto originó el aplazamiento de la expulsión de los nacionalistas del gobierno. A medida que el gobierno hitleriano ponía en práctica su programa, se agravaban las divergencias entre nacional-socialistas y nacionalistas. Estalló un conflicto abierto en Brunswick, durante el cual fueron detenidos los jefes del Casco de Acero. También se detuvo a 1.200 personas que fueron a pedir su adhesión al Casco de Acero. Entre estas 1.200 personas había obreros socialdemócratas, especialmente obreros pertenecientes a la organización «Bandera republicana». En las calles, la multitud maltrataba a los nacional-socialistas y hubo gritos de ¡Viva Moscú! ¡Abajo Hitler!

Conflictos de este género se han producido también en Turingia. A guisa de réplica Goering ha prohibido en Berlín a los nuevos miembros del Casco de Acero prestar juramento. Es de observar que una parte de los obreros, seguramente bajo la influencia de la socialdemocracia, escogen el «mal menor»; se adhieren al Casco de Acero que les parece mejor que las secciones de asalto fascistas. Esta es la opinión sobre todo de los miembros de la organización socialdemócrata «Bandera republicana» que esperan evidentemente poder utilizar las posibilidades «legales» en el seno del Casco de Acero.

Cualquiera que sea el carácter del armisticio pactado entre hitlerianos y nacionalistas, entre guardias de asalto y cascos de acero, no podrá conjurar la acentuación inevitable de la lucha a que se entregan recíprocamente los vencedores. Las diferencias entre los diversos grupos de capitalistas (que de una parte trabajan para la exportación y de otra para el mercado nacional), entre estos grupos capitalistas y los hacendados, entre estos últimos y los banqueros, etc., estas divergencias, momentáneamente relegadas a un segundo término por la amenaza de una revolución proletaria, surgirán con mayor fuerza cuando el peligro haya disminuido aunque no sea más que provisionalmente y cuando se agrave la crisis financiera y económica.

Hagamos balance: Hitler ha sido llevado al poder por las olas de la crisis en plena ascensión. Su partido no puede dar nada a los trabajadores. Al contrario, la formidable presión ejercida contra ellos por la burguesía será reforzada por los fascistas. El chovinismo que ha elevado a Hitler se volverá contra él cuando las masas pequeño burguesas se convenzan de que los fascistas las han engañado prometiendo el retorno a la Alemania de ante-guerra. Las masas no dejarán de desviarse de los fascistas y de levantarse contra ellos. Lo que habrá de decidirse en estas circunstancias será la creciente radicalización de la clase obrera y el cambio de la relación de fuerzas entre el partido comunista y la socialdemocracia. El partido hitleriano no podrá salvar a la burguesía alemana. Por el contrario, los fascistas no harán más que apresurar su muerte.

VI.—LA SOCIALDEMOCRACIA BAJO HITLER

Por qué los fascistas combaten a los socialfascistas.

No es difícil comprender por qué los nacional-socialistas, una vez dueños del poder, combaten también a la socialdemocracia, porque Hitler, no solamente ha prohibido la prensa socialdemócrata, sino que también ha ejercido presión sobre los burócratas sindicales. Los nazis, ¿no han luchado durante diez años contra el partido socialdemócrata, porque éste se hubiera puesto al frente de la revolución de 1918-1919, aunque fuera con objeto de traicionarla, porque aprovechando la coalición de Weimar, les había hecho más difícil la ascensión más rápida al poder? Los fascistas tenían necesidad, para distribuirlos a sus partidarios, de 400.000 buenos pequeños cargos ocupados por los socialdemócratas. No era nada fácil, incluso para los fascistas, arrojar de sus puestos a los funcionarios y policías socialdemócratas, que habían durante tantos años defendido a la burguesía. Para esto precisaba asociar, aunque no fuese más que por algunos días, la socialdemocracia a Van der Lubbe, prohibir secretamente a su prensa—para el caso en que ésta se atreviera a desenmascarar las provocaciones y actos de salvajismo fascistas—, y echar al mismo tiempo a los socialistas de las instituciones municipales y del Estado.

Los fascistas explotan a la socialdemocracia para penetrar por su mediación en el seno de la clase obrera. Puesto que cuanto más se les maltrataba más fácil resultaba la cosa, los fascistas saben que cuanto mayor sea la presión que hagan sobre los jefes socialistas mayor será la oficiosidad y diligencia de éstos y mayor su buena voluntad para adelantarse a sus deseos. Los fascistas no se han equivocado en sus cálculos.

Los fascistas tienen necesidad de los sindicatos; dueños de estos últimos les será más fácil realizar su programa de esclavización sangrienta de los trabajadores. Los líderes socialistas y los burócratas sindicales, arrodillándose ante los fascistas les ayudan a dominar los sindicatos. Antes del golpe de Estado fascista los burócratas sindicales habían transferido al extranjero el dinero obrero acumulado a título de cotizaciones. Los fascistas les propusieron hacer volver estos fondos, dejándoles entender que entonces conservarían sus cargos sindicales. Los burócratas, sin consultar a los obreros, hicieron transferir a Alemania los fondos en cuestión. Y en cuanto este dinero estuvo en manos de los fascistas éstos despidieron a sus lacayos reformistas.

El partido socialdemócrata de Alemania ha salido ya, de hecho, de la Segunda Internacional. El Bureau de la Internacional Sindical de Amsterdam desaparece de Berlín, donde tenía su sede. Los dirigentes socialdemócratas de los sindicatos se apartarán igualmente de la Internacional de Amsterdam, en cuanto los nacional-socialistas les intimen a hacerlo. Toda la prensa socialdemócrata de los adversarios de la revisión del tratado de Versalles se abate ahora sobre la socialdemocracia alemana por la sola razón de que los socialistas de la Entente, lo mismo que los socialdemócratas alemanes, sostienen la política imperialista de su burguesía.

Igual que en 1914-1918, la socialdemocracia se divide en dos campos hostiles; los partidarios de la orientación alemana y los del tratado de Versalles.

La prensa socialdemócrata y burguesa de la Entente quiere aparentar no poder comprender que el partido socialdemócrata, que tenía tan sólidos sindicatos y demás organizaciones proletarias de masa, lejos de oponer resistencia a Hitler, haya puesto tanta diligencia en ir hacia él. Para nosotros, comunistas, la cosa no era inesperada. Decíamos a los obreros que la socialdemocracia alemana, en el curso de la revolución de noviembre de 1918 y después, hasta la ascensión de Hitler al poder, era un partido burgués y sigue siéndolo. Ha socorrido a la burguesía en todos sus momentos difíciles. Ahora que el bloque burgués está formado en torno al partido fascista, la socialdemocracia no puede dispensarse de estar donde esté la burguesía, pues siempre ha realizado la política de esta última. No hay nada de extraño en esto.

¿Está ya liquidada la socialdemocracia en Alemania?

¿Esta nueva traición quedará sin consecuencias para la socialdemocracia y los burócratas sindicales? Evidentemente, no. La lucha en el interior de la socialdemocracia es inevitable, los síntomas son evidentes. En Wedding (barrio obrero de Berlín), la socialdemocracia contaba al día siguiente del golpe de Estado 9.000 miembros. En este radio tiene 150 grupos repartidos en 12 subradios. Los jóvenes afiliados al partido socialdemócrata, arguyendo la necesidad de lanzarse a la ilegalidad, han renovado su dirección, han arrojado a los viejos funcionarios de los 12 subradios, así como a la dirección de 63 grupos. Y lo mismo en Lichtenberg y en los otros radios, donde las organizaciones socialistas de base renuevan su dirección.

El comité berlinés del partido socialista había prohibido convocar reuniones, bajo el pretexto de que esto podría proporcionar a los fascistas ocasión de disolver el partido.

En realidad los jefes socialistas habían prohibido las discusiones y reuniones por temor al descontento formidable que se manifestaba en las organizaciones de base. Las organizaciones socialistas habían establecido contacto con las organizaciones comunistas y las células, informándose así de lo que pasaba en Berlín. En muchos sitios colaboraron con los comunistas en la publicación de manifiestos antifascistas. Influenciadas por los comunistas las organizaciones sindicales de base comienzan a oponer resistencia a la fascistización. Estos hechos se multiplican ciertamente cada día más.

A medida que se desarrolla este estado de cosas, un número creciente de obreros socialdemócratas, descontentos de la política traidora de su dirección, marchan de las filas de la socialdemocracia. Algunos de ellos, confiando en las «frases radicales» de los hipócritas de «izquierda» intentarán crear una nueva organización socialdemócrata, incluso, puede ser, ilegal. En cuanto a los obreros verdaderamente revolucionarios, pasarán de la socialdemocracia al Partido Comunista.

Por lo tanto, sería un gran error creer que la socialdemocracia en Alemania está ya liquidada. Los fascistas quieren restituirla poco a poco su prensa, y después la autorización para proseguir la demagogia que había practicado antes de la ascensión de Hitler al poder.

Actualmente la dictadura fascista es todavía demasiado débil para arriesgarse a esta maniobra sin que la necesidad se la imponga, pero no es débil hasta el punto de no poder mantenerse sin recurrir a ella.

Tal como se suceden los acontecimientos, llegará una situación en la cual sin recurrir a una cobertura de izquierda, le será imposible al fascismo substituir. Es entonces cuando explotará a la socialdemocracia, a título de partido de «izquierda», para impedir a los obreros pasar al comunismo.

El P. C. A. tendrá que realizar un gran esfuerzo para convencer a los obreros socialdemócratas de que la socialdemocracia es la culpable de la llegada de los fascistas al poder en Alemania. Quienquiera que se imagine que las circunstancias objetivas desempeñarán por sí mismas esta tarea, fuera de la acción sistemática, valiente y llena de abnegación del P. C. A., se equivoca cruelmente.

VII.—LA LUCHA REVOLUCIONARIA EN LA ALEMANIA FASCISTA

El P. C. y el trabajo de la dirección del P. C. A.

De la dirección del P. C. A., sólo el camarada Thälmann ha sido apaleado por los fascistas.

Han sufrido sobre todo los militantes de base, que habían discutido y luchado directamente con los fascistas y que estos últimos conocían personalmente. Los cuadros medios del partido también han sido particularmente acometidos.

Aunque estas pérdidas sean graves, la dirección central y regional no está desorganizada.

Las organizaciones del partido, las de la base sobre todo, han comenzado a trabajar de una manera independiente, dando pruebas de gran actividad, en particular por la publicación de periódicos y manifiestos. Nunca habían aparecido tantos manifiestos, lanzados por las organizaciones comunistas de base, como en estos últimos tiempos, debido, sobre todo, a la ausencia de diarios. Aunque dejando mucho que desear desde el punto de vista de la presentación material (no siempre son impresos), estos manifiestos pueden ser leídos, los miembros del partidos desarrollan una acción de enverdagura. El abandono del partido por los adherentes inestables, contra lo que pudiera suponerse es muy poco importante. Al contrario, atrae a su seno todos los obreros revolucionarios del partido socialdemócrata.

La **Rote Fahne**, órgano central del P. C. A., aparece de nuevo, del primer número han sido difundidos 300.000 ejemplares. Como se sabe, la **Rote Fahne** legal, que aparecía diariamente, tiraba por término medio 36.000 ejemplares solamente. (El conjunto de la tirada de los diarios comunistas antes de la prohibición alcanzaba a 180.000 ejemplares). Era preciso obtener que la **Rote Fahne** ilegal apareciese periódicamente y alcanzase realmente a los lectores obreros.

Los corresponsales extranjeros informan que el primer número de la **Rote Fahne** podía ser comprado sin dificultad, en algunos lugares el periódico era vendido, incluso, en las calles. Mientras que el partido socialdemócrata no tiene su periódico y ni siquiera busca editar literatura ilegal, el P. C. A. conserva sus relaciones con los obreros, sistemáticamente, por medio de manifiestos y periódicos, aunque el solo hecho de difundir las publicaciones comunistas lleva consigo dos años de prisión, y no esto solamente, sino incluso exponerse a morir en el mismo sitio.

Además de la **Rote Fahne**, órgano central, toda una serie de periódicos comunistas ha comenzado a aparecer: la **Hamburger Volkszeitung**, en Hamburgo; **Ruhr Echo**, en la región industrial del Ruhr. En Baden la **Rote Fahne**, para Baden y Sfaltz; **Sueddeutscher Arbeiterzeitung**, en Wutemberg. Además de los diarios regionales, aparecen también diversas publicaciones en los radios, subradios y en las empresas.

En el sexto radio de Hamburgo han sido editados en estos últimos tiempos cuatro periódicos y cuatro manifiestos.

En todo un conjunto de radios de Baden Pfaltz (Manheim-Nekarau, Rheinau, Lindeuhof, Waldhoff, etc.), han sido publicados diarios locales.

El comité del sub-radio Wandsbeck ya ha publicado tres números de periódico con una tirada siempre creciente.

En Brandfeld, el periódico aparece tres días por semana. Su tirada es superior en un 300 por 100 al de la prensa legal que se tiraba legalmente en el mismo subradio.

En la fábrica de papel de Feldmuelle, el periódico **Rote Volskwacht** se ha publicado hasta el presente como periódico de fábrica. Del primer número se tiraron 300 ejemplares, del segundo 500 y del tercero 1.000.

Se podrían multiplicar estos ejemplos.

Aunque los fascistas habían amenazado despedir de las empresas a quienes no asistieran a la demostración del 1.º de mayo, y a pesar del control severo ejercido sobre los obreros, la gran masa de obreros de las grandes fábricas y talleres no se presentó a la «fiesta del trabajo».

Sin la acción sistemática del P. C. A. y del O. S. R. una resistencia pasiva de los obreros a la demostración fascista del 1.º de mayo hubiese sido imposible.

Los datos de que disponemos establecen que en las grandes empresas de Berlín, sólo un 25 por 100 de los obreros como máximo han participado en los regocijos fascistas del 1.º de mayo.

Además de la resistencia pasiva, el P. C. alemán ha conseguido organizar manifestaciones independientes el día 1.º de mayo. Así en Berlín, las demostraciones se desarrollaron conducidas por los comunistas; tres de ellas habían comenzado en los puntos de reunión designados por los fascistas. En cuanto las columnas fascistas hubieron desaparecido, se vió desfilar también a los comunistas, banderas desplegadas, con pancartas y al canto de la **Internacional**, 13.000 obreros tomaron parte en estas demostraciones.

Serios tumultos tuvieron lugar. Una manifestación imponente se desarrolló, igual-

mente, en Spandau. Manifestaciones del 1.º de mayo fueron preparadas por las organizaciones del partido comunista en muchos distritos: Wasserkaut (Hamburg), Halle-Merseburg, Saxe, Turingia, Wurtemberg, Bajo-Rhin y Ruhr. Bajo la influencia de los comunistas, los obreros en numerosas reuniones de fábrica, adoptaron la resolución de no participar en la fiesta fascista del 1.º de mayo.

Todo esto debe necesariamente elevar la autoridad del Partido comunista alemán entre los obreros a un alto punto.

En estos últimos tiempos la acción ilegal del P. C. A. se ha acentuado. Testigo de esto son las manifestaciones, poco numerosas, es verdad, todavía, organizadas por el P. C. A. y la publicación frecuente de periódicos, periódicos de fábrica, manifiestos, carteles con consignas, etc. Los manifiestos son de nuevo distribuidos a domicilio, en las calles aparecen coros que lanzan al unísono las consignas del partido y que para terminar ejecutan la **Internacional**. Oradores comunistas toman la palabra en diferentes ocasiones.

La propaganda comunista empieza ahora ya, a tomar un carácter más preciso: en las empresas la propaganda del partido comunista exhorta a las masas a la lucha contra las reducciones de salario, por la defensa de los contratos de salarios, por la protección de los sindicatos contra los fascistas, la expulsión de los confidentes fascistas del consejo de fábrica. En los mercados se realiza un trabajo de agitación sobre el servicio doméstico. La propaganda se dirige contra el alza de los precios de los productos alimenticios. En las casas, la agitación se hace contra la política de los propietarios fascistas de inmuebles, etc.

Aparte las instrucciones orales y el control de la puesta en práctica de las instrucciones y decisiones, el comité central del P. C. A. edita material impreso bajo la forma de cartas de información. En éstas se da una apreciación general de la situación, directivas concretas sobre los preparativos y la conducción de las huelgas y demostraciones: en ellas se hace el cambio de experiencias acumuladas a lo largo de las acciones realizadas.

En sus indicaciones, el comité central expone netamente la cuestión relativa a la conquista de la mayoría de la clase obrera, a la realización del frente único, a la acción del partido en las empresas, al trabajo que se ha de realizar en los sindicatos, entre los obreros agrícolas, los aldeanos, etc.

El comité central de las Juventudes comunistas de Alemania en los campos del servicio del trabajo «voluntario», ha conseguido organizar toda una serie de huelgas entre los jóvenes desocupados.

La resistencia acrecentada a los fascistas.

El proletariado alemán se repone poco a poco de los golpes fascistas. Los hechos demuestran que la resistencia a los fascistas crece.

A título de ilustración citaremos algunos ejemplos.

En Coblenza, después de las investigaciones, fueron arrestados varios centenares de obreros. Para protestar contra estos arrestos los obreros cesaron en el trabajo en numerosas empresas y se manifestaron con sus mujeres e hijos frente a la prisión, exigiendo la inmediata libertad de los detenidos. Los manifestantes opusieron durante largo tiempo una tenaz resistencia a la policía fascista auxiliar, la cual fué obligada a fin de cuentas a soltar una gran parte de los arrestados.

En Plauen, después de la ocupación por los fascistas de la casa de los sindicatos, los obreros declararon la huelga y, con los desocupados asaltaron la sede de los sindicatos de la cual echaron a los fascistas.

En Berlín, en la A. E. G. (Compañía General de Electricidad), en Hennigsdorf, cerca de 3.000 manifiestos comunistas fueron distribuidos entre los obreros. 70 guardias de asalto nacional-socialistas y 80 agentes de policía hicieron irrupción en la fábrica con el fin de arrestar a los obreros difusores del manifiesto. El consejo de fábrica requirió a la dirección para que se alejasen inmediatamente los guardias de asalto y los policías nacional-socialistas; los obreros habían declarado que si en el plazo de diez minutos no era satisfecha esta reivindicación, abandonarían el trabajo. La acción unánime de varios millares de obreros obligó a la dirección de la fábrica a alejar los guardias de asalto. En esta misma fábrica los

guardias de asalto intentaron distribuir sus manifiestos a los obreros, pero éstos rehusaron tomar conocimiento de ellos. Como los guardias de asalto amenazaran con sus revólveres, un grupo de autodefensa obrera les arrojó, lo mismo que a otros tres destacamentos que vinieron en su ayuda. Entonces la policía efectuó algunos arrestos entre los miembros del consejo de fábrica. Una delegación compuesta de comunistas, socialdemócratas y obreros sin partido, se presentaron en el puesto de policía para pedir la libertad de sus camaradas. Habiendo la policía rehusado acceder a este requerimiento, cesaron los obreros en el trabajo obligando así a las autoridades a poner en libertad a los miembros del consejo de fábrica.

En la noche del 18 al 19 de marzo, la insignia fascista había sido recortada en la bandera del P. C. (Casa de Karl Liebknecht), tomada por los fascistas; y de nuevo la bandera roja fué izada.

En Merfelden, cerca de Franckfort, donde los comunistas detentan la mayoría de la municipalidad, tuvo lugar un tiroteo entre la población obrera y los destacamentos de guardias de asalto fascistas llegados a estos lugares.

En Altona, cerca de Hamburgo, los manifiestos del comité central del partido fueron distribuidos. Los nacional-socialistas tiraron sobre los difusores de estos manifiestos. Los comunistas replicaron. Los fascistas, rechazados en un barrio obrero, vieron correr a toda la población en ayuda de los comunistas y arrojar la policía y la policía auxiliar. Una batalla en regla tuvo lugar.

En la fábrica Osram, a pesar de la prohibición de los fascistas de presentar la lista de oposición, se presentó ésta obteniendo 768 votos y cinco mandatos, contra 875 votos a la social reformista y 336 a los fascistas. Para apreciar este resultado de las elecciones, es preciso tener en cuenta el terror que reinaba en la fábrica. Todos los obreros incluidos en la lista de la oposición sindical fueron arrestados.

En Dresde, un nacional-socialista había sido emboscado en la manufactura de cigarrillos Tenidze, en calidad de contraamaestre. Los obreros cesaron en el trabajo. Después de una huelga de dos horas, el contraamaestre nacional-socialista partió. De una manera general, en Dresde y en todo el Saxe, tuvieron lugar numerosas acciones contra los nacional-socialistas, de las cuales la prensa no ha dicho nada.

En Stuttgart, así lo dice la prensa holandesa, los nacional-socialistas, sostenidos por la Compañía de Tranvías, organizaron una reunión general de los obreros de los tranvías. A despecho de todo el trabajo de agitación, no asistieron más que 500 personas: y aún hay que añadir que los discursos de los nacional-socialistas no obtuvieron las simpatías. Un obrero, tomando la palabra, propuso a la reunión un orden del día reclamando la libertad inmediata de todos los detenidos políticos, motivando su proposición en el hecho de que los obreros revolucionarios de los consejos de fábrica arrestados por los hitlerianos habían siempre defendido los derechos de los trabajadores.

Para impedir que esta resolución fuera votada, el ponente prometió «que sería realizada una investigación respecto a los miembros del consejo de fábrica arrestados».

Sin embargo, bajo la presión de los asistentes, la resolución fué puesta a votación y aprobada por unanimidad.

En una cauchotería de Berlín, una huelga de protesta de corta duración estalló para pedir la libertad del camarada Thälmann. En el llamamiento que se lanzó, los obreros exhortaban a las otras empresas a seguir su ejemplo.

En Hamburgo, en el curso de una reciente manifestación de obreros, el jefe de un destacamento de policía, un nacional-socialista, ordenó tirar sobre los manifestantes. Pero los agentes, en lugar de apuntar a la multitud, tiraron al aire, lo que produjo la amenaza del jefe de policía de tirar sobre ellos. Esto atestigua el descontento que reina entre los mismos agentes. Después de las elecciones en Hamburgo se han operado 800 arrestos entre los agentes de policía.

Del 25 de marzo al 10 de abril se han registrado 100 huelgas de las cuales la mayor parte han terminado con la victoria. Estas huelgas fueron declaradas contra la disminución de los jornales, contra la supresión de los contratos colectivos, contra las represiones, contra la penetración de los nazis en las empresas, etc. Estos movimientos reivindicatorios fueron dirigidos por el P. C. y la oposición sindical.

Estas huelgas no reúnen todavía muchos combatientes y son de corta duración.

pero inquietan a los fascistas porque estallan casi sobre todos los puntos del país.

He aquí algunos ejemplos concretos:

En la fábrica de contraplacado de Hamburgo 1.500 obreros fueron a la huelga para protestar contra la conducta de un miembro del consejo de fábrica, un fascista, que les había amenazado con su revólver.

600 obreros de una aceitería de Hamburgo holgaron para protestar contra la detención de un miembro revolucionario del consejo de fábrica. La huelga terminó por la victoria.

En los talleres de reparación, en Pankof, 1.300 obreros pusieron en fuga un destacamento fascista.

En los astilleros navales de Kiel, «Germania», como consecuencia de la detención del consejo de fábrica rojo, los obreros holgaron obteniendo la libertad de sus camaradas arrestados.

En Solingen, cuatro empresas fueron a la huelga contra el terror fascista.

En Rheinscheiñ, los obreros de tres empresas se lanzaron a la huelga para protestar del arresto de los miembros del consejo de fábrica y por la liberación del camarada Thälmann.

Huelgas parecidas tuvieron lugar igualmente en ciertas empresas de Wupertal y Hefelsberg, en Dusseldorf, en la gran fábrica «Fenix», y en muchos otros lugares.

El 5 de mayo estalla la huelga en la fábrica de acumuladores Hagen en Westfalia ante el anuncio de una reducción de salarios.

Las huelgas del mes de mayo tuvieron un carácter más agresivo que las del mes de abril.

La más grande de las huelgas del mes de mayo fué la de las imprentas de diarios de Berlín. El 12 de mayo el personal de las imprentas Ulstein, Mosse, del trust Scherl y de muchas otras, abandonó el trabajo para protestar contra la represión, la agravación de las condiciones de trabajo, el control ejercido por el comisario fascista y por la reintegración de los obreros despedidos. Las reivindicaciones obreras eran éstas: 1.^a, disminución de los emolumentos de los directores; 2.^a, rechazar el descuento del 10 por 100 sobre los salarios impuesto el año anterior, y 3.^a, el despido de los administradores superiores, miembros del partido nacional-socialista, que se señalaban por su actitud insolente respecto a los obreros.

Para disimular el verdadero carácter de esta huelga, la dirección fascista declaró que se refería sólo a los empleados judíos de los trusts de periódicos y exigieron el licenciamiento de los judíos.

A consecuencia de esta huelga 50 tipógrafos, conocidos como de la oposición, fueron detenidos en Berlín.

Los hechos demuestran que los obreros responden a los fascistas a pesar de un terror increíble que se multiplica de día en día.

VIII.—LAS TAREAS DEL P. C. EN LAS NUEVAS CONDICIONES

La iniciativa de las organizaciones de base.

El partido comunista alemán ha debido reagruparse sobre un pie de ilegalidad. Esto es lo que ha hecho. El partido comunista alemán debe dar libre curso a la vasta iniciativa de las organizaciones locales del partido—ha procedido desde el primer momento a la solución de este problema—. Antes, las organizaciones del partido esperaban de ordinario que la Central les enviara los manifiestos, que la dirección definiese su actitud respecto de tales o cuales acontecimientos, que les llegasen instrucciones sobre todos los problemas y resúmenes para los oradores. Esperar y aplazar no es posible ahora.

Las direcciones centrales y regionales no podían con la misma regularidad y rapidez que antes enviar instrucciones, resúmenes, manifiestos, etc., sobre todo en los primeros tiempos de ilegalidad del partido, porque un eslabón (cuadros medios y de base), estaba por el momento casi paralizado, y rota la ligazón con las células y grupos locales. Pero ha sido en estas condiciones difíciles como las células (de

calle y de empresa) han demostrado ser capaces de desenvolver una excelente iniciativa. No es posible sino felicitarlo de ello, precisa estimular, de todas las maneras, un mejoramiento. Esto permitirá al P. C. alemán activar todo el partido. Es necesario esto sobre todo en estos momentos en que la vida misma hace figurar la cuestión del trabajo de masa como cuestión central de las preocupaciones del partido. Es necesario ensanchar y fortificar las posiciones del partido en el seno de las empresas, llevar el trabajo entre los sindicatos, desplegar una agitación concreta sobre los obreros socialdemócratas, reforzar la lucha contra el terror fascista, no dejar escapar una sola ocasión de alentar a las masas en la lucha por las reivindicaciones cotidianas contra la ofensiva política y económica del capital.

El trabajo en la empresa.

La decisión relativa a la intensificación del trabajo en las empresas no debe quedar solamente en el papel, como desgraciadamente se ha hecho hasta aquí.

¿Por qué hasta el presente no hemos conseguido aplicar la decisión de que en cada empresa haya una célula realizando un buen trabajo? Se ha invocado a este respecto una gran cantidad de pretextos diversos; por ejemplo, se decía que esto suponía numerosos sacrificios, que el comunista no puede mantenerse en la fábrica, etcétera. Pero todos estos «argumentos» carecen de valor hoy, los comunistas alemanes han demostrado que ignoran el miedo—salen a la calle, presentan abiertamente sus candidaturas a las elecciones para los consejos de fábrica, a despecho del terror fascista, etc.

En 1932 el P. C. A. había sufrido la derrota, entre otras causas, porque no poseía más que una débil ligazón con las masas obreras de las empresas, e ignoraba por esta causa el estado de espíritu de estas masas. Esto se le ha indicado repetidamente a los camaradas alemanes. Desgraciadamente, todavía hoy, aunque ya ha conducido su trabajo a las empresas no lo ha hecho sino débilmente. Si la mitad, o incluso un tercio del heroísmo de que los comunistas alemanes han dado prueba en los combates de calle contra los fascistas hubiese sido consagrado también al trabajo en los sindicatos, en las empresas, el P. C. A. hubiera arrastrado tras sí, la mayoría de la clase obrera.

Luego, en las condiciones actuales de dictadura fascista, los comunistas no pueden conservar su ligazón con las grandes masas, sin efectuar la mayor parte de su acción en el seno de las empresas. Desde ahora los fascistas dirigen a las fábricas sus mejores agitadores y organizadores para constituir en ellas sus organizaciones. Ante la crisis creciente y la extensión del paro, una parte de los obreros se unen a las organizaciones de fábrica nacionalsocialistas, esperando así mantenerse en las empresas. Si los comunistas no se apresuran a recobrar el tiempo perdido en materia de trabajo en la fábrica, si no destruyen en germen la influencia de los fascistas, si no explican con método, inteligencia y de una manera accesible al entendimiento de los obreros porque éstos últimos no deben adherirse a las organizaciones de fábrica nacionalsocialistas, los fascistas podrán, momentáneamente, por medio del terror y la demagogia, reforzarse en el seno de las empresas.

Al desplegar un vasto esfuerzo sobre los lugares de trabajo, el P. C. debe al mismo tiempo enviar los camaradas más seguros y todavía no conocidos en las empresas, a las organizaciones de fábrica nacionalsocialistas, a fin de descomponerlas desde dentro, de denunciar a los fascistas en sus propias organizaciones. Si los comunistas no aplican el máximo de esfuerzo a esta labor, dejarán escapar una ocasión extremadamente importante. El trabajo en la empresa adquiere hoy una importancia todavía más grande que antes, lo que obliga a que todos los esfuerzos de los comunistas deban tender a cumplir esta tarea. Los comunistas deben esforzarse por todos los medios en penetrar y tomar pie en las empresas y adaptar, en particular, también las células de calle a este objetivo esencial.

La doble experiencia de 1923 y de 1932 debe convencer a los comunistas alemanes que sin estar sólidamente anclados en las empresas, no podrán emprender la tarea esencial necesaria de la organización de las fuerzas con el objeto de derrocar el fascismo y realizar victoriosamente la revolución proletaria.

La táctica sindical del P. C. A. en las nuevas condiciones.

Todo lo que acaba de ser dicho es aplicable también a la acción de los sindicatos.

Cada miembro del P. C. A. verá ahora el perjuicio causado a la clase obrera por el hecho de haber dejado los sindicatos reformistas en manos de los burócratas sindicales.

Los comunistas deben luchar en el seno de las organizaciones sindicales de base contra su fascitización. Esto no quiere decir que los comunistas puedan afirmar que no procederán a la organización de sindicatos ilegales. La solución de este problema depende de la situación.

Los acontecimientos se desarrollan en Alemania con tal ritmo, la situación de los sindicatos se modifica con tal rapidez, que los comunistas deben poseer una táctica elástica para aplicarla de conformidad con los cambios de condiciones.

Si Hitler llega a fascisar íntegramente los sindicatos, como ha hecho Mussolini en Italia, es decir, si cada obrero es obligado a adherirse a un sindicato fascista, y que la «cotización sindical» sea automáticamente extraída de su salario por el patrono, los comunistas deberán quedarse y trabajar en estos sindicatos a los que todos los obreros, forzosamente, serán empujados.

Es seguro que los comunistas alemanes trabajaran en ellos mejor que los camaradas italianos han trabajado en los suyos. La I. C. y la I. S. R. no han podido en cinco años convencer a los camaradas italianos de la necesidad de militar en los sindicatos fascistas. Y en cuanto se han decidido a ello, la experiencia ha demostrado que es posible realizar ciertos progresos.

Pero puede igualmente suceder que en Alemania, los fascistas, después de apoderarse de los sindicatos, no logren imponer a los obreros la adhesión sindical obligatoria y el descuento automático de las cotizaciones sobre sus salarios, o que las organizaciones sindicales de base no opusieran una resistencia suficiente a la fascitización, de suerte que también tuvieran que sufrir el control de los comisarios hitlerianos.

Tanto en uno como en otro caso, es posible que, teniendo en cuenta todas las demás condiciones digamos a las grandes masas obreras: marchaos de los sindicatos fascistas, constituid vuestros propios sindicatos ilegales. Pero antes que los comunistas se decidan a seguir esta táctica, les es preciso movilizar los más extensos contingentes posibles de obreros, para combatir la fascitización de los sindicatos.

Esta es por ahora la tarea esencial de nuestra acción sindical.

Pero en el caso de organizar sindicatos ilegales, los comunistas habrán de militar también entre los obreros que queden en los sindicatos fascistas, y no retirar de ellos a todos los elementos revolucionarios. Al mismo tiempo, podemos señalarnos como tarea, organizar las grandes masas obreras en los sindicatos ilegales. Esta posibilidad no está excluida, pero yo no propongo fijar esta tarea desde hoy mismo.

Si la primera experiencia ha probado que nuestros sindicatos ilegales son capaces de conducir las huelgas, de constituir cajas de socorros mútuos durante las huelgas, han probado actividad en la lucha, han llevado tras ellos las masas, ¿no debemos buscar extenderlos? Evidentemente, sí.

La Alemania de 1932 no es la Italia de 1922. Los fascistas italianos han llegado al poder en el principio de la estabilización relativa; en los primeros años de su dictadura podían incluso, en ciertos casos, con fines demagógicos, ayudar a los obreros en su lucha contra los patronos.

No sucede lo mismo en Alemania.

El fascismo alemán ha llegado al poder justamente porque la burguesía no advertía otra salida para la crisis, que la de una ofensiva siempre implacable contra el nivel de vida de los obreros. Es decir, que la lucha de los obreros de Alemania debe forzosamente agudizarse.

Ante esta situación, no es imposible para el P. C. A. la constitución de sindicatos ilegales y semilegales que lucharán por la defensa de los intereses de los obreros, en oposición a los sindicatos fascistas, tanto más cuando estos últimos no llegarían a ser instrumento de los patronos.

Esto no quiere decir que nosotros debemos proceder desde ahora a la constitución de sindicatos ilegales o lanzar la orden: «Dejad los sindicatos fascistas».

Hemos de pesar todos estas posibilidades y establecer nuestra táctica de conformidad con la evolución ulterior de los acontecimientos.

Los comunistas y los miembros de la O. S. R. deben tomar todas las medidas para impedir a los fascistas que contaminen las organizaciones sindicales de base. En aquellas donde los comisarios estén designados, los comunistas y los miembros de la O. S. R. deben agregarse los adherentes a estas organizaciones sindicales de base y elegir una dirección que, si fuera preciso, trabaje en el terreno legal, semilegal y hasta ilegal. Los sindicatos pagarán sus cotizaciones a sus directivas antifascistas, y jamás a los comisarios fascistas.

Desenmascaramiento de los fascistas.

Importa grandemente que los comunistas desenvuelvan, sin demora, una enérgica agitación oral y escrita encaminada a desenmascarar a los fascistas. Estos recurren a toda suerte de provocaciones y de intrigas para sembrar la desorganización y el desorden en las filas del partido comunista. Así, propalan que la Internacional comunista ha relevado al camarada Thaelmann, reemplazándolo por el camarada Neumann.

Los fascistas saben que el camarada Neumann había sido separado, en el momento oportuno, del trabajo en Alemania, porque una lucha de fracciones se había producido en el seno del partido. Por medio de estas informaciones fantásticas, pretenden provocar de nuevo esta lucha en el seno del P. C. A.

Movilizando todas las fuerzas revolucionarias, el partido comunista debe extender su influencia sobre todas las capas de trabajadores y penetrar en las masas campesinas y de la pequeña burguesía. A título de puntos de apoyo en el campo constituirá los Comités de campesinos.

Es necesario también, trabajar entre los guardias de asalto, donde se encuentran, bien que en corto número, obreros honrados engañados por la demagogia nacionalsocialista.

Los nacionalsocialistas, han sabido dirigirles, no contra el capital en general, ni siquiera contra el capital judío, sino contra la pequeña burguesía judía—empleados, médicos, abogados, técnicos, etc.—, haciendo pasar la excitación pogromie contra la pequeña burguesía judía, como lucha contra la burguesía.

Los comunistas pueden y deben arrancar estos obreros a los fascistas.

Los comunistas pueden y deben acentuar el trabajo en la Reichswehr, donde el descontento contra el gobierno fascista no dejaría de manifestarse.

Las condiciones de trabajo en Alemania se modifican desde ahora, y se modificarán en el porvenir todavía con más rapidez, en el sentido de un mejoramiento.

La pequeña burguesía exaltada, que hoy entrega los comunistas a los guardias de asalto, se convencerá bien pronto de haber sido engañada, y se volverá hacia nosotros, pondrá sus alojamientos a nuestra disposición y nos prestará muchos otros servicios. Sin contar los obreros a los que la dictadura fascista convence cada día de que tenemos razón en nuestro análisis político de la situación actual, en nuestra táctica y en nuestro trabajo de organización.

Los acontecimientos cotidianos demuestran y demostrarán a los obreros, que el partido comunista es el único que defiende realmente los intereses del proletariado y quien le organiza para la victoria sobre la burguesía y para la conquista del socialismo. El P. C. A. ha demostrado, después del golpe de Estado, que sabía organizar la clase obrera en la lucha por la toma del poder.

La organización de la victoria

De que la consigna de insurrección armada, como consigna «de acción», hubiera tenido consecuencias funestas para la vanguardia del proletariado en marzo de 1933, y que con más razón está excluida actualmente, no debe deducirse que debemos descartar la orientación hacia los preparativos. Son dos cosas completamente diferentes.

Ante la madurez de la crisis revolucionaria en el país, las masas pueden acercarse muy rápidamente a la revolución.

Recordemos las jornadas de julio del 1917 en Rusia.

Puede ser que entonces los bolcheviques tuvieran mayoría en Petersburgo, pero no la tenían en todo el país.

En Moscú, a principios de julio, los bolcheviques no podían organizar manifestaciones; pero en agosto realizaron la huelga general durante la Conferencia de Estado en Moscú, a despecho de la decisión del pleno del Soviet de esta ciudad que excitaba al proletariado a no hacer la huelga bajo la dirección de los bolcheviques.

Y durante la revolución de octubre, la inmensa mayoría del proletariado estaba al lado de los bolcheviques. Por tanto, algunos meses nada más separan la insurrección armada de octubre de las jornadas de julio.

Y no hay que decir que no comparo julio de 1917 (situación revolucionaria) y abril de 1933, puesto que no había todavía en Alemania una situación revolucionaria. No obstante, las cosas pueden igualmente tomar el mismo jiro. A medida que madure la crisis revolucionaria, las grandes masas se unirán al P. C. A.

El retroceso momentáneo de la clase obrera, que no se puede negar, no significa sin embargo el quebrantamiento del proceso de maduración de la crisis revolucionaria.

Gracias a la justa táctica del P. C. la clase obrera de Alemania no ha aceptado todavía el combate decisivo contra la burguesía. La vanguardia—el P. C.—no está aplastada; no está separada de las masas.

La influencia y autoridad del partido comunista en el seno de las masas obreras crece, mientras se afirma plenamente la decadencia y degeneración política y moral en el campo de la socialdemocracia. De otra parte, en el capítulo «¿El gobierno hitleriano conservará el poder? Hemos indicado los factores objetivos que hacen inevitable la política de aventuras, exterior e interior, del fascismo, política que le aproxima a la catástrofe.

Como un animal herido de un golpe, no mortal, es cierto, la burguesía alemana se agita en todos sentidos, buscando huir del cazador y acabando por caer en sus manos. La crisis revolucionaria precipitará el fin del fascismo alemán.

Trabajando para ganar a sus filas la mayoría de la clase trabajadora, para concentrar su acción en las principales industrias en las más grandes fábricas, para obtener un cambio del estado de espíritu de la pequeña burguesía y separarla del fascismo, para utilizar, en fin los desacuerdos que se manifiestan en el seno mismo de la burguesía, los comunistas no hacen más que orientarse al derrocamiento por las armas de la dictadura fascista.

A medida que el P. C. A. arranque la mayoría de los obreros a la influencia de la socialdemocracia y les conduzca a la lucha contra los fascistas, se verán madurar las condiciones de la insurrección armada, de consigna de propaganda se transformará en consigna de acción, que el partido procederá a realizar.

La revolución proletaria en Alemania es inevitable; el P. C. alemán debe hacer todo lo posible para, después de haber ganado la mayoría de la clase obrera, organizar la revolución, y, tomando la dirección, conducirla a la victoria completa.



Los contrabandistas y héroes socialfascistas de la falsificación histórica

LA lucha contra el fascismo se está desencadenando en todo el frente proletario mundial. El desarrollo de la dictadura fascista y de la lucha de clases en Alemania, durante los seis meses de gobierno nacional-socialista, han confirmado íntegra y plenamente el análisis marxista-leninista del Presidium del C. E. de la I. C., en el que se señala que la dictadura fascista conduce a Alemania a la catástrofe económica y a la guerra. El Partido Comunista de Alemania, sobre el cual ha caído con toda la fuerza del sangriento terror fascista el capitalismo alemán profundamente putrefacto, para aislarlo de las masas y estrangularlo vertiginosamente, es ahora el ÚNICO partido en Alemania que mantiene una lucha realmente revolucionaria contra el fascismo y al que los nacional-socialistas, el partido del capital monopolista alemán, que es actualmente el amo y señor exclusivo de Alemania, no ha logrado ni destrozar ni mucho menos suprimir. La dictadura fascista, que ha engañado a las masas de la pequeña burguesía e incluso a una parte del proletariado, con la demagogia nacional y social, comienza rápidamente a revelar su verdadero carácter de verdugo e instrumento en manos del capital monopolista contra la revolución proletaria que se va acercando. Los sueños de la pequeña burguesía de verse libre de los horrores de la crisis, de los campesinos engatusados por los fascistas, sueños de tierra y de liberación de la «servidumbre de las deudas», los de los miembros de los Destacamentos de Asalto sin trabajo: de tener trabajo y altos salarios; todos estos sueños comienzan a disiparse como humo. La furia de las masas va creciendo de día en día. La explosión no se ha producido todavía, tal vez no estalle mañana tampoco. El Partido Comunista debe aún prepararla y organizarla. Pero lo esencial es que las masas trabajadoras, entre ellas las de la pequeña burguesía que corría tras la carroza del fascismo temporalmente victorioso, comienzan a convenirse de que el fascismo no trae la salvación de las garras de hierro de la crisis económica, de la servidumbre de Versalles, del hambre, ni de la desocupación, ni tampoco de la esclavización de los terratenientes y capitalistas. Esto lo atestiguan con bastante elocuencia las acciones de masa de los campesinos y los Destacamentos de Asalto de Koenigsberg y de una serie de provincias alemanas, reclamando la confiscación de las tierras a los terratenientes. Lo atestiguan las violencias de que fueron objeto los Destacamentos de Asalto en Silesia, que reclaman la realización de las promesas hechas por Hitler antes de su advenimiento al poder. Lo atestigua la lucha exasperada que sostiene el gobierno fascista contra el «pernicioso estado de espíritu» creado en las propias filas nacional-socialistas, contra la consigna de «segunda revolución», en la lucha incluso contra el «edicto superior» de Goering de la «terminación definitiva de la revolución».

El comunismo está frente al fascismo. El sepulturero del fascismo llama ya a la puerta, y lo principal es que las masas de los trabajadores, entre ellas las de los obreros socialdemócratas, comienzan a convenirse de que el **COMUNISMO VENCERÁ AL FASCISMO**, de que la salvación de las garras de hierro de la crisis económica, de la esclavitud de Versalles, del hambre y del paro forzoso, de la insostenible explotación de los terratenientes y capitalistas, no es posible más que en la lucha revolucionaria del proletariado bajo la dirección del P. C. A. contra la salida capitalista de la crisis.

La tarea de la vanguardia comunista en estas condiciones consiste en que, al movilizar la creciente indignación de las masas trabajadoras que se van convenciendo del engaño de las demagógicas promesas fascistas, *organice y encabece el paso de esa indignación a la vía de franca lucha por el derrocamiento revolucionario del poder de los verdugos fascistas*. En enero de 1933, la correlación de las fuerzas de clase en Alemania, como lo demostró el Presidium del C. E. de la I. C., no permitió aún al Partido Comunista aceptar el combate *independientemente*, en vista de la monstruosa traición de la socialdemocracia, la cual, al arrastrar tras de sí considerables masas obreras, «había anulado la iniciativa de las masas obreras, había minado su capacidad combativa en la lucha contra el capital y el fascismo e impedido oponer una resistencia decisiva a la dictadura fascista en ofensiva y a las bandas terroristas fascistas». La tarea del P. C. A., *que está preparando actualmente la independiente* contienda decisiva de las masas trabajadoras de Alemania contra la franca dictadura de la burguesía, consiste en esclarecer ante las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, que los obreros revolucionarios, si cuentan con el apoyo de los trabajadores de la ciudad y del campo, «son los únicos que están en condiciones de quebrantar la resistencia de los capitalistas, conducir al pueblo hacia la conquista de la tierra, sin indemnización, hacia la completa libertad, hacia el triunfo sobre el hambre, sobre la guerra, hacia la paz justa y sólida» (Lenin). Por eso el P. C. A. debe concentrar toda su agitación a revelar la más completa incurabilidad, la más completa falta de perspectivas de cualquier cambio serio (fuera del que conduce a lo peor) en la situación de las masas trabajadoras, mientras no se derroque el poder fascista, mientras no sea desenmascarado el papel traidor de la socialdemocracia como principal apoyo social de la burguesía. El P. C. A. debe construir toda su agitación de modo que

«...demuestre claramente al verdadero enemigo del pueblo y desenmascare determinadamente a los partidos pequeño burgueses (s. r. y mencheviques), que han desempeñado y siguen desempeñando el papel de auxiliares de los verdugos» (Lenin).

Y considerando que

«No basta hablar del ascenso de la revolución: es preciso indicar los medios de lucha para el derrumbamiento de los contrarrevolucionarios que se han incautado del poder».

Esta tarea del P. C. A. es una tarea de trascendencia internacional. Ha pasado casi un año desde la celebración del XII Pleno del C. E. El desarrollo de la lucha de clases durante este periodo, ha confirmado plenamente el análisis del XII Pleno del C. E. de la I. C. sobre el fin de la estabilización parcial del capitalismo. Pero, a pesar del monstruoso crecimiento de las contradicciones imperialistas y la grave tensión de las relaciones de clase en todo el mundo capitalista, que constituyen la consecuencia del desenvolvimiento de todos los factores del fin de la estabilización parcial del capitalismo, la burguesía y su agencia socialfascista, aprovechando la creciente complejidad y la desigualdad de desarrollo y, particularmente, el crecimiento de la producción en algunos países capitalistas sobre el terreno movedizo de la inflación y de la coyuntura de guerra, así como el triunfo temporal de la dictadura fascista en Alemania, intenta crear la leyenda del principio del fin de la crisis económica mundial, de la destrucción de la clase obrera y del advenimiento de un periodo de reacción, con el fin de debilitar la capacidad combativa revolucionaria del proletariado. Y al igual que en todo el transcurso de la historia de la Internacional Comunista, al surgir alguna complicación en la lucha revolucionaria del proletariado, frente a cada necesidad de viraje táctico de los Partidos Comunistas en consonancia con la nueva etapa del desarrollo del movimiento obrero internacional, así también ahora todos los «escuderos», «compañeros de ruta» renegados—de las filas del socialfascismo—y todos los oportunistas en el seno de los Partidos Comunistas mismos, emprenden un ataque furioso contra la Internacional Comunista, para dificultar el proceso de acrecentamiento de la lucha revolucionaria. El sentido de la lucha de la Internacional Comunista durante todo «el tercer periodo»

contra todas las formas del oportunismo ha consistido precisamente en la necesidad de despejar el camino para el *movimiento hacia adelante*, para la *lucha*, para intensificar el papel *independiente* de los Partidos Comunistas en la dirección de los combates de clase, para preparar el *contrataque* y la *ofensiva* de la clase obrera. El sentido de la lucha de los renegados y de los oportunistas contra la I. C. ha consistido, y consiste todavía, en inculcar a la clase obrera y a su vanguardia comunista la convicción derrotista del poder invencible del enemigo de clase y de su propia debilidad.

Durante el XII Pleno del C. E., la I. C. denunció este sentido derrotista de la «filosofía de la época del oportunista de derecha Humbert Droz, el cual, partiendo del crecimiento del movimiento fascista en Alemania, sacó la conclusión de un «retroceso» de la I. C. y de la necesidad de «revisar» su línea táctica en lo que respecta a la socialdemocracia. El XII Pleno del C. E. de la I. C. ha desenmascarado también la otra orientación derrotista, la de los camaradas Neuman, Remelle y sus partidarios, los cuales encubrían su negativa práctica a movilizar en forma bolchevique las masas y preparar los combates revolucionarios y su negativa práctica a luchar contra la socialdemocracia, con charlas y palabrerías «revolucionarias» como la de «pega al fascista donde le encuentres», con la teoría orgánica de «cambio de sistema» (lo que seguía íntegramente por la línea de los intereses del social-fascismo) o de la táctica de desconocer el frente único y la lucha huelguística del proletariado.

Actualmente, un año después del XII Pleno del C. E. de la I. C., en las condiciones de una inaudita tensión de las relaciones de clase en todo el mundo capitalista, la socialdemocracia internacional, con todo el enjambre de sus... satélites renegados y oportunistas, cumple su papel de principal apoyo social de la burguesía, en primer término, por el hecho de que ataca furiosamente al bolchevismo internacional, declarándolo culpable, o en todo caso «co-culpables (como hace la socialdemocracia alemana), de la «devastación» del proletariado alemán», «del período de reacción sobrevenido», difundiendo la leyenda de la «destrucción» del Partido Comunista alemán y de una nueva era de la socialdemocracia alemana «que resucita para la lucha revolucionaria de clases». Los líderes de la socialdemocracia, al llevar a cabo esta maniobra para engañar y contener a los obreros socialdemócratas *que pasan ahora en masa* a las filas del P. C. A. que lucha heroicamente contra el fascismo, llegan a veces a un verdadero virtuosismo en la masturbación verbal «radical» y hasta verdaderas alturas poéticas, lo que tiene por fin presentar el «entusiasmo revolucionario» de los socialfascistas, haciendo a menudo confesiones que no carecen de interés. Así, por ejemplo, el menchevique emigrado blanco, Fiedor Dan, escribe en el «Noticiero Socialista»: «¡Bastante hemos amado a nuestros enemigos; queremos, queremos odiarlos!».

El amor que el menchevique Dan sentía por la burguesía, amor del pasado y del presente, no es para nosotros, claro está, una novedad. Pero ahora, con el fin de poder engañar más cómodamente a las masas y de crear la apariencia de un efectivo cambio de táctica y de renuncia al «amor al enemigo», las viejas teorías socialfascistas de «integración pacífica del capitalismo en el socialismo», del «camino democrático hacia el socialismo», etc., se sirven bajo un nuevo rotulito de una fórmula aparentemente vuelta del revés: «hacia la democracia a través del socialismo, a través del poder obrero», pero que en realidad constituyen la concepción socialfascista, el anverso de la misma medalla social-fascista.

El P. C. A., al llevar a cabo la verdadera preparación revolucionaria de los combates decisivos por un efectivo poder obrero, por la dictadura proletaria, al defender en la lucha diaria a las masas obreras contra los golpes de la dictadura fascista, realiza en la práctica el frente único del proletariado bajo su dirección, y con ello crea la premisa esencial para concentrar en torno del proletariado alemán a las masas de los aliados pequeño-burgueses de la revolución. El hecho de que el Partido Comunista de Alemania vaya restableciendo cada vez más sus vínculos en el campo en condiciones objetivas excepcionalmente penosas de la labor revolucionaria en las regiones ru-

rales, de que las masas trabajadoras del campo comiencen a manifestar francamente su desilusión del fascismo, significa no sólo la concentración alrededor del proletariado de los aliados pequeño-burgueses de la revolución proletaria, sino, en primer término, y principalmente, el afianzamiento de las posiciones del proletariado mismo y de su vanguardia comunista. Y el hecho de que el P. C. A. haya sabido, no como lo ha hecho la socialdemocracia, atravesar la racha del terror fascista como destacamento monolítico de la vanguardia proletaria, sin que se noten deserciones en masa, sin discusiones internas, sin crisis en las propias filas, atestigua las profundas raíces de la labor revolucionaria bolchevique en el seno del proletariado alemán. Este hecho da fe de la madurez bolchevique del P. C. A., de la inquebrantable fortaleza del bolchevismo alemán y de su inevitable triunfo sobre el fascismo y sobre la socialdemocracia.

Es precisamente esta nueva distribución de las fuerzas de clase en Alemania la que dicta al P. C. A. la denuncia decisiva y el desarraigo implacable de toda y de toda clase de contrabando socialfascista, que los restos sin destruir del oportunismo de derecha y de «izquierda», ocultos en el seno del Partido bajo la bandera del reconocimiento de las resoluciones del Partido, intentan introducir ahora en las filas del Partido, con el fin de ocultar su estado de pánico, su liquidacionismo, su deserción, reflejando en esto la presión indudable de la socialdemocracia alemana que está maniobrando. Y si el contrarrevolucionario, el renegado Trotsky, y su ficticio «antípoda» contrarrevolucionario, Brandler, formulan francamente esta presión del socialfascismo alemán e internacional en su reclamación de crear «un nuevo Partido Comunista», en la pedante comprobación de la «derrota de la revolución de China, de la devastación del proletariado alemán y del grave debilitamiento de la U. R. S. S.» (todo esto fué íntegramente alquilado a su maestro común, Carlos Kautsky), los contrabandistas socialfascistas en el seno del propio partido ejecutan todo esto bajo la bandera de citas «leales» de las resoluciones y de las decisiones de la I. C., de Marx y de Lenin.

¿Y qué es lo que representa si no contrabando socialdemócrata el desmascaramiento hecho por el último Pleno del C. E. del P. C. A. de la afirmación del «ultra izquierdista» camarada Gerzen, de que, según él, actualmente «hay otro sistema que se encuentra en pleno florecimiento, y es acaso posible seguir afirmando también ahora, que el sistema de la dominación del fascismo no es otra cosa que el sistema de la dominación de la democracia? Mientras siguen las contiendas realmente encarnizadas entre dos sistemas, entre el mundo del capitalismo y el mundo del socialismo, mientras el proletariado, bajo la dirección de la vanguardia comunista, está realizando una labor intensísima en preparar combates decisivos contra la dictadura de la burguesía en todas sus formas (contra un sistema) y por la dictadura del proletariado (por el otro sistema), el camarada Gerzen repite la leyenda socialdemócrata sobre «la sustitución del sistema», gracias al advenimiento del fascismo, ayudando en la práctica con esto tanto al fascismo como a la socialdemocracia. ¿Es que los nacional-socialistas alemanes no habían acaso proclamado al advenimiento de los fascistas al poder como la creación de «un Tercer Imperio», como «la sustitución de un sistema»? ¿No es acaso actualmente la consigna central de la socialdemocracia la «segunda república» — «atrás, hacia el sistema del Weimar», «atrás, hacia el sistema de la democracia» —, la consigna cuyo filo va dirigido contra la lucha del Partido Comunista por una liquidación efectiva del sistema de la organización capitalista, por la dictadura del proletariado? ¿No habían escrito acaso Marx y Engels en el «Manifiesto Comunista» que el poder del Estado es el lugarteniente de la burguesía, y no da acaso el programa de la Internacional Comunista una definición precisa-marxista-leninista, del sitio del «sistema fascista»?

«El objetivo principal del fascismo consiste en la devastación de la vanguardia obrera revolucionaria, es decir, el sector del proletariado y, particularmente, sus militantes activos... Después de haber utilizado la fraseología anticapitalista en los períodos particularmente críticos para la burguesía, el fascismo, cuando se firme en el poder, ha ido perdiendo por el camino sus

propeles anticapitalistas, para manifestarse cada vez más como dictadura terrorista del gran capital» (Programa de la I. C.).

¿No es acaso esta teoría de la «sustitución del sistema» un reconocimiento y una repetición práctica de la teoría socialdemócrata sobre la «nueva época del fascismo», sobre la «época de la reacción»? ¿No deja acaso esta teoría para las calendas griegas el derrocamiento revolucionario de la dictadura fascista por el proletariado alemán?

¿Qué otra cosa si no un contrabando socialdemócrata representa la afirmación del camarada Gertsen, desenmascarada por el C. C. del P. C. A., de que, según él, «la diferencia en el papel del lumpen-proletariado durante las anteriores crisis sociales, como por ejemplo, durante el bonapartismo, como lo describe claramente Marx, y su papel en la actual época del fascismo, consiste en que actualmente en Alemania... toda la burguesía... se somete al lumpen-proletariado...» ¿No está acaso esto en flagrante pugna con los fundamentos del marxismo-leninismo y con la tesis fundamental del XII Pleno del C. E. de la I. C. sobre el fin de la parcial estabilización del capitalismo? el «gleichschaltung» (nivelación) fascista, que el gobierno de los nacionalsocialistas está aplicando con todo rigor, preparando una furiosa ofensiva, con la ayuda de un aparato central, contra el nivel de vida de las masas trabajadoras, la franca dictadura de los Tiessen y de los Krupp, la reconstrucción febril de las organizaciones nacionalsocialistas, con el fin de un franco armamento de la dictadura de la burguesía—todo esto, a juicio del «izquierdista» camarada Gertsen, no es nada más que una «sumisión» enmascarada de toda la burguesía al lumpen-proletariado. ¿Qué perspectiva revolucionaria precisa para la lucha proletaria contra el fascismo: Hitler y Goering, Tiessen y Schacht, el Kronprinz e Hindenburg, se han «sometido al lumpen-proletariado»? ¿En beneficio de quién, sino de los nacionalsocialistas, si no de los socialdemócratas irá esta bruma oportunista? Ninguna ayuda prestará al camarada Gertsen la afirmación de que se debe entender por lumpen-proletariado «una parte de la pequeña burguesía», afirmación antimarxista, antileninista, que se enlaza *prácticamente* con las teorías de Talheimer y Trotzky sobre el fascismo como dictadura de la pequeña burguesía.

Tanto de uno como de otro sector del gran frente de lucha del proletariado alemán y de toda la clase obrera internacional contra el fascismo, desertan arrastrándose figuras aisladas de fugitivos, que se han perdido en su calidad de combatientes bolcheviques con el estigma del oportunismo en la frente, intentando disimular su fuga con gritos en la retaguardia de la «traición en el frente». A ellos se refería Lenin cuando decía que «no saben entender las perspectivas históricas, que están aplastados por la rutina del capitalismo, aturcidos por el potente desplomamiento de lo viejo, por el crugido, el ruido, el «caos» (caos aparente) de los seculares edificios del zarismo y de la burguesía que se están desplomando y precipitándose al abismo. (Lenin: «Las asustados por la bancarrota de lo viejo y los que luchan por lo nuevo».) Son ellos los que intentan imponer la discusión frente al cruel enemigo que ataca en todo el frente. Son ellos los que, hallándose en la lejana retaguardia; ocupados en disertaciones doctorales sobre el daño del tabaco para el fascismo, insinúan, mienten y calumnian al Partido Comunista y *descifran*, mediante falsificaciones históricas, que se denominan ensayos objetivos científico-históricos, el sentido de la «sustitución del sistema» como «un periodo de reacción», que no debe, entre paréntesis, asustar a nadie, pues «tras el 18 de Brumario de Luis Bonaparte, llegó la Comuna de París, y después de la derrota de 1905, vino el 1917». Y esto, claro está, se llama perspectiva revolucionaria... Lo notable es, que estos ensayos histórico-«revolucionarios» constituyen la ocupación favorita del órgano emigrado socialdemócrata «El Nuevo *Worwaerts*». Digamos de paso, que en vano ese órgano va omitiendo todos los pasajes del «18 del Brumario» de Marx, que constituyen una bofetada sonora a todos los «héroes del orden». Desde Bauer a Kautsky, desde Talheimer hasta Trotzky, que envuelven sus traiciones con un alto velo de «teorización científica», hasta los «pequeños» del oportuno mismo al estilo de cierto doctor en ciencias agrícolas, Kemper, con carnet del Partido en el bolsillo, sigue como una

correa de transmisión *el contrabando socialfascista* acerca del «bonapartismo triunfante», acerca de la «época de reacción», acerca de los «errores del Partido Comunista», acerca del «frente único del campo realizado por los fascistas bajo la dirección de los junkers».

La «filosofía de la historia» de los Kamper y sus partidarios, consistió en la simple repetición de los viejos motivos del socialfascista Otto Bauer, de que el fascismo (que es al mismo tiempo bonapartismo), es la sublevación de la pequeña burguesía y, sobre todo, de los campesinos, contra la república burguesa. «Los fascistas han logrado, valiéndose de frases nacionalistas y de promesas demagógicas, ahogar el estado de espíritu anticapitalista (?) de las masas campesinas y su odio contra el sistema de Versalles y la república de Weimar». Ésta es la tesis del doctor Kamper. «La esencia del fascismo es que distintas clases sueñan por causas opuestas con la dictadura». Los unos odian la república, porque es república, los otros, porque es una república burguesa. Esta es la tesis del doctor Bauer. Las almas afines de los doctores se encuentran en la bruma del contrabando socialfascista. Así sigue esta cadenita, desde la teoría «archi-izquierdista» de Gerzen sobre la «substitución del sistema» hasta las teorías profundamente pesimistas y derrotistas de los Kemper sobre la «masa reaccionaria única» del campo y hasta las teorías contrarrevolucionarias antisoviéticas del socialfascista Otto Bauer, el cual identifica la dictadura del proletariado con la dictadura del fascismo.

Pero, esto no es aun todo. La crítica de los oportunistas descansa sobre tres tiburones. El segundo y el tercero de los tiburones consisten en el análisis de los «errores» del Partido Comunista y en la afirmación de los «pequeños asuntos», los cuales, según dicho doctor, son los únicos que pueden derribar en nuestra época de reacción al fascismo alemán. La tarea consiste, declaran ellos, en concentrar *toda* la atención, y *todas* las fuerzas revolucionarias de la vanguardia comunista, ahora sólo en demostrar cotidianamente a toda hora, a las masas, que los fascistas las engañan. Los oportunistas ni siquiera sospechan (¿cuándo hay tiempo de sospechar «en la época de la reacción»?) que el P. C. A. tiene por tarea estratégica *inmediata* la organización del derrocamiento revolucionario de la dictadura fascista sobre la base del encabezamiento cotidiano de la lucha económica y política del proletariado, y que únicamente en este sentido puede y debe estar planteada para los comunistas la cuestión del sistemático y perseverante desenmascaramiento de las promesas engañosas de los fascistas.

«Es preciso asirse de la desilusión de las intensas esperanzas. Debemos con toda la fuerza tender a transformar esta desilusión en actividad revolucionaria.»

Esto es lo que dice la circular bolchevique del C. C. del P. C. A. sobre la labor en el campo.

Y más adelante:

«Se debe destacar en el centro de nuestra propaganda, la demostración de la salida revolucionaria, de todos nuestros objetivos finales, subrayando singularmente el programa inmediato que debe ser realizado por el gobierno obrero y campesino.»

Estos brandleristas modernizados, a buen seguro ni siquiera sospechan que Lenin iba desenmascarando en el transcurso de largas décadas, implacablemente y con fuerza insuperable, a todos los antecesores y progenitores de ese doctor, en la persona de los «economistas», liquidadores reformistas y todos los otros oportunistas. Refiriéndose a ellos y a sus partidarios, Lenin decía:

«El filisteo se conforma con la verdad indiscutible, sagrada y huera, de que es imposible llamar hacia adelante, de si habrá o no revolución. El marxista no se conforma con esto; él dice: nuestra propaganda y la propaganda de todos los obreros socialdemócratas entra *como uno de los determinantes* del hecho de si habrá o no revolución... Si habrá o no revolución, no depende solamente de nosotros. Pero nosotros haremos *nuestra* obra y esta obra jamás se perderá.

»En cambio, los que preconizan *ante las masas* su escepticismo vulgar,

intelectualista, bundista—trotskista: «no se sabe si habrá o no revolución, pero «en la orden del día» están las reformas»—, éstas, *ya ahora*, corrompen las masas, preconizan ante las masas utopías liberales» (Lenin: «La plataforma de los reformistas y la plataforma de los socialdemócratas revolucionarios», 1912).

Los neo-brandlerianos y sus partidarios están preconizando ahora utopías liberales a las masas trabajadoras de Alemania, desarmando con ello a la clase obrera en su lucha revolucionaria contra el fascismo. El Partido Comunista de Alemania tiene planteada *en la orden del día la cuestión de llamarlos a todos*—sea cual fuere la bandera; de derecha o de «izquierda», bajo la cual se manifiestan—*al orden*. Cuando más cercanas están las contiendas entre el proletariado y la dictadura de la burguesía, cuando más grave es el ambiente de lucha del proletariado revolucionario y su vanguardia comunista, tanto mayor debe ser el fuego contra el oportunismo... *Esta había sido, es y sigue siendo la ley fundamental del desarrollo del bolchevismo en el camino hacia el triunfo de la revolución proletaria.*

LO STATO OPERAIO

Rassegna di politica proletaria
del Partito Comunista d'Italia

ESCE MENSILMENTE

PREZZO DI ABBONAMENTO:

Per un anno	Fcs. 40,—
Per sei mesi	» 20,—

RIVOLGERSI:

STATO OPERAIO. - 132. Faubourg St. Denis. - PARIS X

Una nueva forma de luchas huelguísticas

EN su informe al XII Pleno del C. E. de la I. C. el camarada Kusinen definió como sigue la lucha huelguista del período más reciente:

«Lo que caracteriza el movimiento huelguista en la mayor parte de los países en los momentos actuales, es la aparición de *nuevas formas* (subrayado por nosotros) de combate, métodos de lucha que cada vez se hacen más acerados y sus formas más revolucionarias; huelgas económicas que se transforman en verdaderas batallas revolucionarias.»

Entre las nuevas formas de la lucha huelguista, la parte de las huelgas con ocupación de fábricas (huelgas durante las cuales no abandonan las fábricas en días y hasta en semanas enteras), ha aumentado considerablemente en numerosos países en el período que acaba de transcurrir. Esta forma nueva y particular de huelga ha sido ampliamente aplicada en este año en Japón, China, Rumania, Checoslovaquia, España y sobre todo Polonia. *La huelga con ocupación de la fábrica es en los momentos actuales un hecho de orden internacional.* La experiencia polaca ha sido felizmente puesta en práctica en Rumania. Puede y debe ciertamente ser utilizada también en otros países en la medida en que se den las condiciones necesarias.

Las huelgas acompañadas de ocupación de la fábrica han sido realizadas espontáneamente por las masas durante la lucha, en período de aguda intensificación del movimiento huelguista, sobre el terreno de una acentuación de la lucha de clases y en medio de las dificultades crecientes con las cuales tropieza la lucha huelguista a causa de la agravación del paro, del terror y del fascismo. La ocupación de la fábrica durante la huelga constituye una *medida complementaria* de lucha contra el patrono. Al aplicar esta forma más acentuada de huelga, los huelguistas y nuestras organizaciones se esfuerzan por privar al patrono de la posibilidad de emplear amarillos, por obligarle a entrar en conversaciones y a hacer más rápidamente concesiones a los obreros por temor a un deterioro de las máquinas y de los daños materiales que pudieran resultar de la residencia de los obreros en la fábrica; por impedir todo despido y el cierre de la fábrica, por influenciar con la ocupación de la fábrica a las masas obreras y suscitar un movimiento de solidaridad en favor de los huelguistas.

Las huelgas acompañadas de ocupación de las fábricas estallan principalmente contra el despido de obreros, el cierre de la empresa, la inundación de los pozos por los propietarios de la mina, etc. Sin embargo, en estos últimos tiempos, se han multiplicado los casos de huelgas de este género provocadas por las retenciones de salarios (fábrica de Widzewska, en Lodz), de la reducción de los jornales (ferroviarios de Jassy, etc) sobre la base de la reivindicación de salarios más elevados (huelga de marinos japoneses de la compañía Amegasaki, etc.). Además, en algunos casos, en Rumania por ejemplo, las reivindicaciones económicas se combinan con reivindicaciones políticas. A veces los huelguistas ocupan las fábricas para arrastrar a la lucha a los obreros disconformes con la huelga (fábrica de productos químicos Asahi Su-redo, en el Japón).

En muchos casos estas huelgas, que dan lugar a una amplia actividad de las masas obreras, han terminado con la victoria de los obreros.

Las huelgas acompañadas de ocupación de la fábrica revisten, según las condiciones vitales, una manera como la huelga esté dirigida, las formas más diversas. Es cierto que en algunos casos los obre-

ros, queriendo influir a la opinión pública declaran, además, la huelga del hambre, pero no manifiestan la actividad necesaria, se limitan a no abandonar la fábrica y a no tomar ningún alimento, lo que a veces no tiene más resultados que un completo agotamiento de su organismo. Pero no son estos los casos típicos. Lo más frecuente, *las huelgas acompañadas de ocupación de fábricas, sin huelga de hambre, contribuyen al despliegue de una gran actividad que arrastra a la lucha a las familias de los huelguistas y de los obreros de otras fábricas, terminan a veces con combates de barricadas entre los huelguistas, los parados y la policía, que frecuentemente interviene en la huelga para desalojar por la fuerza a los huelguistas.*

En algunos países hallamos ejemplos bien claros de aplicación revolucionaria de la huelga con ocupación de la fábrica. En Polonia, la huelga de los obreros de la fábrica textil Kruch y Ender, en Pabjanice, fué acompañada de un combate de nueve horas entre los huelguistas refugiados en barricadas y la policía. Los obreros se atrincheraron en la fábrica, hicieron uso de piedras, de barras de hierro, de ácido clorhídrico, de bombas de incendio y, por su lucha llena de abnegación, suscitaron un movimiento de solidaridad de los obreros de otras fábricas (huelgas, manifestaciones, colisiones sangrientas con la policía).

Huelgas resueltamente conducidas y acompañadas de ocupación de fábricas, han tenido lugar en la fábrica «Hortensia» de Petrokov, en las fábricas Widzewska y Schlosser en Lodz, así como en la fábrica de teléfonos del Estado en Varsovia, donde murieron cuatro obreros y hubo un gran número de heridos durante el choque con la policía y la tropa.

En Rumania, las huelgas de ferroviarios de Jassy, Bucarest, Cluj, pusieron en movimiento enormes masas de obreros y fueron acompañadas de manifestaciones de masas en las calles y de barricadas que duraron veinticuatro horas en Bucarest. Las autoridades tuvieron que recurrir no solamente a las ametralladoras, sino a los cañones, porque no hubiera sido posible de otro modo tomar la «ciudadela» donde los obreros se habían atrincherado.

En el Japón, durante la célebre huelga del metropolitano de Tokio, los huelguistas ocuparon la vía estrecha en el túnel y se atrincheraron tras de los vagones del tren. Cerraron la entrada del túnel por medio de alambres e hicieron pasar por ellos una corriente de alta tensión. Después de cuatro días de huelga los obreros obtuvieron una completa victoria.

Podrían multiplicarse estos ejemplos de una lucha huelguista heroica acompañada de la ocupación de fábricas.

Las huelgas con ocupación de fábricas provocaron el entusiasmo de las masas trabajadoras de la ciudad entera, que frecuentemente afluyen hacia la fábrica ocupada por los huelguistas, organizan manifestaciones enérgicas de solidaridad a las puertas de la fábrica, etc. Estallan frecuentemente huelgas de solidaridad. Este fué el caso de la huelga en la fábrica Kruch y Ender en Pabjanice, en la fábrica de papel de Czenstochowa, en Polonia, en la fábrica de yute de Godó, en España, etc. La lucha de los ferroviarios en Rumania que fué acompañada de la ocupación de los talleres de ferrocarril y de combates de barricadas, merecen una atención especial. Esta lucha huelguista ha despertado las capas más atrasadas y más humilladas de trabajadores. Ha acelerado la maduración de acciones resueltas de otros destacamentos proletarios. Ha fecundado todo el movimiento revolucionario con nuevas formas y métodos de lucha de masa, aplicadas por primera vez en Rumania, incluso hasta los elementos de una franca guerra civil (fraternización con la tropa, utilización de la corriente eléctrica en el curso de los combates de barricadas, agua hirviendo de las calderas de las fábricas vertida sobre los gendarmes y la tropa, etc.).

Por otra parte, en presencia de los reformistas y de otros elementos no revolucionarios en el curso de algunas huelgas, aparecieron nuevos métodos pasivos de lucha: después de la ocupación de la fábrica los huelguistas declaran la huelga del hambre. Estas huelgas no sólo no contribuyen a la organización de la lucha y debilitan la voluntad de la lucha de los huelguistas, sino que dificultan además la aplicación de los métodos activos de lucha, im-

piden arrastrar a la huelga a los obreros de otras fábricas, organizar manifestaciones, etc. Por más que de una manera general las acciones huelguistas que van acompañadas de huelgas del hambre no sean ampliamente empleadas, manifiestan, sin embargo, desde hace algún tiempo una tendencia a desarrollarse en algunos países (Checoslovaquia). En Polonia se organizaron huelgas con formas pasivas de lucha, con huelgas del hambre, en una empresa minera, para protestar contra la inundación de los pozos Mortimer y Klimentov. Gracias a la actitud de la oposición sindical, la huelga del hambre cesó al tercer día. También tuvieron lugar huelgas del hambre en la fábrica de papel Czenstochow, en la fábrica textil Satam, entre los empleados municipales de Varsovia y Grodno, etc. En Checoslovaquia se organizaron huelgas del hambre en los pozos mineros de Ostrov y de Korvin; en el Japón en la fábrica metalúrgica Nijon Korne en Osaka, en los pozos Takao Fukuoka, en las oficinas de los establecimientos Wissvigumi en Kove, etc. En China, entre los maestros y empleados de las escuelas de Beipin, etc.

Estas formas del movimiento huelguista, acompañadas de huelgas del hambre e implicando elementos de pasividad, no son características ni típicas de la nueva forma huelguista que se traducen por la ocupación de las fábricas. El Partido Comunista y los sindicatos deben tomar las medidas necesarias para evitar la aplicación de estas formas de huelga. Nuestra actitud ante las huelgas con ocupación de la fábrica debe ser muy diferente.

Estas huelgas son la expresión de una actividad acrecentada, de una creciente iniciativa de las masas trabajadoras, en medio de antagonismos de clase acentuados extraordinariamente. De aquí resulta que incluso estas huelgas del hambre provocan a veces un amplio movimiento alrededor de la fábrica en lucha, movimiento en el que toman parte no solamente las mujeres de los huelguistas, sino también los obreros de las empresas vecinas. Así, durante la huelga del hambre en la fábrica de Czenstochowa los obreros de dos fábricas vecinas «Warsza» y «Stradom» abandonaron demostrativamente el trabajo y se dirigieron a la fábrica de papel. Durante las huelgas del hambre en las minas de Klimentov y Mortimer, los obreros de otros seis pozos declararon una huelga de solidaridad durante veinticuatro horas, a iniciativa del Partido Comunista. Esto demuestra que incluso formas de huelga como la ocupación de las fábricas seguida de huelgas del hambre pueden, a condición de una justa actitud de los partidos comunistas, transformarse en el punto de partida de una lucha más activa de las masas obreras.

Esta es también la explicación de la alarma lanzada por la prensa de la gran burguesía sobre las huelgas con ocupación de fábricas. Esta prensa reclama insistentemente del poder central energías medidas contra tal «arbitrariedad». En algunos países, como Polonia y Japón, los jefes socialdemócratas y a veces incluso los sacerdotes de diferentes cultos, como no están en condiciones de desviar de la lucha a las masas obreras, se esfuerzan por impedir su lucha activa simulando sostener las acciones huelguistas acompañadas de huelgas del hambre, en tanto que las formas más pasivas de lucha, y se consagran a demostrar la legitimidad jurídica, la legalidad de esta forma del movimiento huelguista. Pero, a pesar de estos argumentos, el periódico polaco *Ikz*, ligado a las esferas gubernamentales, escribe el 23 de mayo que la posición del gobierno en esta cuestión es diferente; el gobierno ha llegado a la conclusión de que «toda ocupación de fábricas constituye una violación del orden, tanto si los obreros permanecen pasivos como si se permiten manifestaciones activas en el territorio ocupado». Este diario burgués polaco afirma, como lo hacen también los socialdemócratas checoslovacos, que la forma de lucha en cuestión es el resultado de la «agitación de los comunistas y de los revolucionarios». El periódico participa enteramente del punto de vista de los medios gubernamentales, es decir, que «el período actual de crisis es demasiado penoso y las preocupaciones que se desprenden de la vida misma demasiado complicadas para que podamos, a la ligera, crear nuevas dificultades y nuevas inquietudes».

Vemos que en varios casos, en Polonia como en otros países, el gobierno recurre a las medidas extremas en la lucha contra los huelguistas atrinche-

rados en las fábricas, sin que estas medidas den los resultados deseados por las autoridades, en las condiciones de un desarrollo general del movimiento huelguista.

De aquí se sigue que los partidos comunistas deben incluir en el arsenal de sus métodos de lucha, esta nueva forma de huelgas con ocupación de la fábrica, pero sin huelga del hambre, y dirigir el impulso de las masas obreras que aspiran a tales acciones. Al organizar éstas deben extender la lucha huelguista a otras empresas, desencadenando en ellas huelgas de solidaridad y utilizar la fábrica ocupada para mítines de masa que servirán de puntos de partida para la organización de manifestaciones de masas en las calles, etcétera. Al combinar hábilmente la lucha de los huelguistas que hayan ocupado la fábrica, con otras huelgas y con la lucha en la calle, los comunistas que tomen la dirección de la huelga en la fábrica ocupada, deben recordar constantemente que el centro de gravedad debe consistir en una acentuación y una ampliación de la lucha. En todos los casos en que la ocupación de fábricas pueda transformarse en el punto de partida de la extensión de la lucha a otras fábricas y de la organización de manifestaciones de calle, en el caso, por ejemplo, de despido de obreros, de amenazas de cierre de la empresa o de lock-out, de huelgas en las empresas a las cuales las municipalidades del Estado burgués conceden un interés especial, y en las que en caso de huelga recurre inmediatamente a los amarillos y a la tropa, los partidos comunistas deben tomar la iniciativa de la organización de huelgas combinadas con la ocupación de fábricas. Sin embargo, hay que guardarse de una ocupación *vanguardista* de las fábricas, si esta forma de lucha no es sostenida por las masas. Tal fué el caso, por ejemplo, de la huelga de la fábrica de seda artificial «Asahi Seito» en el Japón, donde a pesar de la fatiga que se había apoderado de los huelguistas por una huelga prolongada, veinte de los mejores activistas, a propuesta de la O. S. R., ocuparon la fábrica y fueron inmediatamente detenidos por la policía. A causa de esto, la huelga, privada de su foco activo dirigente, fracasó. Las huelgas con ocupación de fábricas desencadenadas a iniciativa nuestra, deben ser preparadas tan minuciosamente como cualquier otra huelga.

En los casos en los que no se puede contar con transformar la huelga con ocupación de fábrica, en una lucha más amplia, en la que falten las condiciones necesarias para el empleo contra los patronos de un arma más acerada y en que la ocupación de la fábrica puede conducir a un aislamiento de los huelguistas (en el fondo de la mina, por ejemplo), el Partido debe explicar a las masas que en tales condiciones es inoportuno ocupar la fábrica. Y entonces debe recurrir a otras formas de lucha, según las condiciones concretas (para los mineros, por ejemplo la ocupación de los patios y edificios que se hallan en la superficie de la mina).

En caso de organización de una huelga general, la ocupación de la fábrica, en cada caso determinado, debe estar subordinada a la línea fundamental del partido tendiente a ampliar el frente de la lucha huelguista. Solamente en casos excepcionales podrán los huelguistas residir en la fábrica con el solo fin de no dejar penetrar a los amarillos (por ejemplo, en los servicios municipales más importantes: centrales eléctricas, fábricas de gas, etc.).

Para que las huelgas de solidaridad con los huelguistas que hayan ocupado una fábrica tengan el máximo de eficacia, los obreros que manifiesten su solidaridad no deben residir en su propia fábrica; es preciso, por el contrario, incitarlos a descender a la calle, a manifestar en el barrio donde se encuentra la fábrica ocupada por los huelguistas, etc.

En algunos países (España, Italia), una parte de los obreros despedidos o de los parados hace a veces irrupción en la fábrica donde estuvieron empleados y se ponen a trabajar, exigiendo en seguida ser pagados. Se podría obtener mejor resultado combinando la reanudación del trabajo por propia decisión de los obreros despedidos, con una huelga de solidaridad de los obreros no despedidos y reclamando al mismo tiempo la reintegración de los trabajadores despedidos. Frecuentemente podrá ser útil durante la declaración de una huelga de esa clase la ocupación de la fábrica.

En China, las huelgas con ocupación de las fábricas dan lugar a veces a la aplicación de formas primitivas de lucha, como la destrucción de las máquinas. Nuestra tarea consiste en explicar que estas formas de lucha son aplicadas por los obreros más atrasados, empujados a la desesperación por una explotación inaudita y que su acción debe ser llevada a un nivel más elevado de lucha huelguista.

Los comunistas y la O. S. R. deben levantarse resueltamente contra las tendencias a la pasividad, que se han traducido en huelgas del hambre terminadas a veces en un completo agotamiento físico de los huelguistas que les ponía en condiciones de no poder continuar la lucha. Es preciso explicar a las masas la inoportunidad y hasta el peligro de tales métodos de lucha.

Es innecesario decir que en el caso de que a pesar de todas las medidas del partido comunista y de los sindicatos rojos para desviar a los obreros de la huelga del hambre, llegara a ser declarada, hay que sostenerla a la vez que se esfuerzan por hacerla cesar y por imprimirle un carácter activo, de lucha, como ocurrió en Polonia en los pozos Mortimer y Klimentow. Los partidos comunistas no deben tampoco dejar a los huelguistas residir demasiado tiempo en la fábrica ocupada, si no hay al mismo tiempo movilización de los obreros en las otras empresas y si esto conduce al agotamiento de los huelguistas. Los comunistas deben esforzarse por «reemplazar una forma de lucha por otra, tendiendo constantemente a llevar la lucha a un nivel más elevado» (Lenin). Cuando no se puede esperar una salida favorable de la lucha, es preciso, como para cualquier otra forma de lucha, escoger el momento favorable para terminarla de una manera organizada, con un máximo de efecto para los huelguistas.

Es cierto que es necesario levantarse contra la concepción que hace de la huelga con ocupación de la fábrica una forma «inferior» de lucha huelguista. Es absolutamente cierto que algunas huelgas con ocupación de las empresas, como, por ejemplo, las huelgas de ferroviarios de Rumanía, las numerosas huelgas combativas en Polonia y en otros países, son una forma no inferior, sino agudizada, de la lucha huelguista. Pero es preciso combatir paralelamente la tendencia a idealizar toda huelga acompañada de ocupación de la fábrica, cualesquiera que sean su forma y las condiciones en que se desarrolle, proclamándola forma superior de la lucha huelguista. Hay que rechazar resueltamente determinadas concepciones perjudiciales observadas en algunos comunistas checoslovacos que hacen de la huelga del hambre una forma nueva, más elevada, más heroica, de la lucha. El partido debe también explicar todo lo erróneo que es pensar que quedándose en el fondo de la mina, los huelguistas crean condiciones más favorables para su lucha contra el poder del Estado.

Es necesario también explicar que en la fase actual del desarrollo del movimiento revolucionario, las huelgas acompañadas de ocupación de las empresas, aun representando de una manera general y a condición de ir combinadas con otras formas de lucha, una forma más acerada de acción huelguista, están todavía lejos de las ocupaciones de fábricas que tuvieron lugar en Italia en 1920 y que hubieran podido transformarse en una insurrección armada si hubiera habido un partido comunista suficientemente fuerte. La consigna de control de la producción no puede ser lanzada más que en presencia de una situación revolucionaria, cuando se plantea la cuestión de la lucha directa por el poder.

Los esfuerzos de los socialfascistas y de los fascistas que tienden a prevenir las huelgas y cuando a pesar de todo estallan a darles un carácter de los más pasivos, de los más tranquilos, no amenazan en nada al régimen burgués. Los comunistas tienen por tarea intensificar la actividad de las masas obreras durante las huelgas acompañadas de la ocupación de fábricas y hace de estas huelgas una verdadera arma de la lucha revolucionaria.

El impulso y la importancia de las huelgas acompañadas de ocupación de las fábricas dependen ante todo de una dirección justa de parte del P. C., del máximo de actividad de las organizaciones comunistas y de la O. S. R. El principal peligro en estas huelgas, como en cualquier forma de huelga, reside

en la tendencia a abandonar las cosas a sí mismas, en esperar que estas huelgas se transformen por sí mismas en el punto de partida del desenvolvimiento futuro de la lucha fuera de la fábrica ocupada, en considerar la estancia de los huelguistas en la fábrica como un fin en sí.

Teniendo en cuenta las condiciones especiales de la huelga con ocupación de las fábricas, es preciso en la fase preparatoria de esa huelga y con mayor razón cuando ha comenzado ya, consagrar el máximo de las fuerzas a la organización de la ayuda a los huelguistas.

En las huelgas con ocupación de fábricas, como lo ha probado la experiencia polaca, no deben permanecer todos los obreros en la fábrica. El Partido y la O. S. R. deben hacer de suerte que una parte de militantes activos de la fábrica y del comité de huelga sea designada para movilizar la ayuda fuera.

En la fábrica ocupada deberá elegirse un comité de dirección combativo, bajo el signo del frente único en la base, asegurando la participación de las mujeres y de los jóvenes. Deberá crearse una amplia autodefensa obrera que organice la resistencia a los ataques de la policía, como lo hicieron los ferroviarios rumanos, los obreros de la fábrica «Hortensia» de Polonia, los de la fábrica «Tsjon Celluloid» en el Japón, etc. Además de las manifestaciones de calle, es preciso también organizar, en el patio de la fábrica ocupada, manifestaciones tumultuosas con cantos revolucionarios, enarbolar banderas rojas, etcétera. Es preciso esforzarse por organizar el socorro mutuo entre los huelguistas, es decir, ayudar a los obreros que no reciban nada de su casa.

Hay que utilizar la estancia de los obreros en la fábrica para desarrollar hasta el máximo su conciencia política, por medio de charlas, de un periódico mural, como ocurrió en la huelga del Metropolitano de Tokio, y para consolidar orgánicamente el Partido y la O. S. R.

La estrategia revolucionaria consiste en saber combinar las diferentes formas de la lucha revolucionaria de las masas trabajadoras. El partido comunista debe desarrollar el máximo de esfuerzos para ampliar el frente del movimiento huelguista, centralizar las huelgas aisladas, reforzar las manifestaciones de masas de los obreros ocupados y de los parados, estudiando y aplicando a este efecto la experiencia de los demás países y esforzarse por llevar esta lucha a un nivel político más elevado.



Nueva victoria del régimen coljosista en la U. R. S. S.

LA primavera del año 1933 trajo al régimen coljosista la victoria definitiva sobre la forma individual de la economía. Las economías socialistas, coljoses y sovjoses, que sembraron en la primavera del año 1933 el 85 % de toda la superficie de siembra, sobrepasaron sus planes: las sovjoses, el 9'6 %; las coljoses, el 2 %. Las coljoses aumentaron en la primavera del año 1933 el área sembrada en comparación con la primavera de 1932, en casi 1.800 hectáreas. El total de la superficie sembrada por empresas socialistas aumentó considerablemente en comparación con el año pasado. En el otoño de 1932, las sovjoses y coljoses sembraron el 76 % de toda la superficie, y en la primavera de 1933, el 85 %.

Sin embargo, lo decisivo para la victoria definitiva del régimen coljosista sobre la forma individual de la economía en la U.R.S.S., no es tanto el aumento de la superficie sembrada por las economías socialistas como el enorme ascenso de la productividad del trabajo coljosista, y como resultado de esto, el ascenso de la fertilidad. El año 1933 es el año en el cual las coljoses han dado exponentes de alta calidad de la producción agrícola, y en cuyo resultado los campos de las coljoses tienen ya en este año una abundante cosecha.

Las coljoses demostraron, desde el primer momento de su desarrollo, todas sus ventajas como grandes empresas agrícolas socialistas. La forma coljosista de la economía, incluso sobre la base de la técnica heredada en parte de la pequeña economía campesina individual, daba la posibilidad de ampliar bastante la superficie de cultivo. Pero armadas de la técnica agrícola más moderna, las coljoses obtuvieron la posibilidad de ampliar aún más su superficie de cultivo. Como resultado de los últimos cuatro años, la superficie sembrada en la U.R.S.S. ha llegado a 21 millones de hectáreas. Y esto ocurre en el momento en que, en los mismos cuatro años, productores tan grandes como los Estados Unidos, Canadá y los países agrarios de Europa disminuyeron su superficie a 9-10 %, y en el último tiempo declararon una brusca disminución de la superficie sembrada, como panacea para vencer la crisis agraria.

La ampliación de la superficie sembrada era la tarea de la primera etapa del ascenso de la economía agrícola socialista de la U.R.S.S. En el otoño de 1932, esta tarea fué resuelta en lo fundamental por las sovjoses y coljoses. Con esto, las nuevas empresas agrícolas socialistas demostraron las enormes posibilidades que poseen para la organización de una ampliada producción socialista en el dominio de la economía agrícola.

Ante las sovjoses y coljoses hay una nueva tarea: la elevación de la productividad del suelo. Este viraje hacia nuevas tareas en la lucha por el aumento de la fertilidad como tarea principal y central en el dominio de la economía agrícola, coincide con la tentativa de los kulaks de organizar un sabotaje contrarrevolucionario del almacenaje estatal de trigo en el Cáucaso del norte y en el sur de Ucrania, sabotaje con cuya ayuda los kulaks intentaron poner en pugna al campesinado coljosista con el Estado proletario. Elementos kulaks de la aldea luchan contra las coljoses desde el principio mis-

mo de su organización. Esta lucha cambia sus formas conforme se modifica la correlación de fuerzas de clase en el campo. Cuando empezó a desarrollarse en el campo un poderoso movimiento coljosista, el kulak se manifestaba abiertamente contra los coljoses, empleando contra ellas una acción directa, los prejuicios religiosos de los campesinos y el terror kulak contra los organizadores y dirigentes de las coljoses. Teniendo en cuenta la gran autoridad del poder soviético en el campo, el kulak se presentaba incluso como partidario del poder soviético... pero sin coljos. «Por el poder soviético, pero sin coljoses»: tal fué la consigna de los kulaks en su lucha contra las coljoses, en el primer período del movimiento coljosista. Pero cuando las coljoses se habían consolidado en el campo y las fuerzas de los kulaks eran derrotadas en la lucha abierta, cuando los kulaks como clase eran liquidados en las regiones principales de la U.R.S.S. y el régimen coljosista había triunfado, entonces el kulak cambió su táctica de lucha. En vez de un ataque abierto, el enemigo pasó a las tentativas de minar las coljoses desde su interior. En las coljoses penetraron kulaks, guardias blancos y contrarrevolucionarios, que se apoderan de los puestos dirigentes y desde allí sabotean, deteriorando los nuevos tractores, robando el pan de los coljos, etc. Intentan excitar los vestigios pequeño-burgueses de los coljosistas—que todavía ayer eran pequeños propietarios—para apartar al coljosista del trabajo colectivo hacia la propia parte de su economía y con esto destruir la disciplina del trabajo, malograr el ascenso de la productividad del trabajo coljosista y el ascenso de la fertilidad de los campos de las coljoses. Al mismo tiempo, dirigen todas sus fuerzas a poner en pugna los coljosistas con el Estado proletario, sabotando los planes estatales del almacenaje de cereales de la siembra. El sabotaje de los kulaks en el almacenaje de cereales en el año 1932, fué aniquilado.

La siembra en la primavera del año 1933 tuvo lugar después de vencer los restos del sabotaje de los kulaks que inspiraba en los enemigos del poder soviético, enemigos del proletariado, la esperanza que los elementos kulakistas, en las nuevas condiciones, podrían organizar una «huelga de siembra» para malograr la lucha por la elevación de la producción en las sovjoses y coljoses. Sin embargo, fueron también vencidos.

Lo más notable que trajo consigo el año 1932, es el viraje en la masa coljosista en relación con el trabajo. El coljosista—antiguo propietario privado—trajo a las coljós costumbres pequeño-burguesas en relación con el trabajo colectivo, que se caracterizan mejor que todo con el proverbio de la mala época pasada: «Cada uno para sí y Dios para todos». Con tales vestigios pequeño-burgueses en el trabajo social, ligaron sus esperanzas los enemigos del régimen coljosista. «El campesino, acostumbrado al estímulo de la propiedad privada, no trabajará en las coljós, con lo que hará inevitable la disminución de su producción y por tanto de la economía agrícola de la U.R.S.S.». Tal es el argumento esencial de la crítica burguesa y socialfascista contra el colectivismo. Y esta teoría la pusieron en práctica los kulaks basando su labor perjudicial de disminución de la productividad del trabajo coljosista apoyados en la psicología de propietario privado del coljosista y tratando de descomponer la disciplina del trabajo.

El resultado de la siembra de la primavera de 1933 está asestando un golpe destructor también a la teoría burguesa de la caída de la producción en las coljoses y al trabajo de zapa de los kulaks. Este golpe está originado por el viraje organizado por el partido en la masa coljosista, en relación con el trabajo social. Un papel enorme en la organización de este viraje desempeñó el Congreso pansoviético de los coljosistas «udarniks» y el discurso del camarada Stalin en este Congreso, en el cual lanzó la consigna histórica: «Convertir a todos los coljosistas, antiguos campesinos pobres y medios, en acomodados». Ante los antiguos campesinos pobres acostumbrados a doblar la espina durante decenas de años en la servidumbre de los kulaks, ante los antiguos campesinos medios, que veían antes la vida acomodada solamente en la economía de los kulaks, vida acomodada basada en la explotación, se elevó la perspectiva desconocida e imposible en otras condiciones sociales de alcanzar con su propia fuerza sobre la base de un trabajo únicamente propio

organizado colectivamente, una vida acomodada. Esta perspectiva abrió al mismo tiempo los ojos del coljosista para que viese el enemigo que obstaculiza el camino hacia la vida acomodada, le abrió los ojos para que viese que este enemigo es el kulak y su séquito: el ladrón, el holgazán y el farsante, los cuales robaron el año pasado la cosecha y fueron los culpables de las dificultades que tuvieron que sufrir el invierno pasado algunos coljosistas. Sobre esta base, después del Congreso de los coljosistas udarniks, se desarrolló una amplia ola de autodepuración de los coljosos, de los kulaks, holgazanes y ladrones, lo que significa una enorme victoria del Partido en la destrucción de la influencia kulak en la coljos. En efecto, hace cuatro o cinco años, el kulak era en el campo aún una cierta fuerza económica. Su economía era una base de producción y en ella basaba su influencia sobre los campesinos, sobre la pequeña burguesía rural. Después de que, con la potente ola de una continua colectivización, los kulaks fueron liquidados como clase en las principales regiones de la U.R.S.S., esta base de producción les fué arrebatada. Ahora, con la victoria del régimen coljosista, la influencia de los kulaks tiene ya otra base. Ahora pretenden minar el trabajo en las coljosos, utilizando los restos de actitud pequeñoburguesa frente al trabajo de los coljosistas. Por eso, el viraje de la masa coljosista con respecto al trabajo, es una gran victoria política del Partido y de la clase obrera en la U.R.S.S.

A la vez que la autodepuración de los coljosos, se desarrolló en ellos la emulación socialista y el trabajo de choque. La idea leninista de la emulación penetró en el interior del campesino coljosista y ocasionó el ascenso de la disciplina y de la productividad del trabajo en las coljosos. Si todavía el año pasado se podía observar con frecuencia la pasividad del coljosista frente a sus obligaciones, ante todo frente a la salida al trabajo a tiempo, en este año estos fenómenos son mucho menos frecuentes. Aun más. Por primera vez, este año no se interrumpió el trabajo en los campos coljistas durante la fiesta religiosa de pascuas, ni siquiera en las regiones más conservadoras con respecto a las costumbres.

El segundo exponente, excepcional por toda su significación, del aumento de la productividad del trabajo coljosista en este año, es la ejecución y la superación de las normas de elaboración en la gran mayoría de las coljosos.

Sobre la base del aumento de la productividad del trabajo coljosista, las coljosos lograron, bajo la dirección del Partido, enormes éxitos en el mejoramiento de la cualidad de la siembra, y lo más importante es que la siembra fué realizada en la gran mayoría de las coljosos antes de los plazos fijados, lo que aseguró el ascenso de la producción. Al mismo fin tendía también la introducción en masa en la economía agrícola de nuevas y ampliamente divulgadas medidas agronómicas. Entre ellas, señalamos la siembra antes de los plazos fijados, que fué realizada en el territorio de la U.R.S.S. en este año casi en 4.000.000 de hectáreas. Además, hay que señalar la limpieza de malas hierbas en los campos de cereales, que fué realizada en una superficie de cerca de 85.000.000 de hectáreas. Tanto la siembra en plazos cortos, como la limpieza de los campos de cereales, se practicaba en escala de masa por vez primera en este año. La pequeña economía agrícola individual no conocía estas medidas agrotécnicas. Por esto su introducción en masa no solamente tenía una gran significación para la garantía de una buena cosecha, sino al mismo tiempo significa la destrucción de las antiguas costumbres del cultivo, heredadas por el coljosista de la antigua época, cuando era todavía un pequeño propietario privado. Esta destrucción no se producía ni se produce sin lucha y resistencia de los elementos kulakistas, que intentan explotar los prejuicios de los coljosistas atrasados para la lucha contra el mejoramiento de los cultivos. De otras medidas agronómicas, que recibieron una amplia aplicación este año, hay que señalar el aumento de la estercoladura. (En este año, por ejemplo, en los campos de las coljosos entraron 112 millones de carretadas de estiércol, contra 59'9 millones el año pasado.) Y la depuración de los granos (en este año se limpiaron para la siembra 45'7 millones de quintales de granos, contra 31 millones el año pasado).

La condición decisiva para el ascenso de la cualidad de la siembra es el

enorme aumento de la preparación técnica de la economía agrícola de la U.R.S.S. Para la siembra de la primavera de este año, la economía agrícola de la U.R.S.S. tenía 190.000 tractores (casi 50.000 tractores o 750.000 caballos de fuerza más que en la primavera del año 1932). Durante la siembra de la primavera de 1933, las coljoses recibieron la ayuda económica organizada de 2.650 estaciones de máquinas y tractores (contra 2.100 en la primavera del año 1932), las cuales poseen 100.000 tractores, 50.000 trilladoras mecánicas, 20.000 motores y locomóviles, 10.000 combinados, 8.000 camiones y una gran cantidad de máquinas agrícolas complicadas, de un valor total de cerca de 2 billones de rublos. Tal es el enorme armamento técnico de las grandes empresas agrícolas socialistas de las coljoses que les ha dado en la primavera del año 1933 la industria socialista de la U.R.S.S. Tales son las cifras que ilustran el papel gigantesco que desempeña la gran industria socialista, «capaz de reorganizar también la agricultura» (Lenin).

Por fin, los últimos según el orden de la exposición, pero primeros por su significación, lo que aseguró la victoria definitiva de las coljoses en la U.R.S.S. son los nuevos cuadros de organizadores bolcheviques que el Partido ha dado a la aldea en forma de departamentos políticos de las estaciones de máquinas y tractores. Con su llegada al campo, las estaciones de máquinas y tractores se convirtieron no solamente en centros organizativos y técnicos en la aldea, sino también en centros de dirección política del ejército multitudinario de coljosistas.

Todo esto en su conjunto aseguró la alta cualidad de la siembra que ha dado la posibilidad de aprovechar hasta el máximo las favorables condiciones climatéricas de este año. Como resultado, los campos coljostas han dado este año una abundante cosecha, tal como no se había visto en las diferentes regiones de la Unión Soviética hace más de diez años. La abundante cosecha de este año, que no es un «puro» regalo de la naturaleza, sino, ante todo, el resultado del enorme aumento de la productividad del trabajo coljosista, deshace de nuevo todas las esperanzas de los enemigos del régimen coljosista en el campo burgués y socialfascista.

El viraje con respecto al trabajo coljosista es el mejor resultado político de la campaña de la siembra primaveral de este año. Sin embargo, no significa de ningún modo que la lucha por la reeducación del coljosista, por el desarraigo de sus vestigios pequeñoburgueses, esté terminado. Cuando en el año 1929 las masas pobres y medias de los campesinos entraron en el camino del socialismo y fueron a las coljoses, el Partido advirtió en el XVI Congreso que con el ingreso en la coljós no terminaba la tarea de la reeducación del coljosista, pues hay aún por delante una lucha por la reeducación socialista del coljosista, por la creación de una nueva disciplina colectiva del trabajo, la cual es la forma de lucha de clases del proletariado contra los vestigios del capitalismo individualista en la economía y en la consciencia de los hombres. Así también ahora, después del viraje de los coljosistas hacia el trabajo social, es indispensable aún la lucha por la estabilización de este viraje, es esencial la lucha por la transformación del coljosista en un activo y consciente trabajador de la sociedad socialista.

La recolección de la cosecha a tiempo y cualitativamente alta, la ejecución en primer orden de las obligaciones ante el Estado en la entrega de cereales, la distribución fija de los ingresos sobre la base del principio socialista por la cantidad y calidad del trabajo, son las tareas de la segunda mitad del año agrícola, cuya ejecución dará la posibilidad de dar un nuevo paso en la lucha por la consolidación organizativa y económica de las coljoses, por su transformación en fortalezas bolcheviques de la economía agrícola socialista.

De estas tareas, señalamos particularmente el almacenaje estatal de cereales, es decir, el asunto en el que reconcentraron y reconcentran sus ataques las capas kulaks y capitalistas en la U.R.S.S.

Es conocida la célebre frase de Lenin, que dice: «La lucha por el pan es la lucha por el socialismo». Esto es, lucha por el socialismo no solamente porque el recibir a tiempo y en cantidad el pan significa tener los indispensables recursos alimenticios que garantizan la ampliación planificada de la indus-

tria socialista. Esto es también lucha por el socialismo porque la completa y oportuna ejecución de sus obligaciones en la entrega de los cereales significa un enorme paso en la causa de la reeducación socialista de las masas coljosistas, significa que se han convencido de la importancia de primer orden de sus obligaciones sociales ante el Estado proletario, ante la clase obrera, es decir, nada más que educación de una nueva disciplina colectiva. Precisamente por eso el Partido vigila con particular atención las maniobras del kulak en este dominio, vigila con particular atención la manifestación de vestigios de propiedad privada en este dominio. Los esfuerzos de los kulaks, como ha demostrado la experiencia del almacenaje de cereales en el año 1932, se dirigen a oponer los intereses de la coljos a los intereses del gobierno proletario. Los enemigos del pueblo aprovecharon en el otoño de 1932 la nueva situación creada en el campo en relación con la introducción del comercio coljosista e intentaron, alentando en los coljosistas el ansia de acumulación de la propiedad privada, sabotear el almacenaje estatal de los granos. Esta tentativa fracasó. El Partido, en las nuevas condiciones, forjó nuevas armas de reeducación del coljosista mediante el almacenaje estatal de cereales. Esta arma es la nueva ley sobre la entrega de los cereales al Estado. Esta ley, según la cual el almacenaje de los cereales mediante contratos está sustituido por la entrega obligatoria de cereales al Estado según normas establecidas, pone en manos del Partido y del poder soviético una nueva arma para la lucha contra todas las tendencias contra el Estado, sea cual fuere la forma en que se manifiesten. Al mismo tiempo, esta ley creó nuevos estímulos suplementarios para el aumento de la productividad del trabajo coljosista, y en este sentido desempeñó un enorme papel durante la siembra primaveral y desempeñará igual papel también en la recolección de la cosecha. Según la ley sobre la entrega de cereales, las coljosos sabían de antemano antes de la siembra cuántos cereales tienen que entregar al Estado. Esto ha dado la posibilidad a las coljosos de calcular de antemano sus ingresos, calcular el valor de la jornada de trabajo. Este cálculo de la fertilidad antes de la siembra, daba un cuadro sorprendente, demostrando que ya en este año un considerable número de coljosos ascenderá a la vida acomodada, yendo por el camino de la realización de la consigna «convertir a todos los coljosistas en labradores acomodados de los campos coljosistas».

La abundante cosecha de este año aumentó aún más la significación natural de la jornada de trabajo.

La nueva ley aumentó en una medida enorme a los ojos del coljosista el papel y la significación de la jornada de trabajo como base del bienestar, y con esto le convirtió en factor material del ascenso de la productividad del trabajo coljosista.

Ahora, las coljosos de la U.R.S.S. entraron en la fila de la recolección en masa de los cereales. Realizar la recolección rápidamente y sin pérdidas, destruir las tentativas de los kulaks de robar el pan coljosista de los campos y con esto asegurar un alto pago en especies de la jornada de trabajo, destruir las tentativas de los degenerados burgueses en las sovjosos que intentan ocultar la verdadera dimensión de la producción y engañar al Estado proletario, son las tareas que tienen las coljosos y las sovjosos en la recolección de la cosecha y son al mismo tiempo tareas de la consolidación del régimen coljosista. Para la realización de esta tarea, las sovjosos y las coljosos de la U.R.S.S. están mucho mejor armadas que el año pasado, tanto con medios de producción como con departamentos políticos organizadores, creados a iniciativa del camarada Stalin, que se convierten en verdaderos centros de ligazón de los mejores elementos de vanguardia de la aldea coljosista.

La victoria del régimen coljosista en la U.R.S.S. no se ha logrado espontáneamente. Es el resultado de la utilización bolchevique de las ventajas del régimen coljosista, aseguradas por la experimentada dirección leninista del Comité Central del P. C. (b.) de la U.R.S.S. y de su jefe, camarada Stalin. Se ha logrado por el Partido en lucha contra los oportunistas de todos los matices, contra los oportunistas de derecha—que son el peligro principal—, que ocultan al kulak y su séquito y su labor de zapa en las coljosos, contra los

oportunistas de la «izquierda», que sustituyen la labor organizativa de masas por métodos administrativos.

Los elementos oportunistas que debilitaron la vigilancia revolucionaria, que no observaron la nueva táctica del kulak, que pasó de la lucha abierta contra las coljoses a minarlas desde su interior, al sabotaje de la disciplina del trabajo en ellas, son ayudantes directos, defensores directos del kulak.

Para favorecer al kulak y su séquito, los oportunistas hacían circular con frecuencia argumentos incluso tomados de la... naturaleza. Por ejemplo: en algunas regiones del lino, los elementos oportunistas en las coljoses declararon que el lino por su naturaleza es un cultivo que lleva mucha fuerza de trabajo, que exige un gran trabajo para la elaboración y que por esta razón, en las regiones del lino no hay ni puede haber holgazanes. Con la defensa de los holgazanes, los oportunistas hacían el juego al kulak, puesto que el holgazán, ladrón y acaparador son instrumentos del kulak en la destrucción de las coljoses. La agudización de la vigilancia del Partido, el desenmascaramiento de los elementos oportunistas, la depuración del Partido de los oportunistas que son obstáculo en el camino del crecimiento y de la consolidación del régimen coljosista, asegurará la realización de nuevas grandes tareas en el dominio de la edificación coljosista en la U.R.S.S., que darán la posibilidad de realizar una de las tareas políticas fundamentales del Segundo Plan quinquenal: la transformación de todos los trabajadores de la U.R.S.S. en edificadores conscientes del socialismo.



I. MARKOV Y B. MINLOS

Una ojeada sobre el movimiento agrario revolucionario y la lucha de los obreros agrícolas españoles

(Conclusión)

LA ulterior profundización del movimiento agrario viene a ser demostrada por el paso de las amplias masas trabajadoras del campo a la toma de las tierras, del ganado y de los instrumentos agrícolas de los terratenientes. Las incautaciones de las cosechas, del ganado, de los instrumentos agrícolas, la tala de los bosques y la caza en las tierras de los terratenientes, son las formas fundamentales de las acciones de los trabajadores rurales de esta región. Estos actos revolucionarios de la toma espontánea se producen con frecuencia bajo la acción directa del hambre y de la miseria sin precedentes. Acerca de las proporciones del hambre que azota a los obreros agrícolas de Extremadura, se puede juzgar por el hecho de que se apoderan en las fincas... de los bellotas, a veces ya después que hayan pasado los cerdos. Pero aun por una recolección semejante de bellotas, la Guardia Civil detiene a los obreros agrícolas y los fusila...

El escenario principal viene a ser Extremadura y Andalucía. *Singularmente en Extremadura, las incautaciones vienen a ser desde el otoño de 1932, un fenómeno cotidiano.*

En sus comienzos estas incautaciones de las tierras tenían un carácter de doblez: los obreros agrícolas parados salían al campo del terrateniente sin cultivar, hacían en él las faenas compestres y luego reclamaban que el terrateniente les pagase los trabajos realizados, o ellos mismos recolectaban la cosecha, la traían al terrateniente y exigían el pago. Pero la negativa sistemática de los terratenientes de pagar en semejantes casos, ha conducido a que ahora los obreros agrícolas y los campesinos salgan a los campos de los terratenientes, pero ya con el fin de trabajar o de recolectar las cosechas para ellos mismos. Las incautaciones se producen habitualmente con el concurso de aldeas enteras, en grupos de 100 a 200 y más personas. Las aldeas salen a los campos con el ganado, con los instrumentos de labranza, etc. Al aparecer la Guardia Civil, los campesinos se van a menudo tranquilamente; pero regresan no bien se retira la Guardia Civil. Saben que la Guardia Civil no puede montar guardia continua en los campos. Un ejemplo singularmente característico ha tenido lugar a fines de diciembre de 1932 en la provincia de Ciudad Real: los campesinos de la aldea de Villanueva de la Fuente, en número de 500 personas, iban por el espacio de unos cuantos días a labrar la tierra en la finca «El Palomar», retirándose al aparecer la Guardia Civil y regresando tan pronto se retiraba.

El auge del movimiento agrario provoca a su vez el crecimiento correspondiente de las represiones. La república ha aumentado especialmente el número de la Guardia Civil en el campo. Actualmente hay en casi toda aldea minúscula un puesto de Guardia Civil. Durante la monarquía, las aldeas no habían sido tan invadidas por la Guardia Civil, como ahora, con la «república

de trabajadores de todas clases». En todos los sitios, las faenas campestres pueden realizarse solamente bajo la vigilancia de la Guardia Civil. Destacamentos enteros de Guardia Civil se ponen a la disposición personal de terratenientes aislados. La Guardia Civil cuida de las faenas campestres de los esquirols, quitan la cosecha a los arrendatarios, recaudan los impuestos a los campesinos, detienen y fusilan. Pero todo esto no surte ningún efecto.

Hace poco, el gobierno decidió recurrir a medidas represivas más «refinadas». Siguiendo el ejemplo del decreto lanzado por el gobernador general de Extremadura, el gobierno está preparando una ley que comprende ya todo el territorio de España, de acuerdo con el cual, los obreros agrícolas y los campesinos que se incautaren por propia decisión del ganado, de la cosecha y de las tierras de los terratenientes, no obtendrán trabajo en las Bolsas de Trabajo, ni tierras como resultado de la aplicación de la «reforma agraria». Pero tampoco esta amenaza rinde resultados positivos, de todos modos, falta el trabajo y muchos campesinos han tenido ya tiempo de perder la fe en la «reforma agraria» y prefieren tomar la tierra por propia decisión, por vía revolucionaria, antes de aguardar la «gracia» del gobierno republicano burgués-terrateniente.

El movimiento agrario reviste formas cada vez más revolucionarias, pasando definitivamente a un grado superior.

La lucha huelguística se entreteje cada vez más estrechamente con la lucha de los obreros de la ciudad. A raíz de esto, es singularmente indispensable detenerse en la huelga estallada en la provincia de Salamanca, en el mes de diciembre. En la ciudad de Salamanca fué declarada la huelga con la demanda de dar trabajo a todos los parados. La declararon las organizaciones sindicales reformistas de base contra el deseo de la élite. La huelga rodó, abarcando otras ciudades y aldeas, incorporando cerca de 300 aldeas. La consigna principal fué la de dar trabajo a los parados. En muchas aldeas se produjeron colisiones con la Guardia Civil, asaltos de las fincas terratenientes, toma de ganado, de tierras, etc. La huelga comenzó a transformarse en una sublevación, pero fué malograda por la traición de la élite reformista.

Las incautaciones de tierras asumen cada vez más un carácter organizado y de masas. En la provincia de Cáceres (Extremadura), hubo a fines de enero días en que se han calculado cerca de 30 incautaciones en los distintos lugares de la provincia. El gran espíritu de organización de estas acciones se traduce en que los obreros agrícolas debaten previamente el plan de la toma, forman comités, que distribuyen a los obreros agrícolas en grupos para cultivar lotes aislados y que advierten a los que trabajan la llegada de la Guardia Civil, etc.

En algunos puntos aislados, los comités locales eligen comités centrales regionales. Casos singularmente característicos han tenido lugar en Malpartida de Plasencia, Valdeobispo, Carcaboso, Toro, Orgao, Madroñera, etc. En todas estas acciones de la toma violenta, participan centenares de obreros agrícolas y de campesinos.

Las incautaciones se producen también ahora en Galicia, que hasta ahora se hallaba, en general, apartada del movimiento agrario. Así, a fines de enero, toda la isla de Ons, cerca de Vigo (Pontevedra), fué abrasada por la sublevación, debido a la toma de las tierras de los terratenientes. En la aldea Moaña, de la misma provincia, los campesinos talaron a principios de febrero el bosque en la tierra del terrateniente al grito de: «¡Viva el comunismo!».

Conviene hacer notar especialmente, que las medidas de las autoridades, aplicadas a raíz de la «reforma agraria», tan sólo intensifican y agudizan el movimiento agrario. Por ejemplo, se envían a la periferia ingenieros agrónomos del Instituto de la Reforma Agraria para fijar las tierras de los terratenientes sujetas a «enagenación». Esto debe crear entre los campesinos la ilusión de que el gobierno, al parecer, hace algo en su interés. Se propone a los campesinos que esperen. Pero tan pronto los ingenieros agrónomos se retiran, los campesinos comienzan la toma de esta tierra, aprovechando los mojones aproximados fijados por los agrónomos (es singularmente característico el caso

sucedido en Casa de Minaneta, en la provincia de Cáceres, Extremadura, a fines de enero).

Las represiones yerran cada vez más su puntería, llegando a veces a resultados contrarios. Los obreros agrícolas y los campesinos dejan de temer a la Guardia Civil, entablan combates, la desarman. Por el contrario, la Guardia Civil comienza a temer a los obreros agrícolas y a los campesinos, no decidiéndose a menudo a actuar contra ellos, y, por ejemplo, durante las incautaciones de las tierras se limita a registrar simplemente el hecho. En Extremadura, las parejas de la Guardia Civil ya no se estilan, sino que van en destacamentos enteros de no menos de 6 números. Los terratenientes de Badajoz se han dirigido al gobierno con una queja contra la Guardia Civil, que ya no puede—y quizás no quiere—, actuar con bastante energía contra las tomas violentas de las tierras. Los terratenientes de Ciudad Real llegaron hasta presentar una interpelación especial en las Cortes a raíz de este hecho.

También es característico que las autoridades tienen a veces que legitimar prácticamente las incautaciones que han tenido lugar, por ejemplo, a fines de enero en la provincia de Cáceres, en Navalmoral de la Mata y Trujillo.

Por último, el movimiento agrario comienza a asumir la forma de lucha abierta contra las autoridades. Así, a fines de diciembre, un grupo de obreros agrícolas de la aldea de Valdepeñas, de la provincia de Ciudad Real, se adueñó de la municipalidad, expulsando al alcalde. A principios de enero, 50 obreros agrícolas de la aldea Labajo (provincia Avila) irrumpieron, armados de bastones y de fusiles, en la municipalidad y manifestaron al alcalde: «Nosotros reconocemos tan sólo la autoridad de los obreros y trabajaremos donde queramos».

Acontecimientos importantes han tenido lugar el 6 del mes de enero del año en curso en la aldea Pedro Muñoz (provincia de Ciudad Real). La municipalidad implantó un nuevo aumento de impuestos que agobian con su peso a los pobres y a los obreros agrícolas. Estos últimos, en respuesta, se apoderaron de la municipalidad, destituyeron al alcalde, desarmaron a la Guardia Civil y durante algunas horas tuvieron la aldea en su poder.

Importantes acontecimientos se han desarrollado en las aldeas, a principios de enero, a raíz de la acción de los anarquistas que hicieron el 8 de enero la tentativa de una «revolución» en toda España. La sublevación tenía manifiestamente un carácter aventurero, y quizá fuese provocada por el mismo gobierno con el objeto de intensificar las represiones.

En las ciudades, la sublevación fué sofocada fácilmente, en realidad, en algunas horas. Sin embargo, repercutió en las aldeas, donde las perturbaciones continuaron cerca de una semana. Los obreros agrícolas y los campesinos se apoderaron de las municipalidades, destituyeron a los alcaldes, proclamaban el «comunismo libertario» (fórmula que los anarquistas oponen al «comunismo estatal, como ellos titulan al marxismo), enarbolan banderas roji-negras, desarmaron la Guardia Civil local, se entablan combates con los refuerzos de la Guardia Civil. El campo principal de estas acciones fueron las provincias de Valencia, Sevilla y Cádiz.

¿Cuáles son las organizaciones de carácter de masa que gozan aun de la influencia más grande en el campo de España? De una parte, la Federación Nacional de los Trabajadores de la tierra, reformista, adherida a la Central Sindical Reformista (Unión General de Trabajadores de España), y que cuenta, según sus propios datos, indiscutiblemente exagerados, 400.000 afiliados, y por otra parte, los Sindicatos anarcosindicalistas, adheridos a la Confederación Nacional de Trabajo (los sindicatos agrícolas anarcosindicalistas no están organizados en una unión especial y su número es difícil de fijar).

Los reformistas malogran todas las acciones revolucionarias en el campo: huelgas, incautaciones, etc. (como ejemplo puede servir la huelga de Salamanca, comenzada por las bases de los campesinos y malograda por los dirigentes reformistas como indicamos más arriba), y los anarcosindicalistas, por el contrario, están provocando acciones armadas sin preparación previa, traicio-

enero cuando la C. N. T. fué la primera en desentenderse de la sublevación anarquista).

La U. G. T. ha declarado que las «huelgas en las condiciones de la revolución son una infamia». La Federación declaró en su Congreso celebrado en septiembre de 1932, que prefiere la «acción directa» a las huelgas, en la forma... de negociaciones directas con los patronos o con las autoridades (ver la táctica de las «delegaciones» ante las autoridades, sobre todo en la provincia de Málaga que mencionamos más arriba). Los anarcosindicalistas, que se habían comprometido en los comienzos de la revolución ante la burguesía española, en San Sebastián, a manifestarse en contra de todas las huelgas, tanto económicas como políticas, ahora provocan cualquier acción, sin prepararla, permitiendo con ello que el gobierno las destruya.

De suerte, que tanto los reformistas como los anarcosindicalistas están desorganizando el movimiento agrario. La única organización que es capaz realmente de organizar el movimiento agrario y elevarlo a un nivel superior, al grado de revolución agraria, es el Partido Comunista de España y los sindicatos revolucionarios, unidos en la Confederación Nacional de Trabajo Unitaria. Pero, para este objeto, el Partido debe llevar a cabo una gran labor política y de organización, a fin de apoderarse del poderoso movimiento agrario que se está desarrollando en la aldea española, ponerse a su frente y conducir a los obreros agrícolas y a los campesinos laboriosos hacia la toma revolucionaria de las tierras.

Hasta ahora los comunistas de España no se han adueñado del movimiento agrario, ni se han convertido aún en dirigentes completos de la lucha del campesinado por la tierra. Influyó en ello el sectarismo, el carácter antibolchevique y oportunista de la vieja dirección: Bulléjos, Trilla, Adame y Vega, expulsados ahora de la Internacional Comunista y del Partido Comunista Español, *por su acción traidora*. La nueva dirección actual ha comprendido acertadamente sus tareas en la labor ulterior (inclusive en el campo) y ha trazado toda una serie de medidas, en lo que respecta a asegurar, orgánica y políticamente la lucha de los campesinos por la tierra.

En el diario comunista «Mundo Obrero», del 3 de febrero de 1933, se publica la resolución del Buró Político del C. C. del Partido Comunista de España, sobre la situación internacional e interior y las tareas del Partido Comunista. Allí se da por primera vez un amplio programa de acción del Partido en el campo y acerca de la dirección de la lucha de los obreros agrícolas y de los campesinos laboriosos por la tierra y por la salida revolucionaria de la crisis. La realización de este programa de acción convertirá realmente al Partido en caudillo de los trabajadores de la ciudad y del campo en España, en su lucha por la dictadura de los obreros y campesinos por el triunfo de los Soviets en España.

En un país como España, con grandes latifundios y con enormes supervivencias feudales, la fundamental consigna revolucionaria del Partido en la presente etapa, es la exhortación a los campesinos a tomar los latifundios, las tierras del clero y fiscales y transferirlas, conjuntamente con los instrumentos de trabajo y con el ganado, en usufructo, a los campesinos, sin rescate y sin recompensa alguna a los propietarios. Para organizar la toma revolucionaria y la defensa armada de las tierras tomadas, los comunistas deben exhortar a los campesinos y a los obreros agrícolas a organizar Comités Campesinos de acción, comités que son las organizaciones de base del frente único de lucha de los trabajadores del campo.

Una tarea esencial de los comités campesinos, es la movilización de los obreros agrícolas y de los campesinos trabajadores para luchar por sus necesidades y reivindicaciones cotidianas. Mediante la organización y el desencadenamiento de la lucha revolucionaria de las masas trabajadoras del campo en torno a tareas comprensibles, los comunistas deben coordinar estas reivindicaciones directas con la consigna fundamental del día, con la consigna de la toma de las tierras terratenientes con los instrumentos de trabajo y con el ganado, y su transferencia en usufructo a los campesinos. El programa de reivindicaciones de los Comités Campesinos consiste en lo siguiente:

1.—PARA LOS OBREROS AGRICOLAS: 1) Obligar a los terratenientes a tomar obreros agrícolas calculando 15 pesetas por cada 100 hectáreas para tierras no irrigadas y 20 para tierras irrigadas; 2) 14 pesetas por cuidar el ganado, 18 por trabajar en máquinas; 3) jornada máxima de trabajo de 6 horas en invierno, 7 horas en primavera y otoño y 8 horas en verano, observando el descanso indispensable; 4) un día de descanso y licencia anual de 15 días con el goce del salario; 5) acordar a los obreros agrícolas el derecho de obtener los productos necesarios para sus familias a mitad de precio; 6) proporcionar a los obreros agrícolas y a sus familias viviendas adecuadas por cuenta de los terratenientes; 7) salario completo en los casos de enfermedad y gastos de asistencia médica por cuenta del Estado y de los terratenientes; 8) seguro contra la desocupación, accidentes de trabajo e invalidez por cuenta del Estado, de los terratenientes y capitalistas.

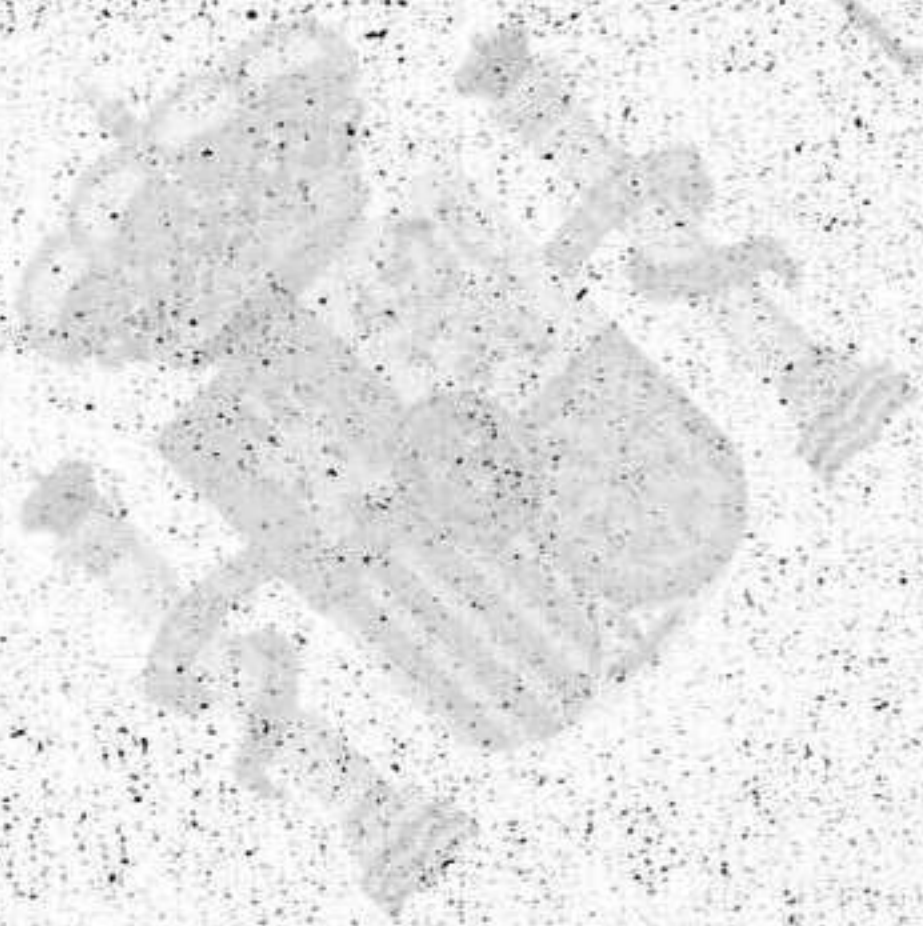
Una parte de estas reivindicaciones ya está realizada por los obreros agrícolas en los sitios donde han sabido batallar y triunfar.

2).—PARA LOS CAMPESINOS. Para los campesinos pobres y medios se presentan las siguientes reivindicaciones fundamentales: 1) En las regiones donde sigue el «foro», Galicia, León, Asturias—, los «foratarios» deben declarar derogadas todas las contribuciones que están relacionadas con el «foro», y negarse en lo sucesivo a pagarlas, cualquiera que sea su forma y proporción; 2) En Cataluña los «rabassaires» deben violar los contratos de «rabassa morta» y negarse a pagar a los que aprovecharon durante siglos su trabajo y sudor; 3) Los pequeños arrendatarios y los medios, los que trabajan al tanto por ciento en Vizcaya y Navarra, deben suspender los pagos a los propietarios, tanto en dinero como en especies; 4) En las partes restantes de España, cada campesino que cultive la tierra con su trabajo y con el de su familia, debe exigir se le acuerden los derechos de propiedad de la tierra y recibir la cosecha completa sin desembolso de contribución alguna a los terratenientes; 5) Todos los pequeños agricultores deben negarse a pagar un solo céntimo de impuestos al Estado, a las provincias y a los municipios. Ni un solo campesino de España dará en adelante dinero al Estado, dinero que este último aprovecha en interés de los capitalistas y de los grandes terratenientes, para mantener la policía y la Guardia Civil, con el objeto de sofocar la lucha de los obreros y de las masas campesinas; 6) Ni un solo acreedor, ya sea el Banco o el usurero, recibirá en adelante pago de clase alguna de los campesinos en concepto de sus deudas. El dinero acordado con un interés usurario al campesino, es ya de su propiedad, fué el fruto de sus sacrificios que le fué despojado por los explotadores; 7) Finalmente, todos los campesinos deben ser asegurados por el Estado contra accidentes de trabajo e invalidez; para ellos también, como para los obreros agrícolas, todos los gastos de asistencia médica deben correr por cuenta del Estado.

He aquí aproximadamente las reivindicaciones parciales, en cuyo torno, así como en torno a las reivindicaciones fundamentales de los campesinos, como confiscación de las tierras de los grandes terratenientes sin indemnización, debe proceder a la movilización de las masas para la lucha revolucionaria.

Solamente una lucha abnegada de los comunistas entre las masas campesinas, en la coordinación de la lucha de los campesinos laboriosos con la de los proletarios de la ciudad, en el despliegue de la lucha de los Comités Campesinos de acción por las reivindicaciones cotidianas y por la creación del frente único de todas las masas laboriosas de los campesinos, campesinas y juventud por la tierra; sólo la firme y consecuente línea aplicada por los comunistas en el desenmascaramiento de los socialistas y de los anarco-sindicalistas que traicionan a los campesinos y los venden a los terratenientes y a los caciques, sólo conjuntamente con las masas revolucionarias del campo y a la cabeza de ellos, el Partido Comunista sabrá conducir a los trabajadores del campo a la toma revolucionaria de las tierras, a la creación de

MINISTERIO
DE CULTURA



¿Queréis tener un servicio regular a domicilio de toda la prensa y literatura revolucionaria del mundo entero?

Enviad vuestra dirección al Centro Distribuidor MARENGLEN de vuestra región o a la Agencia Mundial de Prensa y Libros Internacionales, Barbará, 19, Barcelona. Recibiréis a vuelta de correo un servicio gratuito de todos los catálogos concernientes a todas las novedades literarias de vanguardia y las publicaciones periódicas de cultura social que se editan en:

Español, Francés, Italiano, Alemán, Ruso, Holandés, Sueco, Noruego, etc., etc.

Se efectuará además un servicio semanal o mensual a domicilio a cargo de los grupos MARENGLEN, especialmente dedicados a suministrar en cada hogar todo el material literario de cultura histórico-social y de educación revolucionaria.

RETENED ESTOS NOMBRES:

A. M. P. L. I.

Agencia Mundial de Prensa y Libros Internacionales

MARENGLEN

Centro regional de distribución a domicilio



Escribid inmediatamente. He aquí la lista de nuestros Centros Regionales:

- C. D. MARENGLEN FERIA, 3, Córdoba
- C. D. MARENGLEN Segura, 14, Sevilla
- C. D. MARENGLEN Apartado 289, Zaragoza
- C. D. MARENGLEN Capuchinos, 11, Málaga
- C. D. MARENGLEN Pueblo, 19, Almería
- C. D. MARENGLEN Cristóbal Sanz, 38, Elche
- C. D. MARENGLEN Vilaragut, 3, bajos, Valencia